

I RESEÑAS IBEROAMERICANAS

BRUNO SERRANO NAVARRO / PABLO ROJAS / VÂNIA MORAIS / ANNETTE PAATZ / JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA / JÉROMINE FRANÇOIS / THOMAS SCHMIDTGALL / MATTEO ANASTASIO / ELENA MANCHADO RODRÍGUEZ / WILFRIDO H. CORRAL / CARMEN RUIZ BARRIONUEVO / RAMÓN ALVARADO RUIZ / JUAN CAMILO GALEANO SÁNCHEZ / MARÍA UEHARA / AN VAN HECKE / ROCÍO DEL ÁGUILA GRACEY / ENRIQUE ENCABO / ALICE TAVARES / JOSÉ MARÍA PORTILLO VALDÉS / CARLOS LARRINAGA / ESTEBAN MORERA APARICIO / RAQUEL GIL MONTERO / CATHERINE ARISTIZÁBAL B. / CARLOS ARTURO ARIAS SANABRIA / SANDRO BOZZOLO / MECHTHILD BLUMBERG / JOCHEN PLÖTZ / NORBERTO O. FERRERAS / STEPHANIE GODIVA / VEIT STRABNER / STEPHANIE RIGHETTI-TEMPLER / CAROLINA TAMAYO ROJAS

1 LITERATURAS IBÉRICAS: HISTORIA Y CRÍTICA

Elena Díaz Silva / Aribert Reimann / Randal Sheppard (eds.): *Horizontes del exilio. Nuevas aproximaciones a la experiencia de los exilios entre Europa y América Latina durante el siglo XX*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert 2018 (Ediciones de Iberoamericana, 101). 383 páginas.

En su colectivización y singularizaciones, multiplicidad de desarraigos y sus subjetivaciones, la condición de los exilios comporta tantas traducciones como experiencias vivenciales implica. En una definición aún pertinente, el exilio supone la situación asignada a cuerpos que se tornan en migrantes en tanto portadores y así reductos últimos de un discurso que, ante la emergencia de un nuevo orden rector, se ha tornado en perseguido. Orden cuya instalación es confirmada mediante el despliegue e institucionalización de dispositivos de depuración y disciplinamiento de las memorias, prácticas y culturas políticas capaces de impugnarlo. Esto es, mediante una serie de políticas de

administración punitivas o expresamente supresivas sobre los tejidos sociales y sus cuerpos, y en su grado más extremo, del horror sobre el colectivo. Violencia directamente asistida por sus testigos o sino latente y cuyos efectos se traducen en la privación sobre los arraigos constitutivos de una noción, imaginario y experiencia “país”. Espacio vital y en adelante de la pérdida que entre los sujetos del exilio es reconformado hacia las formas de un propio desarraigo interior, pero que también remite a propias traducciones y reconformaciones de tejidos políticos en términos de sus desplazamientos por experiencias y espacios culturales otros.

Precisamente es ante la pregunta sobre esta fractura devenida transformación y sus expresiones en términos de construcción de redes de interacción y memoria donde se sitúan los trabajos del volumen *Horizontes del exilio. Nuevas aproximaciones a la experiencia de los exilios entre Europa y América Latina durante el siglo XX*, obra en la que, a través de una suma de perspectivas, sobre el suceso de los con-

tingentes humanos forzados al destierro hacia Latinoamérica a partir de la caída de la Segunda República Española, en su principal foco, y la sucesiva catástrofe militar del espacio europeo, se entabla una propuesta de expansión hacia los registros de las superposiciones, integraciones y socializaciones de las experiencias del destierro. Expansión, a su vez, que se define desde la opción por situar el exilio, por entramar sus registros y representaciones en torno a conceptualizaciones históricas capaces de proveer impugnaciones efectivas de un presente, supone reconformar, en su heterogeneidad, los repertorios de las memorias políticas diseminadas, desplazadas, o incluso las abiertamente silenciadas por la presencia de políticas del olvido. Se trata de omisiones que fracturan la posibilidad de entablar comprensiones aptas a la intensa heterogeneidad en que se soporta una historia colectiva del destierro y de las memorias políticas ahí comprometidas.

Esta situación parcialmente es explicada en la “Presentación” de *Horizontes del exilio*, como suscitada a efectos de los mismos *status quo* y coyunturas epocales en cuya inmersión la academia comenzó a asumir hacia fines de los años cincuenta y setenta respectivamente, la urgencia de confrontar, la “narrativa hegemónica nacional” instalada respecto a la Alemania del nacionalsocialismo y la España del franquismo. Tentativa, finalmente, por “recuperar la memoria de la política antifascista y [...] documentar sobre todo, el legado cultural de la migración intelectual” (p. 8), para así discernir la presencia efectiva de sus respectivas alteridades, campos de resistencia e interacciones, en términos de articulaciones conflictivas en-

tre las experiencias del exilio. Precisamente, es en un sentido de superación de los resabios propios a dicha urgencia originaria y a las relativas homogeneizaciones propias a esfuerzos contra-fundantes de un “nosotros político” como los estudios del exilio lograrán dotarse de un propio repertorio metodológico capaz de problematizar y situar, mediante la búsqueda de innovación interdisciplinaria, enfoques más pertinentes a la exploración de las conformaciones identitarias en cuestión. Perspectivas heterogeneizantes a partir de las cuales en *Horizontes* se emprenden comprensiones del exilio ya como superposición de “prácticas descentralizadas que trascienden las fronteras nacionales y los límites discursivos que marcaron las identidades normalizadas en la época contemporánea” (p. 8), permitiendo así sus abordajes ya bajo la imagen de verdaderas tramas de experiencias de generación de “espacios de contacto, interacción y reconfiguración de identidades colectivas e individuales” (p. 8). Tarea que en los 14 capítulos del volumen se desprende en los núcleos definidos por los apartados “Redes transcontinentales”, “Encuentros transnacionales”, “Contextos urbanos” e “Identidades narrativas”.

Del primero se destaca por su completitud y alcances para el conjunto de *Horizontes*, el convocante título “Exilios: México en la memoria latinoamericana”, de Pablo Yankelevich, capítulo que logra entramar en su reflexión total una serie de problemáticas y desfases propios a la tentativa, aún irresuelta, de un campo de estudios de la memoria del exilio. Para esto, el autor identifica los principales rasgos de aquella heterogeneidad de experiencias intersectadas por el espacio y es-

pecificidad histórica mexicana respecto a la temporalidad y prácticas del terror político propio a las dictaduras latinoamericanas del momento y su trascendencia en tanto producción de conformaciones culturales. Especificidad ahí definida por la conformación de marcos institucionales dirigidos a la protección de sus víctimas forzadas a la situación migrante. Dinámicas cuya complejidad se aborda a partir de la información más factual respecto a las demografías migrantes, y luego mediante la relación de una serie de percepciones generadas en parte de sectores de exiliados argentinos, chilenos y brasileños hacia el gobierno echeverrista, por destacar solo dos aspectos generales. Siendo estos elementos reordenados a través de la visibilización y toma de definiciones de interacción asociadas a las divisiones socio-laborales de estas poblaciones, y así, de las conformaciones de redes y orgánicas capaces de devenir en prácticas político-culturales.

Bajo un foco diferente, en el ensayo de Olga Glondys, “El europeísmo y los exilios (1939-1945): pretexto para unas reflexiones acerca del estudio del exilio”, se busca visibilizar la emergencia y vinculaciones de discursos antifascistas y antiestalinistas del exilio, fundamentalmente, a través de la acción y producción nucleada por Julián Gorkin, principalmente. En resumen, el artículo busca exponer lo que la autora califica como la búsqueda precursora de una “Europa federalista, socialista, solidaria” (p. 88); y, en esto, de un contrapoder respecto a los totalitarismos que en adelante encarnarían los Estados Unidos y la Unión Soviética.

El artículo de Randal Sheppard, “El exilio y la política transnacional en el

diseño de Clara Porset”, nos retrotrae a la decisiva vertiente de las búsquedas de constituciones estéticas de identidades latinoamericanas, en concreto a través de la relación de la impronta de la artista cubana Clara Porset en los años veinte de la Ciudad México. Esto, al grado de plantear tanto el trasunto insoslayable –y no obstante más ausente en este volumen– de las introversiones, respectivas resistencias y reconfiguraciones políticas de los discursos de la colonialidad, como también de la presencia de una realidad latinoamericana, aún no definida ni por la presencia de identidades del exilio ni por la alternativa –y sus cruciales consecuencias geopolíticas– que luego fundaría la Revolución Cubana, entre otros. El apartado se complementa con el artículo “Las redes panamericanas de ayuda al exilio republicano español”, de Aurelio Velázquez Hernández, referido a una extensa revisión de las orgánicas de cooperación en distintos grados vinculadas al exilio, generadas desde las coyunturas nacionales de Argentina, Estados Unidos, México y Uruguay; ofreciendo perspectivas relativas al desenvolvimiento transnacional, alcances y retrocesos en el contexto de realidades situadas ante propias complejidades geopolíticas, así como sobre el rol y estrategias de articulación internacionales que en este contexto asumió el Partido Comunista.

En “Encuentros transnacionales” resalta la perspectiva más alterna instalada por “El exilio antifascista de habla alemana en México durante la Segunda Guerra Mundial: una peculiar adopción del mito de la Revolución Mexicana”, de Andrea Aclé-Kreysing, estudio que tematiza una serie de registros propios de los discursos

sos, y en esto apropiaciones políticas y mitificaciones y proyecciones relativas al capítulo de la Revolución Mexicana, principalmente en autores asociados a la acción del grupo Bewegung Fries Deutschland, vigente, en este contexto del exilio, entre 1941 y 1946. De esta forma, a través de la contextualización de los primeros posicionamientos y sus recepciones precursoras en el ámbito alemán y luego de registros representativos de la obra afín de Gertrude Duby, Egon Erwin Kisch y Anna Seghers en el momento liminar del exilio, y de Ludwig Renn, Bodo Uhse y Alexander Abusch en las décadas sucesivas, entre otros, se indaga en las construcciones del otro y el tema revolucionario como espacio de reflexión sobre el propio devenir político en disputa; esto es, la “búsqueda implícita de un paralelo histórico que arrojará luz sobre lo que seguía siendo el objetivo principal de su quehacer como escritores comprometidos con la lucha antifascista: Alemania” (p. 191). En este apartado figuran además los artículos “Exiliados españoles en el esfuerzo de guerra francés, 1939-1940”, de Diego Gaspar Celaya, que tematizado la prosecución más específica a las historias de aquellos refugiados que, tras verse sumidos a la realidad de los campos de internación, optaron por sumarse al esfuerzo de guerra que Francia emprendería desde este momento; y “Simpatías y antipatías de los exiliados republicanos en México. Discursos políticos y prácticas sociales”, de Jorge Hoyos Puente, orientado al conflicto de las socializaciones e integraciones que esta, en un primer momento, suerte de país trashumante y fragmentado, enfrentó en la esfera de los comportamientos colectivos respecto a la sociedad de destino.

Un desplazamiento respecto a los escenarios hasta aquí visitados es el que ofrecen los trabajos de la sección “Contextos urbanos”, resaltando en ello “El exilio republicano en Argentina (1836-1975). Avances, retrocesos y nuevas miradas”, de Bárbara Ortuño Martínez, indagación en la cual, a través de una revisión de las tendencias historiográficas convencionalmente vinculadas, sus desfases y, sobre todo, silencios, se ofrecen elementos para una actualización, entre otros, hacia el aspecto de los exilios de segunda generación ya como marco para subjetividades que comportan construcciones político-identitarias que expanden el horizonte de comprensiones del legado del destierro republicano. Especialmente, en sus exploraciones atingentes a las conformaciones devenidas a los procesos de las posdictaduras.

En “Distrito transnacional. Espacios urbanos del exilio político en el Distrito Federal de México”, Aribert Reimann explora las conformaciones de tejidos socio-espaciales del DF en relación a la emergencia de comunidades étnicas de los exilios, en tanto tejidos sociales vinculados, a su vez, por complejas relaciones de integración y confrontación. Por último, resalta “Otros camaradas de ruta. Las colaboraciones transnacionales de los editores republicanos españoles y los activistas homófilos norteamericanos en Ciudad de México, c. 1940-1960”, de Víctor Macías-González, donde, a partir del episodio de la persecución contra la distribución de la *Revista ONE* por parte del organismo censor de la Acción Católica Mexicana, se relata la construcción de los vínculos para una escena vertebrada por las empatías entre activistas acosados

por la represión homofóbica en los Estados Unidos, las filiaciones comunistas y prorrepúblicas y la emergencia de un espacio para ejercer sociabilidades no heteronormativas.

En lo referente a la sección “Identidades narrativas” resalta la búsqueda de “‘Todo ser humano no ha muerto’. Súplicas y peticiones del exilio español (1939-1945)”, de Guadalupe Adámez Castro, referente a una relación de documentos remitidos al Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE). Epístolas, peticiones de auxilio redactadas entre los cautivos de los campos de internamiento instaurados tras la frontera francesa, a efectos de la perplejidad política ante el masivo desplazamiento de refugiados tras la catástrofe humanitaria que supuso la derrota de Cataluña hacia 1939. Se trata de registros en los cuales se percibe el vínculo entre la escritura, el aprendizaje de sus vías y tretas para volverse un medio efectivo ante las circunstancias urgentes de sus autores, y las subjetividades sumidas en la crisis del destierro. Un aprendizaje respecto a las inserciones institucionales, parámetros, jerarquías y fundamentalmente cuotas, con que se focalizaba este socorro; tendiendo así hacia complejidades autobiográficas orientadas a generar intersecciones entre el relato personal y el colectivo.

En el artículo “‘El pasado ya no interesa a nadie’. Las memorias del exilio en el contexto de la transición democrática, Cecilia Guilarte”, Pilar Domínguez Prats propone ya con propiedad un rescate de las construcciones de subjetividad trasuntadas a una serie de documentos de carácter autobiográfico de dicha autora. Se trata de una situación de reinserción en

el contexto de transformaciones –y clausura definitiva del pasado y de las causas que supieron el sacrificio vital de quienes defendieron la República– dado por los últimos años de la dictadura y la presencia incipiente de una Transición fraguada bajo la serie de blindajes constitucionales y pactos tácitos, que supondrán la no ruptura con la España franquista. Una reflexión, finalmente desde la conformación ya de un desarraigo interior, e incluso, de una suerte de no explicitada noción de obsolescencia generacional, según visibilizan los deslindes entre aquella vida reconstruida en México y la conflictivamente retomada en el convulsionado País Vasco de mediados de los sesenta y setenta. El foco biográfico hacia las conformaciones de aspectos propios a un desarraigo interior de actores anonimizados, o ya abiertamente de figuras dotadas de connotación pública, se expande con la inclusión de “Sentimientos prisioneros del exilio. Contradicción burguesa entre las obligaciones públicas y las emociones privadas del intelectual Antonio Zoraya (1939-1943)”, de María Zoraya-Montes, y “La heterodoxia del exilio: Emilio Prados a través de su correspondencia”, de Elena Díaz Silva que concluye el volumen.

A partir del conjunto planteado por las perspectivas presentes, el estudio de las praxis y representaciones de la memoria se refrenda como crucial para toda puesta en disputa y así producción de los territorios simbólicos y políticos del presente. Temporalidad en ciernes y lugar del desfase, pero también de articulación desde los “horizontes” dualmente distantes y contingentes que lo confluyen y resisten. Un aspecto que se evidencia ante toda

relectura tocante no solo a las sucesiones políticas y culturales desencadenadas por la experiencia colectiva de los totalitarismos del siglo xx, sino, indisociablemente, ante sus registros en tanto transformación y desgarró humano.

BRUNO SERRANO NAVARRO
(UNIVERSITÄT GÖTTINGEN)

Fernando Larraz: *Editores y editoriales del exilio republicano de 1939*. Sevilla: Renacimiento 2018 (Biblioteca del exilio, Anejos, 36). 434 páginas.

Fernando Larraz es un acreditado especialista en asuntos relacionados con el exilio español, tema al que dedicó uno de sus primeros trabajos, *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista* (2009), fruto de sus investigaciones tendentes a obtener el grado de doctor. Tales intereses le llevan, entre otras cosas, a formar parte del Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL), asociación de ámbito universitario dirigida por el profesor Manuel Aznar Soler que desde hace ya bastantes años viene aportando información rigurosa sobre un fenómeno tan rico y a la vez tan complejo –también tan desconocido– como es el del exilio republicano español. Una de las iniciativas de este grupo ha consistido en la edición de una serie de 17 volúmenes que bajo el título general de *Historia de la literatura del exilio republicano de 1939* pretende poner en manos del lector profano y también del especialista unas monografías en las que de forma solvente se trate sobre la poesía, el teatro, la novela, la prosa de ideas, el ensayo, etc. generado

por el amplio elenco intelectual que decidió abandonar el país tras el estallido de la Guerra Civil. De esa *Historia*, una especie de actualizada enciclopedia temática del exilio, como volumen número 12, forma parte el libro que aquí comentamos.

El aspecto relacionado con la edición de libros, si se quiere subsidiario e instrumental respecto del elemento creativo que puede resultar más sugestivo para el lector común, no le resulta novedoso a Fernando Larraz que ya nos brindó con anterioridad un trabajo tan meritorio como *Una historia transatlántica del libro. Relaciones editoriales entre España y América Latina (1936-1950)* (2010). Cabe considerar en cierta forma a este libro una especie de base sobre la que se sustenta el volumen publicado por la Editorial Renacimiento, si bien la perspectiva es distinta pues ahora el autor se centra de forma monográfica –y pedagógica– en la labor editorial auspiciada por los exiliados españoles, en verdad sorprendente dada su amplitud y calidad. No se trata por tanto de analizar los vínculos que, a nivel editorial, se dieron entre ambas orillas, sino de baremar la labor de unos exiliados que muchas veces se vieron abocados a editar libros por una mera cuestión de supervivencia. Nos encontramos de esta forma ante un fenómeno complejo, bien podría catalogarse de oceánico pues las iniciativas editoriales de los exiliados, si bien se centraron de forma primordial en la América de habla española, también se extendieron por diversos puntos de la geografía europea y de la América inglesa. La vastedad de tal fenómeno pone en valor la labor acometida por Larraz que ha sido capaz a la vez de deslindar lo prioritario de lo secundario y de alcanzar una meritoria síntesis

integradora en un ámbito en apariencia inabarcable. Lo cierto es que el propio autor ya había ido abriéndose camino con importantes aportaciones en forma de artículos relacionados con editoriales tan trascendentales como Losada que ahora le sirven como perfectos cimientos sobre los que alzar su edificio crítico. En cierta forma, el autor estaba llamado a emprender esta ardua travesía que ha culminado con éxito.

Dos son los grandes epicentros de la actividad editorial desarrollada por los exiliados y a ellos dedica Larraz el grueso de sus pesquisas. Por una parte, Argentina y en segundo lugar aunque prácticamente a la par, México. Allí nacen iniciativas editoriales tan potentes como Losada, Sudamericana o Fondo de Cultura Económica que habrán de convertirse en punta de lanza en la edición de libros en español. Estas y otras muchas empresas son estudiadas con rigor y detenimiento por Larraz que se sirve para ello de una rica bibliografía pero que no renuncia al empleo de fuentes primarias –tomadas generalmente de archivos, en especial de epistolarios inéditos– que le permiten aportar interesantes novedades o, cuanto menos, perfilar episodios borrosos. Larraz contextualiza perfectamente el nacimiento y evolución de cada una de las editoriales que estudia. Presenta a sus personajes más destacados (Gonzalo Losada, Guillermo de Torre, Antonio López Llausàs, etc., etc.), analiza los avatares por los que transita cada editorial, sujeta al contexto social, político y económico en el que nace, muchas veces extremadamente incierto, pues incierta era la forma de vida de sus creadores. Llama la atención el ímpetu con el que infinidad de escritores y aman-

tes de las letras españolas se dieron a la tarea de fundar empresas editoriales aprovechando para ello el magro capital con el que contaban o la ayuda de benefactores locales que no dudaron en arriesgar sus ahorros. Algunas de esas iniciativas se convirtieron en éxitos resonantes –caso, por ejemplo, de Losada–, otras tuvieron un alcance más limitado, pero casi nunca irrelevante. Larraz pasa revista a cada una de las colecciones que componían el catálogo de la editorial e incluso se detiene de forma particular en muchos de los volúmenes que la conformaban. El lector tiene la impresión de que no habla de oídas, sino que se ha entretenido en revisar cada uno de esos libros e incluso en leer una buena porción de ellos. Como advierte en el prólogo no se trata solamente de hacer un mero recuento, también hay que juzgar y entresacar lo más valioso, sin obviar la crítica cuando resulta procedente. No llega en cualquier caso el autor a ese nivel de análisis del que hizo gala en *Letricidio español. Novela y censura durante el franquismo* (2014), en el que pasaba revista a las múltiples injerencias que hubo de soportar la literatura española a causa de la censura franquista. Llamaba allí la atención Larraz sobre el influjo pernicioso de tal actuación que perdura en el tiempo pues buena parte de las novelas o del teatro que todavía leemos contiene las tachaduras y cambios exigidos por el censor de turno. Lo cierto es que en esa obra, Larraz se detenía en cada uno de los libros analizados de forma exhaustiva, algo que resulta prácticamente imposible cuando el campo de estudio es tan vasto como el generado por el exilio español.

Otra de las tareas que asume Fernando Larraz en *Editores y editoriales del exi-*

lio... tiene que ver con el deslinde entre los autores que cabe considerar exiliados y aquellos otros en los que tal definición resulta problemática: es el caso, por ejemplo, de Gonzalo Losada. Además, no siempre las iniciativas editoriales de los españoles exiliados tuvieron como única y exclusiva finalidad recoger obras de autores de la España peregrina destinadas a un público afín: en numerosas ocasiones se buscó un término medio que favoreciera la labor de los exiliados sin desatender el gusto mayoritario del público. Se da también una fructífera interrelación entre lo español y lo hispanoamericano patente en numerosos autores y en las editoriales que los acogen.

Larraz nos ofrece una solvente y actualizada panorámica en un campo en el que habitualmente suele primar el estudio parcial. Parte el autor de tales estudios pero para alcanzar una mirada más amplia y en consecuencia comprensiva de un fenómeno complejo en el que resultan habituales las interconexiones que solo de esta forma pueden ser baremadas en su correcto alcance. En este sentido, cumple perfectamente el objetivo que se marca en el prólogo: “hacer un balance matizado de los empeños de los exiliados por convertir la producción de libros en un vehículo de su memoria y de sus ideales estéticos, políticos, sociales y morales; es decir de su identidad” (p. 21).

El libro se adorna, además, con otras virtudes. Está muy bien escrito como ya es norma habitual en el autor. Sorteas este, además, alguna tacha en la que suelen incurrir este tipo de obras que a veces se convierten en una larga ristra de nombres y obras, prácticamente ilegible. Aunque no se evita citar a unos y otras, la información se dosifica con mesura y queda sujeta

a un análisis matizado y riguroso. Por otra parte, el libro está construido de tal forma que permite una lectura sustanciosa de corrido sin renunciar a convertirse en una obra de consulta indispensable a la hora de acercarse a estos temas. Incluso, y es otro mérito más que cabe poner en el haber de la obra, puede –y debe– incitar la aparición de nuevas investigaciones en campos prácticamente desconocidos: podría ser el caso de la edición de libros españoles en Rusia, terreno que, como muestra Larraz, se encuentra prácticamente en agraz.

En una carta enviada por Ricardo Gullón a Guillermo de Torre –a quien en este volumen se honra con justeza– escribe el crítico leonés: “tienes el arte de decir todo con transparencia y disimular la erudición”. Tales méritos podrían hacerse extensibles al libro que reseñamos en el que, desde luego, no falta la erudición, pero que también, por fortuna, tiene en cuenta el disfrute del lector. En definitiva, nos hallamos ante un libro que actualiza los saberes hasta ahora disponibles en el campo de la edición del exilio republicano y que constituye una obra de referencia ineludible para quien pretenda acercarse a este rico fenómeno con un mínimo de rigor.

PABLO ROJAS
(UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN
A DISTANCIA, TALAVERA DE LA REINA)

Ana Asión Suñer: *El cambio ya está aquí. 50 películas para entender la Transición española.* Barcelona: Editorial OUC 2018 (Filmografías Esenciales, 21). 192 páginas.

Desde finales de la década de los setenta hasta el día de hoy, varios libros y publica-

ciones –unas académicas y otras más bien populares– se han dedicado al estudio de la Transición española, así como de las innumerables y verdaderamente impresionantes mudanzas y transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales que acompañaron el desafío histórico del cambio de la dictadura a la democracia en España. La muerte del general Francisco Franco el 20 de noviembre de 1975 y el fin de la dictadura franquista (1939-1975) generaron un punto de inflexión en la historia española que marcó definitivamente el devenir de la sociedad de la segunda mitad del siglo xx y, sin duda, de nuestra actualidad. Casi como una línea continua –una particularidad que, a diferencia de Portugal o Grecia, destaca el caso español como uno de los episodios políticos de mayor interés para historiadores y politólogos españoles y extranjeros (cf. Tusell 1999)¹– se llevó a cabo el proceso a lo largo del cual España dejó atrás el régimen franquista. Sin embargo, a la hora de examinar el proceso de descomposición del modelo dictatorial del franquismo hacia la recuperación de las libertades civiles y democráticas se destacan no solo modificaciones en las estructuras políticas y judiciales, sino también transformaciones sociales, económicas y culturales, que hacen visible la pujanza del proyecto de cambio en el espacio público. Por consiguiente, aunque se hable de la Transición como un evento singular; esta fue muy al contrario la suma de muchas transiciones.

Así pues, también el cine –como además la literatura, la música o los artes

plásticos y visuales– experimentó y, quizá, impulsó los cambios de esa transición que, según las perspectivas más generales, terminó con la llegada del PSOE al poder en 1982. La producción cinematográfica de la época de la Transición española fue muy rica –Manuel Palacio estima una producción de aproximadamente mil películas entre los años de 1974 y 1982 (Palacio 2011, 9)²– y heterogénea, resultado casi natural de una época en la que la sociedad española deseaba firmemente nuevos aires de libertad y modernidad. Varias publicaciones –entre las que destacan *El cine español después de Franco [1973-1988]* (1989) de John Hopewell, *Voces en la niebla. El cine durante la transición española [1973-1982]* (2004) de Javier Hernández Ruiz y Pablo Pérez Rubio o *El cine y la transición política en España [1975-1982]* (2011) coordinado por Manuel Palacio– permiten visibilizar el papel del cine como escenario fundamental para percibir el proceso de democratización y modernización que tiene lugar en la Transición. A estas se suma el libro *El cambio ya está aquí. 50 películas para entender la Transición española*, de Ana Asión Suñer que aquí me toca reseñar.

Este libro es el número 21 de la colección “Filmografías Esenciales” de la editorial UOC, cuyo objetivo –menos académico que educativo– es, por un lado, divulgar el cine español e internacional como una plataforma esencial para pensar, aprender y analizar distintos temas sociales y culturales. Por otro lado, los actuales 37 volúmenes de la colección

¹ Tusell, Javier. 1999. *Historia de España en el siglo xx. IV. La transición democrática y el gobierno socialista*. Madrid: Taurus.

² Palacio, Manuel. ed. 2011: *El cine y la transición política en España (1975-1982)*. Madrid: Biblioteca Nueva.

suelen también servir como herramienta pertinente para estudiantes y profesores de cine u otras disciplinas que necesitan filmografías comentadas para iniciar los estudios sobre diferentes temáticas abordadas por el cine. De este modo, el libro de Ana Asión Suñer es el resultado de una selección rigurosa de 50 películas que, a su entender, no solo aportaron nuevas perspectivas sobre los temas actuales durante el proceso de la Transición, sino que también se han convertido en documentos imprescindibles para entender la sociedad de la época y, además de eso, la forma en que esta aún hoy influye sobre la sociedad española actual (p. 25).

De acuerdo con la estructura de la colección, el libro se divide en dos partes. La primera parte se dedica a una introducción temática e histórica titulada “El cambio ya está aquí”, en la que la autora expone brevemente los sucesos que llevaron al fin de la dictadura franquista y, por ende, a la Transición española. Ana Asión Suñer parte de la suposición –también defendida por Javier Tusell (2007)– de que el proceso de la Transición se había iniciado más bien antes de la muerte de Franco, en la década de los sesenta. El desarrollo económico, la transformación social y la apertura de España al turismo y al extranjero que caracterizaron la época, trajeron consigo un cambio de costumbres y mentalidades. La autora dice que la nueva postura social que luego llevó a la culminación del proceso de la Transición “vino propiciada desde diferentes frentes, como fueron el ocio, los nuevos métodos laborales, la progresiva apertura sexual o la publicidad” (p. 15) –un cambio progresivo que, sin duda, ha puesto en peligro las políticas tradicionales y conservadores del

régimen franquista–. Excelentes trabajos cinematográficos de los años cincuenta y sesenta como *Calle mayor* (1956) de Juan Antonio Bardem, *El verdugo* (1963) de Luis García Berlanga o *La caza* (1966) de Carlos Saura tenían ya mucho que decir sobre el estatus cambiante de la sociedad franquista: el turismo, la emigración, la situación de la mujer, el sexo, la protesta social o, incluso, la no aceptación del franquismo. Estas películas reflejaron de forma evidente ese deseo eminente de cambio y a la vez abrieron los horizontes de los españoles orientándolos hacia la modernidad (p. 24), una modernidad que surgió muy a las claras en los filmes de los años posteriores.

El segundo apartado de la introducción, titulado significativamente “La Transición política como culminación del proceso” (p. 15), continúa la presentación de estos años decisivos de la historia española. La autora pone en pie el momento de la Transición, describiendo la intensidad política y social, la euforia y la preocupación que se vivieron en los años que siguieron a la muerte de Francisco Franco y que, según afirma, empezaron a asentar con la victoria del PSOE. Una especial atención se ha dado al cine denominado de “tercera vía”, tema central de la tesis doctoral de la autora, *Cuando el cine español buscó una tercera vía (1970-1980)*. Son películas como *El love feroz o Cuando los hijos juegan al amor* (1975) de José Luis García Sánchez o *Asignatura pendiente* (1978) de José Luis Garcí y, en general, las películas producidas por José Luis Dibildos, dueño de Ágata Films, que tratan de realizar un cine con compromiso, como el simbólico e intelectual de directores como Víctor Erice (*El espíritu*

de la colmena, 1973) o José Luis Borau (*Furtivos*, 1975), pero más próximo a las vivencias y a los temas de interés de la nueva clase media española. Sin embargo, la lista es bastante más heterogénea: aquí se analizan las películas más conocidas de la época, como el documental *El desencanto* (1976) de Jaime Chávarri o *La escopeta nacional* (1978) de Luis García Berlanga; otras de directores menos reconocidos, como *Mi mujer es muy decente, dentro de lo que cabe* (1975) de Antonio Drove, *Libertad provisional* (1976) de Roberto Bodegas o *Cara al sol que más caliente* (1978) de Jesús Yagüe; así como filmes que construyen la Transición según otras estéticas cinematográficas, como el cine quinquí de José Antonio de la Loma en *Perros callejeros* (1977), el carácter documental de *Ocaña, retrato intermitente* (1978) de Ventura Pons o la frivolidad e irreverencia típicas de la movida madrileña en *¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?* (1978) de Fernando Colomo. Es en la selección de películas donde se encuentra una de las aportaciones principales del estudio de Ana Asión Suñer: más que centrarse en un género determinado como comedia, drama o cine histórico, la autora se centra en un período concreto de la historia de España y recurre distintos lenguajes cinematográficos para visualizar la riqueza temática y artística de la época.

La segunda parte del libro abarca las fichas analíticas de las películas que Ana Asión se ha propuesto analizar. Cada análisis es introducido por una breve información de los datos técnicos (producción, montaje y duración) y cinematográficos (guion, música, intérpretes) de la película. Los análisis son cortos (tienen

aproximadamente 3-4 páginas) y están organizados cronológicamente. En ellos, la autora se centra, junto a breves observaciones sobre la situación histórica de la cinematografía nacional del momento y sobre la trayectoria del realizador en cuestión, sobre todo en los aspectos sociopolíticos tematizados en las películas. Asimismo, la autora utiliza cada ejemplo para concretar una temática como, por ejemplo, la situación de la mujer en *Aborto criminal* (1973) de Ignacio F. Iquino o *La mujer es cosa de hombres* (1976) de Jesús Yagüe. No obstante, la historiadora zaragozana no descuida el carácter multidisciplinar de su obra insertando comentarios oportunos sobre los valores filmicos y estéticos de cada película: la autora desmenuza su argumento dando especial atención al desarrollo de la historia y a los trazos de los personajes. También importa destacar que cada ficha se refiere a otras películas que no han podido profundizarse en el libro. Precisamente el intercambio sugerido por la referencia a obras cinematográficas ajenas al estudio refuerza fielmente el carácter educativo e impulsor del conjunto de estudios de la colección en la cual se encaja, facilitando de esta manera el estudio del cine español de la Transición por temas o realizadores.

El panorama que nos ofrece Ana Asión Suñer es rico y diverso. La selección de películas ejemplifica notoriamente las contradicciones y dificultades derivadas de un proceso de transición que se materializó en la convivencia entre unos valores tradicionales y conservadores afirmados durante los años del franquismo y las nuevas costumbres y mentalidades que emanaban de la voluntad de modernidad de la nueva sociedad democrática española.

En cuanto a los problemas que se presentan en el estudio, cabría señalar que sorprende que, pese a la atención que la autora presta al análisis del complejo papel social de la mujer en los años de la Transición, se hayan seleccionado apenas una película dirigida por una realizadora (*El crimen de Cuenca*, 1979, de Pilar Miró). Otros filmes, como *Gary Cooper, que estás en los cielos* (1980), también de Pilar Miró, *¡Vámonos, Bárbara!* (1978) de Cecilia Bartolomé (proclamada la primera película feminista del cine español),³ o *Función de noche* (1981) de Josefina Molina nos ofrecen igualmente una crónica profunda y contemporánea de la Transición desde una perspectiva feminista. Además, la selección de películas no es fiel reflejo del marco temporal que Ana Asión define en su introducción: que la autora termine súbitamente su lista con la obra *Ópera prima* (1980) de Fernando Trueba no solo desconcierta a los lectores si se tiene en cuenta que el estudio marca la llegada al poder del PSOE en 1982 como el final del período de la Transición, sino que también cierra la puerta al estudio de películas tan reconocidas del período como *Deprisa, deprisa* (1981) de Carlos Saura, *Demonios en el jardín* (1982) de Manuel Gutiérrez Aragón o *Laberinto de pasiones* (1982) de Pedro Almodóvar.

No obstante, el trabajo de Ana Asión Suñer contribuye de forma importante al estudio del cine español, demostrando de qué manera el cine se convierte en un

recurso esencial para reflexionar sobre la historia y la sociedad.

VÂNIA MORAIS
(UNIVERSITÄT GÖTTINGEN)

Caridad Ravenet Kenna: *El viaje de las memorias en Llamazares*. Madrid: Verbum 2017. 265 páginas.

La obra de Julio Llamazares acompaña la España postfranquista con una producción literaria continua desde finales de los años setenta. La atención crítica ha producido una buena cantidad de ensayos, enfocados sobre todo en sus dos primeras novelas, *Luna de lobos* (1985) y *La lluvia amarilla* (1988), y en las autobiográficas e intermediales *Escenas de cine mudo* (1994). Al que durante largo tiempo fuera el único tomo monográfico sobre su obra, el volumen colectivo coordinado por Irene Andres-Suárez (*El universo literario de Julio Llamazares*, 1998), se une ahora la presente monografía de Caridad Ravenet Kenna, quien ya demostró su profundo conocimiento de la obra llamazariana en su tesis doctoral y en una serie de artículos previos.

El viaje de las memorias en Llamazares presenta un recorrido intenso por la obra del autor leonés, enfocada en lo que, desde sus inicios poéticos, por ejemplo, con *Memoria de la nieve* (1982), es el eje central de su quehacer literario: la memoria o, mejor dicho, la dialéctica entre la memoria y el olvido, la dinámica de los recuerdos. De hecho, lo fue mucho antes de que el tema alcanzara vigencia en el discurso cultural y político de España. En *Luna de lobos*, Llamazares escribe sobre los

³ Véase Vernon, Kathleen M. 2011. "Cine de mujeres en la Transición: La trilogía 'feminista' de Cecilia Bartolomé, Pilar Miró y Josefina Molina". En *El cine y la Transición política en España (1975-1982)*, editado por Manuel Palacio, 145-158. Madrid: Biblioteca Nueva.

“vencidos”, en concreto, sobre los maquis que se esconden en la montaña durante y después de la Guerra Civil. La novela sale precisamente cuando el rumbo de la narrativa española va en otro sentido: en plena movida madrileña, los escenarios no eran los del país y no interesaba su historia reciente, los lugares y temas debían ser cuanto más internacionales mejor; los personajes, cosmopolitas, urbanos, modernos, europeos. No se desdibujaba todavía en este momento el impacto que la política de la memoria iba a alcanzar en los años noventa.

Julio Llamazares ha ido publicando hasta la fecha de manera continua, pero pausada, y ha tratado el tema de la memoria, tanto individual como colectiva, de muy variadas maneras. Porque son las dos cosas que le interesan: por un lado, la recuperación de la memoria de la parte callada de las dos Españas durante la época franquista y la memoria de las regiones abandonadas del norte, de donde él mismo proviene. Por otro lado, está la mencionada reflexión sobre el proceso de recordar, de olvidar, de rescatar del olvido o, también, de aceptar que las pérdidas a veces son irrecuperables. En este sentido, el título de la monografía es muy acertado: por apuntar a la memoria, pero también por evocar el tema del viaje, que se tiene que tomar literalmente, ya que el relato de viaje se muestra como un modo escritural preferido por el autor estudiado.

El libro de Caridad Kenna se compone de ocho capítulos temáticos, enmarcados por un preámbulo y una conclusión. Se propone abarcar la totalidad del trabajo literario y periodístico de Julio Llamazares, tomándolo en su hibridez genérica y en su gran cohesión temática. “Llamazares y la

prosa posfranquista” (cap. I) presenta un recorrido sobre la producción novelesca española que parte de los años cincuenta y que traza líneas de contacto con la obra del autor. A partir del segundo capítulo, “Memoria y tiempo en la progresión narrativa”, el estudio se centra en el análisis de sus obras, repitiendo el mencionado hincapié en los tres éxitos iniciales *Luna de lobos*, *La lluvia amarilla* y *Escenas de cine mudo*, a los que se suma el relato de viaje *El río del olvido* (1990), que se tratan desde el concepto de la memoria colectiva de Maurice Halbwachs. *Escenas de cine mudo* también está en el centro del tercer capítulo, “La narración ante la cámara”, con muy plausibles recursos a Susan Sontag y Roland Barthes (y un excursus sobre el tiempo desde varios enfoques narratológicos que podría haberse ajustado más coherentemente a la argumentación). El cuarto capítulo, “La banda sonora de las novelas y los guiones”, se centra en el trabajo cinematográfico-guionista de Llamazares, abarcando *Escenas de cine mudo*, *Retrato de bañista*, *El techo del mundo* y *Flores de otro mundo*. El capítulo quinto sobre “La hibridez textual” presta especial atención a *El entierro de Genarín*, una crónica popular ya publicada en los ochenta que me parece muy cercana al auge momentáneo del periodismo de crónicas, y al cual Kenna se acerca desde lo carnavalesco de Bakhtin; en general, el concepto de “hibridez” se refiere a la carga intertextual e intermedial de la obra llamazariana, por lo cual incluye además artículos periodísticos y cuentos. En esta línea va también el capítulo seis: “Un mosaico no ficticio”, que, sin embargo, incluye aparte de la obra ensayística (*En Babia*, 1991; *Nadie escucha*, 1995; *Entre perro y lobo*,

2008) la narrativa breve del autor (*Tanta pasión para nada*, 2011). Esta última hubiera merecido, a mi modo de ver, una examinación independiente, teniendo en cuenta que la obra cuentística de Llamazares todavía no está muy estudiada. Con “Los viajes: la memoria a medio camino”, la autora analiza el conjunto de relatos de viaje, género predilecto para reunir observación, reflexión y subjetividad y muy exitosamente cultivado por Julio Llamazares desde su inicial *El río del olvido* hasta el reciente *El viaje de Don Quijote* (2016). El último capítulo temático “El tiempo del estilo tardío” (no “estío”, como aparece en el índice) se dedica –tomando el término “estilo tardío” de Edward Said– a las novelas más recientes de Llamazares, publicadas, después de más de diez años de silencio novelístico, a partir de 2005 (*El cielo de Madrid*, 2005; *Las lágrimas de San Lorenzo*, 2013; *Distintas formas de mirar el agua*, 2015).

El estudio de Caridad Kenna incluye una impresionante cantidad de material bibliográfico (no siempre debidamente documentado) compuesto por reseñas periodísticas, entrevistas y auto-comentarios del autor, además de la literatura crítica propiamente dicha, utilizada para desmenuzar lo que la autora denomina un “deseo deliberado de hacer de la memoria y del tiempo palimpsestos personales y textuales” (p. 253) y que según ella desemboca en una “hibridez genérica que [...] no es otra cosa sino la representación compleja de ese mundo, visto en sus diferentes facetas con el deseo de explicar al ser humano y su entorno” (p. 255).

Este mismo deseo incondicional de relacionarlo todo, junto con una cierta falta de distancia crítica, representa, me pare-

ce, el punto flaco del presente estudio: hay ciertas incoherencias argumentales en la elaboración de los distintos capítulos, y unas cuantas redundancias temáticas, sobre todo cuando se vuelve sobre obras ya analizadas en momentos en los que no es lo esperado. Al establecer unos criterios más sistemáticos y una delimitación más clara de las obras tratadas en cada capítulo, el estudio hubiera ganado seguramente de potencial sintetizador. Ahora sí, presenta un acercamiento abarcador y sugerente a uno de los cronistas literarios más sustanciosos de la España postfranquista y contemporánea.

ANNETTE PAATZ
(UNIVERSITÄT GÖTTINGEN)

Manuel Alberca: *La máscara o la vida. De la autoficción a la antificción*. Málaga: Pálido Fuego 2018. 354 páginas.

Los subgéneros autobiográficos gozan desde hace varias décadas de alta recepción lectora y de un interés crítico muy considerable. En el caso de la autobiografía es así porque se trata de un género literario que abarca textos muy diversos y variados. Desde escritos por encargo sobre personas y personajes famosos (deportistas, actores, músicos, etc.) y autobiografías de políticos o personalidades de alto prestigio social (o científico, cultural y demás) a textos señeros o incluso memorables por sus aportaciones estéticas o sus contenidos innovadores. Suelen ser obras dirigidas a un público receptor exigente firmadas por escritores o artistas.

Es bien sabido que, en 1977, el escritor, crítico y profesor francés Serge

Doubrovsky se valía del término *autoficción* en la contraportada de su novela *Fils* para calificarla. Después, en repetidas ocasiones, definiría su creación: sucesos y acaecimientos “rigurosamente reales”. Daba con ello carta de naturaleza a un “género” mixto que ponía en tela de juicio el “pacto autobiográfico” defendido por Philippe Lejeune. El neologismo empleado por Doubrovsky⁴ tuvo pronto seguidores y estudiosos en Francia que señalaron e ilustraron las interrelaciones, los nexos y las interdependencias entre la autobiografía y la autoficción. El estudio de la vinculación de esa nueva modalidad narrativa desde las figuraciones del yo (luego impulsado por el profesor Pozuelo Yvancos) en la novela comienza en la segunda mitad de la década de los ochenta, para crecer considerablemente sobre todo a partir de los estudios de Vincent Colonna y Philippe Gasparini.

Manuel Alberca fue uno de los primeros críticos españoles que estudiaron la autobiografía en un trabajo publicado en 1996 (*Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, pp. 9-18), continuado y ampliado en *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción* (2007). En el libro que aquí valoramos, el estudioso sitúa al lector, desde el comienzo mismo,

en la senda que conduce a la justa comprensión de su ensayo de 2007 en el orbe de la autobiografía y de la autoficción; de ahí que revele sin rodeos en *La máscara o la vida* que el libro de antaño no era un acercamiento teórico a favor de la autoficción, puesto que describió “el fenómeno” como lo que a su juicio era: “un desvío, una particularidad y, en el mejor de los casos, una hipotética vía de innovación de la autobiografía española” (p. 15). La marca del título del nuevo ensayo tampoco deja espacio a la duda, pues subraya claramente la contradicción semántica entre los dos términos a los que alude: *autoficción* (o máscara) y vida (o *autobiografía*).

Es también de agradecer la llaneza y a la vez la exactitud con las que el autor se refiere a fenómenos literarios complejos. Por ejemplo, cuando observa que se podría sospechar que la “literatura de las últimas décadas se hubiese propuesto borrar las fronteras entre los géneros novelescos y autobiográficos”, con ánimo de “alterar y mezclar lo que distingue al pacto autobiográfico del pacto de ficción”; lo que no significa que se “hayan diluido” las fronteras, sino lo contrario: “si ambas instancias se utilizan, se mezclan, se confunden o se juega con ellas para construir relatos, es porque esas diferencias siguen siendo funcionales” (pp. 16-17). Manuel Alberca, catedrático de Literatura Española de la Universidad de Málaga, es, a mi juicio, uno de los estudiosos más versados en las teorías de la autoficción y de los subgéneros autobiográficos en general, amén de autor de una de las obras más esclarecedoras y de mayor presencia e influjo entre los estudiosos del fenómeno de la autoficción. Es así por las tres categorías o tipos de autoficciones que estableció en *El pacto ambiguo*: las autobio-

⁴ Años después se sabría, gracias a los trabajos de carácter genético de Isabelle Grell sobre el manuscrito de más de dos mil páginas, que Doubrovsky había titulado *Le Monstre* y del que había extraído la novela *Fils*, que el neologismo *auto-ficción* ya figuraba en repetidas ocasiones en *Le Monstre*. Más información en Isabelle Grell. 2007. “Pourquoi Serge Doubrovsky n’a pu éviter le terme d’autofiction?”, en *Genèse et Autofiction*, editado por J. L. Jeannelle y C. Violet, 39-51. Louvain-la-Neuve: Academia-Bruylant.

gráficas, las autobioficciones y las autoficciones fantásticas, sintagma que comparte con Vincent Colonna (*Lautofiction*, 1990). En *La máscara o la vida* da por esquilada la cantera de la autoficción, que, a su entender, se ha revelado cual moda pasajera desgajada de la autobiografía.

Esa actitud crítica del estudioso frente a la autoficción responde menos a la moda y al éxito (ambos pasajeros) o a una coyuntura favorable que a la indeterminación formal y la ambigüedad constitutiva del género (e. d., los elementos compartidos tanto con la novela como con la autobiografía). Una conclusión a la que llega tras un detallado y exhaustivo análisis de las etapas principales del autobiografismo “canónico” español. El análisis minucioso comienza en el capítulo segundo, dedicado a Unamuno, Azorín, Baroja y Valle-Inclán y concluye en el capítulo cuarto con Umbral, Juan Goytisolo, Manuel Vicent y Javier Marías (*Tu rostro mañana* y *Negra espalda del tiempo*, sobre todo). El capítulo tercero está dedicado a los “amnésicos” (González Ruano, Dalí, entre otros), a los “exiliados” (Alberti, María Teresa León, Moreno Villa, Francisco Ayala, Aub y algunos más), a los conversos o arrepentidos (Laín Entralgo y Ridruejo especialmente), a los leales (Julián Marías) y a otros escritores y autobiógrafos relevantes y representativos.

Considerado en su conjunto, este tercer capítulo constituye un aporte novedoso, relevante y significativo, pues pone en evidencia lo que los excesos de la dictadura franquista y la función pudibunda y mojigata de la Iglesia significaron en lo relativo a los condicionamientos y perjuicios en la continuidad de la tradición y desarrollo del legado autobiográfico. De ahí que lo que se ha llamado explosión

autobiográfica, auge de la autoficción o éxito arrollador de las figuraciones del yo entre los escritores “peninsulares” –Winston Manrique Sabogal ha realizado un reportaje revelador sobre este asunto: “El Yo asalta la literatura”, *El País*, 13 de septiembre de 2008–, tuviese lugar sustancialmente en la década de los ochenta, excepción hecha de Umbral, Terenci Moix o el joven Marías.

Alberca toma prestado el término *antificción* de Philippe Lejeune, creador del neologismo, del que se sirve para ilustrar el modo en que el diarista va anotando sus vivencias cotidianas con ánimo de “levantar acta”. Se trata por tanto de entradas referidas a hechos o pensamientos tan pegados al presente de la escritura que “no permitirían la falsificación” ni “conjeturar lo que le deparará el futuro (si acaso solo como la expresión de un deseo)”. Ello es así debido al hecho de que la perspectiva temporal abarca por lo general “unos minutos o unas horas”. Las citas proceden del trabajo de Alberca aparecido en 2014, ampliado después en el capítulo V del libro. Dichas citas recogen y resumen un párrafo de Lejeune, y continúan y se amplían como sigue: “En fin, el diario no necesita la imaginación para nada, pues es el reino de lo factual. Según la tesis de Lejeune el diarista no puede inventar pues está pegado al momento y lo registra sin posibilidad de reconstruirlo. Inventar lo ocurrido en un solo día es tal vez posible, pero esa mentira condicionaría el resto del diario metiéndolo en una dinámica de invención sin fin, que acabaría en un delirio absoluto”.⁵ En este mismo traba-

⁵ “De la autoficción a la antificción. Por la autobiografía”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 766, abril de 2014: 117.

jo señala las lindes posibles entre la sinceridad (veracidad) y el engaño (mentira) de la autobiografía, dadas las dinámicas de los respectivos tipos de escritura (“el autobiógrafo no puede dominar el pasado, tanto menos si la distancia temporal aumenta: el diarista no puede imperar sobre el futuro y menos aún predecirlo”). Señala la relevancia de la “predisposición literaria” y el compromiso del autor a “contar la verdad y sólo la verdad”, por lo que queda excluida “radicalmente la libertad o tentación de inventar que puede sentir el autor de autoficciones” (p. 118). De más está decir que el profesor Alberca sabe que no son pocos los críticos que “aceptan acriticamente que ‘la fidelidad y la verdad en autobiografía son imposibles, pues piensan que siempre se ficcionaliza el pasado, porque la memoria es errática y frágil’” (Lejeune 2010) y que, frente a tales axiomas, “los autoficcionalistas se resignan, se entregan a la ficción y se dejan ir a favor del viento” (p. 118).

En el capítulo V del ensayo, titulado “De la autoficción a la antificción. El coraje de escribir la verdad”, Alberca amplía con creces el adelanto aparecido en *Cuadernos Hispanoamericanos*. El texto que elige cual epílogo del cierre es de Miguel Sánchez-Ostiz (“Espejos de papel y tinta”) y no deja espacio a la duda: “Corro el riesgo (o al menos debo correrlo) de que la imagen que aparece en el espejo de papel no sea la que más me favorece. Quien a ese espejo se asoma asume el riesgo de ponerse por escrito, con franqueza, con sinceridad, con valentía hacia sí mismo” (p. 305). En este último capítulo del libro elige para el análisis textos autobiográficos por su “carácter veraz”, que a su juicio ni aceptan ni precisan “el marchamo de auto-

ficción para convencernos de su carácter literario” (p. 305).

Son seis obras innovadoras de calidad que cumplen con las exigencias de veracidad del género aparecidas entre 2008 y 2016 las que el estudioso analiza en el último capítulo: *No ficción* (Vicente Verdú), *Lección de anatomía* (de Marta Sanz), *Tiempo de vida* (de Marcos Giralt Torrente), *Visión desde el fondo del mar* (de Rafael Argullo), *El balcón en invierno* (de Luis Landero) y *El amor del revés* (de Luisgé Martín).

La fuente de la frase en la que Alberca confiesa su cansancio con respecto a la autoficción mana del venero valle-inclaniano, especialmente del discurso que el creador de Bradomín pronunció en el Ateneo de Madrid en 1907, titulado “¡Viva la bagatela!”; un título elegido con ánimo de autocritica de lo que hasta entonces había sido su creación literaria, incluida la máscara del marqués, tras la cual su inventor había enunciado verdades como puños. Alberca, autor, como sabemos, de la excelente monografía –galdonada con el Premio Comilla de Biografía– sobre don Ramón (*La espada y la palabra. Vida de Valle-Inclán*, 2015), hace suya la frase del maestro para expresar que se “cansa ya de la autoficción”, que los muchos años dedicados al estudio del asunto le han dado “una visión distinta de la literatura” (p. 306). De esa otra visión surge precisamente el concepto de *antificción* que aplica en el acercamiento a los seis títulos mencionados, cuyos autores han tenido “el coraje de buscar la manera de decir la verdad”; y lo han hecho “de manera lúcida, sin inventar nada, sin colmar los vacíos ni lagunas de su trama real con elementos ficticios” (p.

318). En otro lugar señala que la precisión de los acontecimientos narrados es capital, pero que la autenticidad es aún más relevante.

No es arriesgado afirmar que algunos de los planteamientos y afirmaciones sobre la autoficción en *La máscara o la vida* serán puestos en entredicho. Seguro es, sin embargo, que se trata de una aportación fundamental para entender el estado de la cuestión de la autoficción y la autobiografía. Sin duda, la tesis más discutible es la que cuestiona el futuro de la autoficción, dado que el subgénero ha tenido alto éxito de ventas y títulos memorables (o incluso canónicos) en las literaturas occidentales y se ha confirmado en los últimos años como tendencia global (M. G. Sebald, Patrick Mondiano, Paul Auster, Claudio Magris, entre otros). En lo que se refiere a la nutrida autoficción reciente generada por los escritores españoles, hubiese agradado a don José Ortega y Gasset, y le hubiese llevado a corregir su viejo diagnóstico acerca de la (supuesta, pues el filósofo no estaba bien informado) escasez de “Memorias”, cuando se refirió al asunto en frase tantas veces citada: “Francia es el país donde se han escrito más Memorias; España el país en que menos [...]. Las Memorias son un síntoma de esa complacencia en la vida. [...] No puede extrañar la escasez de Memorias si se repara que el español siente la vida como un universal dolor de muelas”.⁶

JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA
(UNIVERSITÄT BERN)

⁶ Ortega y Gasset, José. 1961. “Sobre unas ‘Memorias’”, en *Obras completas*, III, 589-592. Madrid: Revista de Occidente.

Miguel Ángel García: *Los autores como lectores. Lógicas internas de la literatura española contemporánea*. Madrid: Marcial Pons 2017. 305 páginas.

Consabido es que en este palimpsesto infinito que llamamos literatura, cualquier autor es necesariamente, y, quizás, ante todo, un lector. Con *Los autores como lectores*, Miguel Ángel García muestra hasta qué punto esta afirmación, por tópica que pueda parecer, resulta cierta y fructífera: analizar las lecturas de los autores españoles contemporáneos permite, en efecto, no solo identificar sus fuentes –y a partir de ahí, las tradiciones en las que se inscriben los escritores–, sino también esclarecer las coordenadas extratextuales que encauzan la práctica de la lectura, ya que cada autor lee, tanto a los clásicos como a sus contemporáneos, en función de cierto inconsciente ideológico y estético. Al diseccionar los mecanismos de lectura de más de una decena de autores españoles del siglo xx, Miguel Ángel García evidencia esta dimensión ideológica y demuestra en qué medida estos creadores suelen instrumentalizar sus lecturas para construir su propio quehacer poético y para situarse a sí mismos en el sistema o campo literario del que participan.

Este trabajo se sustenta en unos sugerentes prolegómenos teóricos en los cuales el autor ofrece un compendio y balance crítico sobre el lugar ocupado por la lectura entre los estudios literarios, desde la estética de la recepción hasta la sociología de la lectura, pasando por el lector *in fabula* de Eco o los *efectos* de lectura de Vincent Jouve. Se presenta el estudio de las prácticas de lectura, en su dimensión diacrónica, como un corolario funda-

mental –aunque a menudo implícito– de cualquier historia de la literatura. El autor rechaza atinadamente la perspectiva de la fenomenología de la lectura –cuyo componente esencialista denuncia– para adoptar el enfoque mucho más dinámico de una sociología de la lectura, entendida como una práctica social e ideológica que conviene *historizar*. García propone, de este modo, trazar una “historia crítica de lecturas” (p. 16) que consigue cuestionar, desplazar y hasta deconstruir ciertas etiquetas (los marbetes de *noventayochista*, *modernista*, los conceptos de *generación*, *clásico*, *canon*, y sobre todo, la noción de *compromiso*, ya abordada en *Cartografías del compromiso. Vanguardia e ideología en los poetas del 27*, 2016) así como tópicos (el realismo de la picaresca, el descompromiso de Rubén Darío) de los estudios literarios. Esta historia crítica, parcial –como advierte el autor en varias ocasiones–, se fundamenta en catorce estudios de casos dedicados, sobre todo, a autores del fin de siglo y de la Edad de Plata. Estos autores aparecen así, de forma algo implícita, como una *comunidad de interpretación* que comparte un mismo conjunto de competencias, códigos e intereses, lo que asegura en buena parte la coherencia del conjunto del trabajo.

Aunque son muy diversos los aspectos considerados en estos estudios de casos, se pueden distinguir dos grandes tipos de capítulos, unos centrados en cómo leían los autores de la Edad de Plata, otros centrados en cómo estos mismos autores han sido leídos por los poetas y críticos posteriores (entre otros ejemplos, Jaime Gil de Biedma lee así a Cernuda y a Jorge Guillén; el lingüista y poeta Alarcos Llorach lee a Guillén y Diego; Antonio Carvajal

lee a Vicente Aleixandre). Los capítulos dedicados a las prácticas de lectura privilegiadas por los autores de la generación del 98 a la del 27 son, a mi ver, los más nutridos y relevantes. Resulta especialmente interesante el diálogo que se entabla entre las lecturas clásicas y las lecturas contemporáneas de los autores considerados. García demuestra de este modo en qué medida Azorín se apropia de las obras maestras del Siglo de Oro para universalizarlas y así acercarlas a la *sensibilidad* moderna reflejada en sus propios textos literarios (un proceso que culmina con sus reescrituras, sean hipertextos o transicciones, del *Lazarillo* y *La Celestina*). Si García considera que tal *deshistorización* es uno de los grandes defectos que restan fuerza al “sólido fundamento azoriniano para enseñar los clásicos” (p. 64), precisa que este tipo de lectura se explica por el programa político y cultural de regeneración del momento.

La lectura que los modernistas y los del 27 hacen de sus (casi) contemporáneos tampoco carece de interés: la lectura conjunta de Ganivet y del *Quijote* hecha por Rubén Darío nos muestra que el padre del modernismo no era tan descomprometido como se cree. Asimismo, las lecturas de Antonio Machado propuestas por Juan Ramón Jiménez varían con el tiempo y permiten que el autor de *Platero y yo* construya una serie de *loci critici* sobre sus contemporáneos con el fin de situarse en este campo literario de principios de siglo. Sobresale por consiguiente la dimensión pragmática de estos comentarios de lectura, capaces de (des)legitimar a ciertos autores y que participan, por tanto, de la construcción del canon. Por su parte, la lectura de Lorca por Salinas y Alberti o la

de Aleixandre por Gerardo Diego revelan de forma clara las concepciones poéticas movедizas de algunos miembros de esta “generación”. Ahora bien, hubiera sido muy esclarecedor enriquecer estas conclusiones con un examen más detenido del *imaginario* (que a veces roza la mitificación) que estos autores-lectores construyen acerca de los autores que leen.

Me parece particularmente sugerente el segundo capítulo del libro, donde se analiza un caso de lectura al cuadrado. García examina en efecto hasta qué punto Darío lee a Ganivet con el prisma del héroe cervantino (“si don Quijote encarna el alma española áurea, Pío Cid/Ganivet encarna el alma española del fin de siglo”, p. 43), y así subraya lo que el nicaragüense comparte con el intelectual español —su fe en una España áurea y caballeresca que convendría regenerar—, a la vez que replantea el debate ideológico en torno a don Quijote que ocupaba a los regeneracionistas. El carácter arborescente de la lectura destaca sobremanera en este ejemplo, como en otros capítulos de *Los autores como lectores*, ya que, como muestra García, la mayoría de las lecturas efectuadas por los poetas y novelistas son (re) orientadas por otras lecturas suyas.

Aparte de esta intertextualidad renovadora, los autores considerados también pueden releer a otros autores o incluso desviar la letra de sus textos a partir de la selección y combinación de ciertos elementos de la fuente leída. La manipulación de la fuente es así altamente significativa en algunos de los casos examinados por García (el Rubén Darío del *Azul...* de 1890 lleva a cabo, por ejemplo, cierta tergiversación del prólogo de Valera, p. 83). Al reapropiarse de sus lecturas, algunos de

los autores estudiados se atribuyen además parte del capital simbólico de sus modelos. Se trata de una estrategia de autodefinición del autor que Gérard Genette ya había analizado en *Seuils* (1987).

Aunque no expone explícitamente las coordenadas metodológicas de su estudio, es obvio que García recurre al material utilizado tradicionalmente por los estudios de redes literarias⁷: tanto piezas paratextuales (prólogos, entrevistas, correspondencias...), como antologías y ensayos le permiten rastrear y recopilar los indicios de lectura que analiza. Sin embargo, más allá de esta lógica de redes fundamental durante la Edad de Plata,⁸ el libro de Miguel Ángel García saca a la luz algunas *lógicas internas* de la literatura española contemporánea: “la fundación de la actualidad literaria en diálogo con la tradición remota (los clásicos) o inmediata [...]; los compromisos ideológicos y estéticos comunes que sustentan la literatura del fin de siglo, por encima de los distinguos trasnochados entre modernistas y noventayochistas” (p. 17), de la poética depuradora de Juan Ramón Jiménez a la veta neopopularista de Machado o Lorca, pasando por el romanticismo nórdico de Luis Cernuda o la línea de estética ética que reúne a Machado con Ángel González. Fuerza es constatar que se ha

⁷ Bruno Latour. 2007. *Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford: Oxford University Press.

⁸ La actualidad de tales estudios de redes no deja lugar a dudas: la dinámica de conexiones en el mundo hispánico durante el Modernismo (en el sentido amplio de la palabra) está, por ejemplo, en el centro del proyecto actual *Map Modern*, dirigido por Diana Roig Sanz (<https://mapmodern.wordpress.com>).

logrado este objetivo de identificación y explicación de ciertas lógicas internas de las letras españolas del siglo xx. Se podría objetar que el tipo de lector elegido por García —un lector culto que combina muchas veces su quehacer literario con una actividad como crítico o filólogo—, privilegia un tipo de lectura cuya capacidad analítica y cuyos mecanismos eruditos, distan mucho de las prácticas de lectura de los llamados lectores ordinarios. Pero es precisamente tal particularidad del objeto-lector seleccionado por García lo que le permite evidenciar esta instrumentalización de la lectura por y para los actores del campo literario.

Tal vez podamos lamentar cierta falta de articulación entre los diferentes capítulos de *Los autores como lectores*: primero, porque el objeto de la lectura efectuada por los autores estudiados fluctúa bastante de un caso a otro (puede tratarse del “pensamiento” de un autor, de un amplio conjunto de “clásicos”, de una serie de ensayos o de un poemario concreto). Además, varias de las sugerentes líneas teóricas presentadas en la introducción quedan en ciernes o apenas afloran en algunos casos. Le toca al lector rastrearlas y reorganizar los ejemplos para asir la historicidad ideológica de las lecturas examinadas, más allá del “juego plural de correspondencias y espejos” (p. 16) que relacionan los diferentes capítulos. Desde su misma estructura, el libro de Miguel Ángel García generaría así una modalidad más de esta práctica de la lectura activa y meta-reflexiva de la que ofrece un estudio valioso.

JÉROMINE FRANÇOIS
(UNIVERSITÉ DE NAMUR)

Jochen Mecke / Ralf Junkerjürgen / Hubert Pöppel (eds.): *Discursos de la crisis. Respuestas de la cultura española ante nuevos desafíos*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert 2017. 298 páginas.

El desastre del 98, la Guerra Civil, el régimen de Franco, el 11-M y, últimamente, la crisis financiera y económica —también conocida como “la Crisis”—. España tiene experiencia en crisis y, por ello, en la historia cultural muchas obras estéticas retomaron este tema como enfoque temático. Solo hay que pensar en la Generación del 98 o en gran parte de la obra de Almodóvar, que se dedican a crisis sociales y políticas, de todas formas, colectivas. Existen también obras literarias actuales que se dedican a diferentes crisis, como la novela de Luisgé Martín *La misma ciudad* (2013), que aborda tanto la crisis de los cuarenta como una crisis personal.

Sobre todo en la última década, el tema de la crisis, con la crisis económica actual como catalizador, ha despertado un interés creciente por parte del mundo académico, que se acerca al asunto con frecuencia desde un punto de vista interdisciplinario.

En este contexto, cabría destacar, entre otros, *¿Crisis? ¿Qué crisis?: España en busca de su camino*, de Walther L. Bernecker, Diego Íñiguez Hernández y Günther Maihold (2009) o *El cine de la crisis. Respuestas cinematográficas a la crisis económica española en el siglo XXI*, de María José Hellín García y Helena Talaya Manso (2018). Ambos libros se centran en la actual crisis económica española. En este filón temático se sitúa también el presente libro, que trata sobre discursos de la

crisis en sectores varios como la política, la economía y, especialmente, el ámbito cultural.

La obra, editada por Jochen Mecke, Ralf Junkerjürgen y Hubert Pöppel, se divide en tres secciones: en una primera parte, se reúnen contribuciones que están dedicadas a una contextualización histórica política y cultural. Holm-Detlev Köhler comienza presentándonos en la introducción su convincente tesis de que no se trata de una crisis en el sentido como lo definen los editores –haciendo referencia a la teoría de Kosellek (1. disfuncionamiento y suspensión de procesos habituales; 2. sincronización en diferentes campos sociales y 3. puesta en cuestión del subsistema del campo social mismo; pp. 11-13)–, sino de una “vuelta a la normalidad” (p. 25). Parte de un análisis del desarrollo económico del siglo pasado y concluye que España dispone de una economía crónicamente subdesarrollada cuyo crecimiento es la excepción. Walther L. Bernecker retoma este filón argumentativo desde un punto de vista político e indaga con detalle la situación y el paisaje político español, el cual percibe como “extremamente problemático” (p. 42), y destaca la necesidad de “regenerar su sistema” (p. 63).

Arturo Parada apoya indirectamente la conclusión de las dos contribuciones anteriores y defiende la interesante tesis de que en España rige todavía una cultura tradicionalista en cruciales sectores de la sociedad: la enseñanza, el discurso político y el mundo empresarial (pp. 74-80). En cuanto a esta cultura tradicionalista, destaca “los principios de autoridad y de verticalidad” (p. 81). Asimismo, cabría subrayar la confluencia argumentativa de

las tres contribuciones en la imagen analítica de una España necesitada de una reforma tanto en el sector económico como en los sectores políticos y culturales.

La perspectiva de estudio de la segunda sección aborda de manera exhaustiva la presencia de la crisis en los medios de comunicación. No solo los procesos metafóricos “desempeñan una función central en la construcción de la realidad política y social” (p. 89), como lo demuestra Laura Mariottini en su nítido estudio sobre la prensa española, donde analiza los esquemas metafóricos de la crisis como una nave (p. 92), un proceso (p. 54) y una enfermedad (p. 96). También la televisión y particularmente el *infoentretenimiento*, como “programas de entretenimiento que buscan emocionar en detrimento de la presentación de información rigurosa” (p. 106) constituyen una cierta realidad a través de una despolitización de la crisis y el refugio en valores tradicionales (p. 120). Es lo que tematiza Víctor Sevillano Canicio de manera reveladora con respecto a la emisión *Comando actualidad*, un formato que “con su enfoque directo sobre el afectado tiene su atractivo para el público español angustiado” (p. 110). Las dos contribuciones siguientes, de Ana Mejón y Rubén Romero Santos, por una parte, y Ralf Junkerjürgen, por otra, están dedicadas al mundo del cine, con la diferencia de que el primero se dedica a una comedia actual, *Perdiendo el Norte*, y el segundo, con *El futuro*, al cine experimental. Ambos artículos se pueden comprender como un análisis de la percepción de la crisis por parte de los españoles, así como una crítica social, creando, en el caso de *El futuro*, una “red densa de significados” (p. 152).

Después, Hubert Pöppel se centra en el ‘ensayo’ como objeto de estudio y, más precisamente, en el tema de Cataluña como contenido. Plantea dos cuestiones importantes: ¿cuál es el papel de “la cuestión catalana dentro del conjunto de la crisis” y cuáles son “las estrategias argumentativas” (p. 158) utilizadas por los autores de los ensayos analizados para hablar del movimiento independentista catalán?

Más abstracta es la contribución de Lydia Schmuck, que concluye esta sección y se dedica al ‘hundimiento’ como *Denkbild*, lo que se define, según Walter Benjamin, como una “compleja forma filosófica [...] que sirve de patrón para la percepción de mundo” (pp. 171-172), en *Todo lo que era sólido* (2013) de Antonio Muñoz Molina. Analiza su función para saber, entre otras, “cuáles son las ideas [...] que se concretizan mediante la metáfora de hundimiento” (p. 172) como, por ejemplo, “la inestabilidad intrínseca” o “la negación de una memoria estable” (p. 180), en el ensayo de Muñoz Molina.

La tercera y más amplia sección del libro ocupa en detalle la relación entre literatura y crisis. No es un investigador, sino un escritor quien abre esta parte: Pablo Gutiérrez, autor de la novela *Democracia* (2012) —objeto de estudio de varios artículos de la obra presente—, reflexiona sobre la existencia de una literatura social y defiende sus dos tesis principales, que son, primero, que la literatura siempre sea social (p. 188) y, segundo, que la crisis sea perpetua (p. 189).

Siguen varias contribuciones que bien por uno u otro lado están vinculadas a la cuestión de literatura social, planteada sobre todo por Gutiérrez. Así, la literatura de la crisis y su definición es, por

ejemplo, el enfoque del principio de la contribución de Jochen Mecke, editor de la presente obra, seguido por un análisis exhaustivo de cómo la literatura contesta a las cuestiones levantadas por las crisis, y cuáles son “rasgos estéticos esenciales” (p. 201), así como la posición ética que resulta de la forma literaria elegida.

Frauke Bode, en cambio, destaca que las narraciones literarias “influyen en la construcción misma de su objeto” (p. 232). Siguiendo este planteamiento y partiendo de las novelas *Democracia* (2012), de Pablo Gutiérrez, y *En la orilla* (2013), de Rafael Chirbes, se dedica a mirar cómo la literatura crea narrativas que después forman parte del imaginario de la crisis.

Mirjam Lenzinger retoma el tema de las metáforas y se centra en las obras *Intemperie* (2013), de Jesús Carrasco, y, como Frauke Bode en su contribución anterior, *En la orilla* (2013), de Rafael Chirbes, para analizar de manera destacable la función de las imágenes del pantano en el caso de Chirbes y de la intemperie en el caso de Carrasco.

En la penúltima contribución, obra de Susanne Hartwig, se añade la imagen del personaje del “precario” como símbolo de la crisis. Dentro del corpus elegido se encuentran una novela, así como dos libros ensayísticos que son analizados por la autora a través de tres “ejes de lectura” (p. 265) que son la estructura del texto, las referencias del texto a la crisis, y la relación entre estructura y contenido (p. 265).

Annegret Thiem concluye el volumen echando un vistazo analítico a la interesante relación entre crisis y género, indagando en la novela *Bestseller* (2013) de Es-

ther Guillem que, como resume Thiem, logra “sacar de la anonimidad de las cifras estadísticas la vida individual” (p. 292), llevando la crisis al nivel personal.

La obra ofrece una visión extensa de los discursos de la crisis de la cultura española. De manera clara establece un vínculo entre diferentes campos de la sociedad, centrándose en la reacción del sector cultural. Lo que distingue este libro de otras colecciones que, frecuentemente, enhebran artículos independientes, es que en este caso el hilo conductor argumentativo está constantemente visible. Demuestra de manera reveladora el nexo de fenómenos y consecuencias vinculados a “la Crisis” que se encuentran en diferentes campos sociales. Así, por ejemplo, varios autores destacan la recurrencia de crisis en España y no solo Holm-Detlev Köhler y Arturo Parada observan un cierto ciclo de crisis en cuanto al campo económico y cultural, sino también Pablo Gutiérrez, desde su punto de vista de escritor, certifica en España “una crisis perpetua” (p. 187) cuya literatura, según el novelista, es una literatura de crisis por antonomasia. Otros resultados que establecen analogías y se confirman el uno al otro se encuentran en las contribuciones de Ralf Junkerjürgen y Lydia Schmuck. Junkerjürgen aborda “una actitud hedonista” (p. 146) de la generación posfranquista, la cual ve reflejada como un elemento central en la película *El futuro*. Lydia Schmuck enfatiza la importancia de “las fiestas como escenificaciones de la identidad nacional y regional” o “la afición a la fiesta de los españoles” (p. 179) que extrae de *Todo lo que era sólido*, de Antonio Muñoz Molina.

Por ende, el gran logro de la obra colectiva reside en esta unión de diferentes

perspectivas disciplinarias sobre la crisis, y sus consecuencias, que confluyen en resultados analógicos. Quizás podría haber habido más equilibrio en la cantidad de artículos de las secciones respectivos. Así, habría sido interesante leer más sobre los análisis políticos y económicos en la primera sección, pero incontestablemente el libro es una aportación valiosa para la comprensión de la crisis en España y, sobre todo, sus efectos y consecuencias en los diferentes campos de la sociedad. También ofrece una vista global del estado actual de la cultura española que, después de haber leído esta obra, parece encontrarse en una encrucijada entre dos caminos que son reformas sociales, culturales, políticas y culturales, por un lado, o la recaída en un ciclo de crisis constante y así la letargia debido a una falta de voluntad de cambio.

THOMAS SCHMIDTGALL
(UNIVERSITÄT DES SAARLANDES)

Gonzalo Navajas: *Literatura y nación en el siglo XXI. Ensayos teóricos y prácticos*. Murcia: Universidad de Murcia 2017 (Editum, Ensayo). 202 páginas.

La dialéctica de modernidad y posmodernidad, con sus respectivos paradigmas fenomenológicos –identidad y continuidad, por un lado, pluralidad y discontinuidad, por el otro–, representa un nudo cabal de la reflexión de Gonzalo Navajas en el ámbito de la crítica cultural desde *Teoría y práctica de la novela española posmoderna* (1987), *Más allá de la posmodernidad* (1996) y *La modernidad como crisis* (2004). Con *Literatura y nación en el siglo*

XXI el autor abre una nueva fase para esta trayectoria de estudios, que reconoce el carácter diferencial de la “era posteórica” (p. 25) actual. De acuerdo con Navajas, “la acelerada evolución de cambio” en el cuadro político, económico y tecnológico global, caracterizado por “movimientos complejos y contradictorios” (p. 11) redefine de manera esencial “la experiencia humana individual y colectiva” (p. 24) en sus prácticas culturales y horizontes cognitivos. Para las humanidades se hace urgente una apertura hacia fenómenos, dimensiones y medios de la cultura ignorados por su mirada tradicional. Estos estudios, “teóricos y prácticos”, pretenden replantear y ensayar nuevas propuestas hermenéuticas, que pongan a prueba las aportaciones críticas de la posmodernidad.

Dentro del marco histórico actual, la “nueva reinsertión y revalorización” (p. 17) de la *nación* en el contexto global funciona, para Navajas, como piedra de toque de un proceso de reorganización simbólica y axiológica que involucra diversos ámbitos de la producción estética. El territorio de la literatura, y de manera particular, la forma narrativa, según la tesis del autor, experimenta en este sentido cambios significativos, que es tarea de la filología detectar. El caso de España, al que se dedica este volumen, ofrece una muestra ejemplar de un nuevo contexto globalizado y, no obstante, fragmentado.

El concepto de “nación” ha sido, a partir de los trabajos de Benedict Anderson, Eric Hobsbawm y Pierre Nora sobre los procesos de construcción identitaria colectiva a mediados de los años ochenta, objeto de una amplia investigación en el campo de estudios culturales, entrando a

formar parte también de la reflexión filológica con una abundante proliferación de contribuciones en las últimas décadas. Para el ámbito hispano e hispanoamericano cabe señalar en tiempos más recientes, entre otros, el volumen coordinado por Leonardo Romero Tobar *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales* (2008), así como la perspectiva crítica de *Literatura más allá de la nación: de lo centrípeto y lo centrífugo en la narrativa hispanoamericana del siglo XXI* (2011) de Francisca Noguero Jiméñez.

En pensar el conjunto de literatura y nación, Navajas no se detiene en el entramado de relaciones políticas, económicas, académicas e ideológicas que desde el siglo XVIII cooperaron al establecimiento de un canon literario nacional. Tampoco discute las interferencias del campo del poder en la producción de bienes literarios que ha ocupado la crítica de matriz sociológica con Pierre Bourdieu. En cambio, es la problemática supervivencia de una idea de nación, como significante codificado en fases históricas precedentes, lo que estos ensayos interrogan dentro de una nueva articulación en la narrativa contemporánea, que el autor no tarda en definir como manifestación de una “literatura posnacional” (p. 27).

En el doble surco de la revisión taxonómica posmoderna y de la reconfiguración histórica de la idea del colectivo en España tras la dictadura franquista, los nueve ensayos que componen el volumen tratan las oscilaciones de los conceptos de nación e identidad de la mano de obras de la literatura española actual y de nuevas formas de la novela histórica. El texto recopila diversas investigaciones publicadas por el autor en revistas académicas entre

2012 y 2014 sobre este tema, a las que se añade un capítulo inédito.

El libro se articula en dos partes. La primera ofrece un panorama del proceso de deconstrucción teórica que define la nueva situación hermenéutica contemporánea de acuerdo con el paradigma posmoderno. En la “sospecha hacia los sistemas macroestructurales” (p. 49) Navajas reconoce la aportación central de la posmodernidad, retomando la imagen —si bien nunca explicitada— de aquel fin de las “grandes narraciones”, señalado de manera ejemplar por Jean-François Lyotard en *La condition postmoderne* (1979). Macro-narraciones resultan en este cuadro los grandes sistemas filosóficos y enciclopédicos modernos, adheridos a una tensión totalitaria, racionalista y universalista. Derivan de aquella una concepción progresiva y positiva de la historia, a la que se adscriben tanto las utopías como las construcciones identitarias del estado nación.

Con respecto a este modelo único, la confianza en el proyecto moderno, como destaca Navajas, fracasa definitivamente en el siglo xx con las catástrofes de los conflictos mundiales. En España, dicho fracaso tiene su peculiar declinación en el binomio de Guerra Civil y franquismo, formas de un conflicto y de una violencia internos al espacio nacional. La nación, “categoría que la posmodernidad evade o minimiza” (p. 16), deja por lo tanto de ser criterio de definición unívoco de la comunidad. A principio de esta trayectoria, que se formaliza definitivamente en las filosofías posestructuralistas de Derrida, Lyotard, Barthes, Foucault y Baudrillard, en el capítulo que cierra la prima parte, Navajas distingue la etapa del alto

modernismo europeo, como momento de verificación de la “versión canónica de la cultura” (p. 60) en la reflexión de Martin Heidegger sobre el humanismo y la técnica, en el método crítico de Walter Benjamin y, en España, en las propuestas de Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Eugeni d’Ors.

Con la muerte de las grandes narraciones, subraya el autor, el posmodernismo pone en marcha una relativización del “modelo occidental” y un “descentramiento del horizonte cultural” (p. 14). En la literatura, el arte y la crítica contemporáneas vienen afirmándose, como alternativa a la epopeya totalitaria moderna, realidades dispersas, fragmentos de un medio cultural complejo y de una temporalidad “precaria” (p. 15), que condicionan los nuevos marcos gnoseológicos del presente. Corresponden a esta fase posideológica, para Navajas, el surgimiento de saberes singulares y de “propuestas utópicas subjetivas personales” (p. 55), a las que se suma el rescate de ámbitos y zonas de la cultura hasta entonces marginalizados.

De acuerdo con estas premisas, la segunda parte propone un estudio comparativo, a vuelo de pájaro, de textos de la literatura española en que se ilustran proyectos de redefinición de la historia y del “id cultural” (p. 80) nacional. El corpus aquí elegido comprende obras de la narrativa contemporánea, desde la época de la transición hasta el presente, de Juan Goytisolo a Arturo Pérez-Reverte, pasando por Javier Cercas, Ignacio Martínez de Pisón, Javier Pérez Andújar, Javier Marías, Dulce Chacón y Rafael Chirbes entre otros. Este iluminante análisis —no exento, sin embargo, de cierta repetición

y, en ocasiones, carente de algunas necesarias precisiones bibliográficas— vuelve a interrogar estos textos desde varios acercamientos, bajo el fondo de diversas disciplinas: psicoanálisis, investigación histórica, reflexión filosófica. El examen paralelo pone en diálogo distintos modelos culturales, que emergen de esta narrativa, con las imágenes más o menos críticas de la nación en la época decimonónica—como en los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós—, las visiones fatalistas de la posguerra franquista—tomando el ejemplo de *La familia de Pascual Duarte* (1942) y *La colmena* (1955) de Camilo José Cela o *Tiempo de silencio* (1962) de Luis Martín Santos— y el discurso crítico modernista, presente en las prácticas pedagógicas de Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Eugeni D'Ors, quienes tematizaron la “anormalidad” (p. 126) de España en el espacio europeo.

Más allá de estrategias irónicas y paródicas, Navajas registra en la literatura contemporánea también formas compensatorias, como respuestas individuales a la crisis axiológica de la época posfranquista. En las memorias autobiográficas de Juan Goytisolo *Coto vedado* (1985) y *En los reinos de taifa, memorias* (1986), por ejemplo, el crítico vislumbra elementos de un “proceso de autoanálisis” que hace de la identidad sexual el motivo de una transformación de la conciencia individual y colectiva. Más allá de la ruptura de tabús consolidados, el autor valora en la obra de Goytisolo una técnica de “desenmascaramiento” (p. 90) ideológico, una relación de transparencia que involucra tanto el discurso dominante, como su alternativa—tematizada en la militancia de Goytisolo en el Partido Comunista—. En esta “ver-

sión contrahistórica” (p. 192), el impulso renovador de la identidad, que se expresa en la opción sexual y se hace cargo dentro de la biografía particular de elementos de un conflicto comunitario heredados por la historia.

De la mano de las tesis de historiadores como Arnold Toynbee, Tony Judt o Santos Juliá, Navajas articula también la especificidad de la novela histórica española reciente. Con la crisis de la nación, la literatura puso en marcha propios procesos deconstructivos. En España, considera el autor, dicha situación se ve reflejada en la resignificación de episodios capitales de la historia nacional, como la Guerra Civil, el franquismo y la Transición, que catalizaron y socavaron el imaginario y el sentir común.

La obra de Javier Cercas ofrece, en el análisis de Navajas, un ejemplo en este sentido. *Soldados de Salamina* (2001) y *Anatomía de un instante* (2009) consisten en una relectura heterodoxa de momentos centrales de la historia del siglo XXI español, la Guerra Civil o el intento de golpe de Estado de 1981. Más allá de definiciones ideológicas, estos textos interrogarían lo que, según Navajas, se configura como un fracaso colectivo frente a la posibilidad de nuevas soluciones para una convivencia consensuada. En esta misma dirección, el autor señala también la novela *Enterrar a los muertos* (2006) de Ignacio Martínez de Pisón, en la que se problematizan episodios del conflicto de los años treinta, más allá de oposiciones frontales y cuestionando las responsabilidades de la izquierda, en la línea de *Homage to Catalonia* de Georg Orwell.

También en novelas ambientadas en la actualidad Navajas rastrea elementos

de revisión histórica, así como, viceversa, en una narrativa que replantea la contemporaneidad a partir de una nueva consideración del pasado más distante. En el territorio de la ficción, el estudio reconoce en *Crematorio* (2007) de Rafael Chirbes el retrato de una situación de general “corrupción” e “iniquidad”, que pone en tela de juicio “los años de la euforia económica del país” (p. 199). Lo que lleva el autor a la conclusión de que “Los esfuerzos de las generaciones contestatarias de la posguerra española en contra del franquismo no obtuvieron más que resultados parciales” (p. 199). A la visión desilusionada de Chirbes, Navajas opone la nueva propuesta “épica” (p. 99) de Arturo Pérez-Reverte. En los varios capítulos de *Las aventuras del capitán Alatriste* (1996-2011), así como en la novela *Un día de cólera* (2007), el crítico distingue la imagen de una nación ideal e idealizada, como participación en una causa colectiva, que se refleja en la reconstrucción ficcional de figuras o segmentos singulares del periplo histórico nacional remoto (del siglo XVII y XIX, en este caso) y a los márgenes de la historiografía oficial, como la “colectividad anónima” (p. 102) madrileña que se sublevó en contra del ejército francés en mayo de 1808. Una “versión épica de la marginalización” representaría también *La voz dormida* (2011) de Dulce Chacón, sobre la resistencia femenina durante el régimen franquista, con la que “víctimas anónimas se integran en la historia y se insertan en la conciencia actual” (p. 52).

El estudio de Navajas privilegia un acercamiento al texto de tipo semiótico-cultural, con especial eje en el enredo narrativo, en los motivos, las tesis y los procesos de replanteamiento simbólico e

ideológico que se toman forma en ello. La integración de un examen más puntual de la textualidad, desde el punto de vista de las estructuras y de los elementos que presiden en la construcción narrativa, podría resultar también de provecho, a fin de detectar las estrategias propias en el uso de los modos narrativos (con relación a espacio, tiempo, voz y perspectiva), que rigen una nueva visión de la temporalidad, o las contaminaciones con otros sistemas mediales, objeto actualmente de una intensa investigación multidisciplinaria sobre el fenómeno de la intermedialidad.

No obstante, con un trabajo indudablemente de gran alcance, Gonzalo Navajas tiene el mérito de reunir dentro el espectro de la crítica literaria los resultados más significativos de la filosofía contemporánea y de verificar con base en el texto literario los paradigmas hermenéuticos del llamado “pensamiento débil” (Gianni Vattimo y Pier Aldo Rovatti: *Il pensiero debole*, 2010). Asimismo, el estudio tiene en cuenta entre sus perspectivas los cambios generales en la esfera de la estética y del arte, impuestos, no secundariamente, por la revolución tecnológica. En un contexto de eclosión de fenómenos artísticos, el estudio intenta interpretar manifestaciones literarias, todavía para decodificar, a la luz de tendencias globales, como la inclinación hacia los márgenes, o “giro *fringe*” del arte posmoderno, como lo bautizó Mario Perniola (*L'arte espansa*, 2015). Esta mirada evidentemente permite comprender dentro de un panorama coherente experiencias entre sí distantes, conectando las nuevas posibilidades narrativas locales con la situación global.

En el “modelo posnacional”, Navajas ve, en definitiva, la posibilidad de supe-

ración de un “discurso cultural español”, de otra forma encerrado en “textos excesivamente propios” (p. 40). Permitiría ampliar esta mirada, sin duda, también un análisis comparativo de estos fenómenos literarios con otros, por ejemplo, del contiguo espacio hispano e iberoamericano. Como prosecución de la línea aquí indicada por Gonzalo Navajas, un trabajo así contribuiría de manera esencial a una nueva comprensión del cuestionamiento

de la nación en una perspectiva global, a la luz de los movimientos al interior de constelaciones identitarias transnacionales y de insurgentes “culturas híbridas” (Néstor García Canclini: *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, 2001).

MATTEO ANASTASIO
(EUROPA-UNIVERSITÄT FLENSBURG)

2 LITERATURA LATINOAMERICANA: HISTORIA Y CRÍTICA

Taylor, William B.: *Theatre of a Thousand Wonders. A History of Miraculous Images and Shrines in New Spain*. New York: Cambridge University Press 2016. 654 páginas.

Desde sus inicios, a principios de la década de 1980, la investigación académica acerca de la espiritualidad en Nueva España se ha ocupado de un gran número de aspectos y de casos de estudio, atendiendo tanto a las vidas de afamadas beatas, misioneros u obispos reformadores, como a la multiplicidad de devociones y santuarios marianos existentes en el virreinato, entre otros aspectos. Como resultado de estas muy diversas investigaciones, en los últimos años se han planteado cuestiones que trascienden el caso de estudio y que, partiendo del supuesto de que es posible generar una narrativa histórica común a partir de casos concretos, se interrogan acerca de aspectos más generales relativos a los diversos ámbitos de estudio dentro de la espiritualidad novohispana.

Este es el enfoque que adopta *Theatre of a Thousand Wonders*, obra del profesor emérito de la Universidad de Berkeley William B. Taylor, que ha sido recientemente galardonada –en 2018– con el prestigioso Premio Howard F. Cline de LASA. A través de una ingente cantidad de casos, el libro pretende comprender en toda su extensión y profundidad el fenómeno religioso de los santuarios e imágenes milagrosas en Nueva España, creando una narrativa histórica que abarque el periodo colonial en toda su extensión. Aunque la intención manifiesta del libro no es, inicialmente, ofrecer una gran síntesis teórica acerca de su objeto de estudio, el autor combina la narrativa histórica con enfoques analíticos destinados a explorar interrogantes concretos en torno los santuarios, desde la particular mística de cada advocación mariana, hasta el porqué del mayor o menor alcance del peregrinaje hacia los santuarios en España y Nueva España. El resultado es una auténtica revisión de las problemáticas comunes a los

santuarios e imágenes sagradas novohispanas, las cuales aparecen inevitablemente conectadas a cuestiones más amplias en torno a la espiritualidad novohispana y a otros aspectos sociales, políticos y culturales de la América colonial.

El primero de los elementos fundamentales que permite a Taylor llevar a cabo esta obra titánica es la cronología, la cual constituye un armazón en torno al que se sostienen y desarrollan todos los aspectos a tratar. La precisa división cronológica, desarrollada en los capítulos I y II de la primera parte del libro, se compone de un “largo siglo xvii” (1580-1720) que, subdividido en tres periodos, atestigua el progresivo surgimiento y consolidación institucional de la devoción a las imágenes milagrosas; seguido del siglo xviii y los primeros años del xix, de 1720 en adelante. Esta amplia cronología, que el autor hilvana mediante el establecimiento de continuidades, discontinuidades y comparaciones entre épocas, le permite constatar que, en el siglo xviii, los santuarios conocieron un periodo de expansión, pese al descenso de la importancia de las órdenes, al mayor control de los obispos sobre las cofradías o a la regulación de las recaudaciones y la presentación de imágenes derivada de las medidas adoptadas por la nueva dinastía Borbón. Este argumento contribuye a desmontar la ya largamente cuestionada interpretación de las Reformas Borbónicas como un punto de inflexión en la realidad de la América colonial en todas sus dimensiones, caracterizado por el advenimiento de un mayor control sobre las instituciones americanas, entre ellas, la Iglesia novohispana.

Sobre este armazón, el autor va colocando las teselas de una ingente cantidad

de casos de estudio que van a componer el mosaico de la obra. Destaca especialmente la amplia selección de casos de todas las épocas y lugares de la Nueva España virreinal, incluyendo, junto a prominentes centros urbanos como México o Puebla, las zonas más rurales o marginales, como Yucatán o Durango. Este amplio punto de vista, permite al autor romper con la centralidad de lo urbano presente en numerosos estudios de espiritualidad novohispana, resultado de la mayor proliferación y difusión de fenómenos espirituales –santos, beatos, apariciones marianas, etc.– en estos centros, reivindicando la importancia de los santuarios rurales. Es importante destacar que, pese a todo, Taylor concluye que pocos santuarios urbanos o rurales trascendieron el ámbito local en Nueva España, salvando la evidente excepción del santuario de la Virgen de Guadalupe en Tepeyac.

No obstante, el carácter caleidoscópico de la obra se extiende también al corpus de fuentes primarias empleado, que incluye elementos de diversa índole. Así, el autor dedica la segunda parte del libro a analizar fuentes como los *milagritos* –figuras de plata o cera ofrecidas en el santuario como pruebas de devoción o agradecimiento– reliquias, estampas, cuadros, grabados, cruces e incluso elementos inmateriales de la religiosidad como los milagros o las procesiones, que quedaron reflejados directa o indirectamente en soportes materiales. Aunque se constata la mayor importancia de la imagen en el mundo religioso novohispano –mayor incluso que en España–, el empleo de todas estas fuentes bebe de una concepción multisensorial de la experiencia religiosa, la cual se daba en la época y que

Taylor tiene en cuenta para aproximarse al fenómeno de los santuarios. El autor maneja las fuentes con habilidad, siendo consciente de su fragmentariedad y sus distintas problemáticas, pero sabiendo interpretar con brillantez sus silencios, los cuales nos hablan de historias de censura o de desinterés institucional en la promoción de ciertas devociones.

Finalmente, la principal herramienta de la que Taylor dispone para unir estos espacios, sociedades, fuentes y épocas es el enfoque comparativo. Al adoptar esta perspectiva, el autor puede observar la dispar presencia, incidencia y evolución de determinadas circunstancias en América y en Europa, en España y Nueva España, planteando preguntas novedosas y llegando a conclusiones potencialmente representativas y fundamentadas, tanto sobre los temas más concretos como sobre los más amplios. Un ejemplo de ello lo encontramos en la ya referida desbalanceada presencia de Cristos negros, así como de cruces verdes, a uno y otro lado del Atlántico, siendo más numerosos en Nueva España. Para explicar esta diferencia, Taylor sugiere diversas teorías, entre ellas, la asociación del negro con conceptos de la cosmovisión mesoamericana prehispánica, la cual se habría combinado con el cristianismo y cristalizado a lo largo de los siglos XVI y XVII. Para el autor, las diferencias detectadas mediante esta comparación son más relevantes que las similitudes y, en este caso en particular, contradicen la supuesta traslación de modelos intactos de Europa a América en favor de una adaptación del catolicismo genuinamente americana.

En resumen, como apuntábamos al comienzo, *Theatre of a Thousand Wonders*

no propone una mera narrativa histórica, ni una simple síntesis teórica relativa a los santuarios, sino que va mucho más allá: Taylor aborda este tema desde una muy amplia y ambiciosa perspectiva, empleando una cronología, unas fuentes y un espacio de estudio de grandes dimensiones, que es interconectado e interpretado a través de la comparación. Con ello, no solo consigue llegar a una comprensión profunda y casi total del fenómeno de los santuarios novohispanos, sino que suscita y da respuesta a debates sobre este ámbito concreto, así como a controversias sobre temas más generales, bien sobre espiritualidad novohispana, bien sobre cuestiones relativas al ejercicio de poder en la América colonial o al desarrollo de las nuevas sociedades y culturas criollas.

En esta capacidad para trazar puentes entre lo concreto y lo general es donde reside el principal valor de *Theatre of a Thousand Wonders*. Carlo Ginzburg, figura de referencia en el ámbito de la historia y la microhistoria, afirmaba acerca de la problemática conexión entre el caso de estudio y los paradigmas o modelos, que las ciencias humanas se encontraban ante el dilema de “asumir un estatuto científico débil para arribar a resultados relevantes o asumir un estatuto científico fuerte para arribar a resultados de escaso relieve”.⁹ Los historiadores llevamos años tratando de descifrar esta ecuación y la historiografía actual, en temas como el que nos ocupa, demanda la resolución de cuestiones amplias que dependen de cómo salvemos esta brecha. En este sentido, la obra de

⁹ Ginzburg, Carlo. 1994. *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa, p.153.

Taylor constituye una contundente demostración de la posibilidad de combinar amplitud de enfoque con profundidad de interpretación, lo cual solo puede lograrse con herramientas como la interdisciplinariedad y el enfoque comparativo.

Si bien la idoneidad de la propuesta de Taylor parece clara, también debemos destacar ciertas dificultades en la misma. Como es evidente, este tipo de trabajos solo está al alcance de los investigadores o investigadoras con mayor experiencia, poseedores de un vastísimo conocimiento de las fuentes, así como, en este caso, del fenómeno religioso en la Nueva España. También es necesaria una gran experiencia, conocimiento y habilidad para manejarse y combinar las disciplinas que, tradicionalmente, se han ocupado de los distintos ámbitos o fuentes, según el caso. E incluso en autores con estas capacidades la combinación de disciplinas puede tener sus fallas.

En el caso de Taylor, al investigar la continuidad de rasgos de la cosmovisión prehispánica tras la conquista en relación a los santuarios, recurre a fuentes etnográficas y antropológicas del siglo xx y xxi. No obstante, así como en otras secciones sí se aprecia una valoración crítica de los principales problemas relativos a cada disciplina –Taylor dedica mucho espacio a definir el concepto de Barroco, radicado en la historia del arte, por ejemplo– en este caso no se realiza una revisión de la problemática antropológica. Esta incluye debates sobre el sincretismo cultural, el cual, en ocasiones, ha tratado a las culturas como conjuntos de elementos que pueden combinarse y separarse a placer para formar otras culturas, además de haber asumido la continuidad inalterada de

muchas culturas indígenas pese al paso de cuatro siglos. Realizar esta revisión habría redundado en una mejor integración y combinación de las conclusiones derivadas de la literatura antropológica, como la mencionada relación entre los Cristos negros y el significado de este color en la cosmovisión mesoamericana, en el conjunto de la obra.

Aun así, el ambicioso y comprensivo libro de Taylor constituye un auténtico *teatro de maravillas*, una referencia en cuanto a método e interpretación que sienta nuevos puntos de partida para continuar y ampliar la investigación sobre espiritualidad en la Nueva España y en América en general.

ELENA MANCHADO RODRÍGUEZ
(UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
DE MADRID-CSIC)

Alicia Ortega Caicedo: *Fuga hacia dentro. La novela ecuatoriana en el siglo xx. Filiaciones y memoria de la crítica literaria*. Buenos Aires / Quito: Corregidor / Universidad Andina Simón Bolívar 2017. 487 páginas.

Este libro es encomiable por su título y subtítulos. El siglo xx advirtió otras historias de la novela ecuatoriana, conjuntas o de autoría individual, todas pergeñadas por un patriarcado crítico. La de 1948 de Ángel F. Rojas (que estudió muy bien la tradición ecuatoriana, señalando sus límites) sigue siendo la de mayor fuerza contextual, como bien reconoce Ortega; aunque supedita su validez conceptual al considerarla crítica nacionalista [sic] (pp. 135-138), percibiendo peregrinamente

de igual forma la del cosmopolita Benjamín Carrión. Han pasado décadas sin la tentativa de exhaustividad de *Fuga hacia adentro*. En el ínterin ningún historiador de esa novela ha podido o querido abandonar ideas recibidas o una filología autóctona que desdeña las conexiones de la representación nacional a distintas realidades mundiales. Sigue siendo igualmente perjudicial la crítica ideológica (desde Jorge Enrique Adoum, Agustín Cueva y Miguel Donoso Pareja) como redentora servil y apéndice colonizado del socialismo de este siglo. No se puede tratar las lecciones obvias de las revoluciones del siglo xx como si no se hubiera aprendido de sus resultados negativos. En principio, no hay nada inherentemente negativo con la crítica ideológica constructiva (véase Lukács, Williams, Jameson, Rama, Cándido), con tal de que no sea mecanicista o parte de una agenda evidente.

Ortega emplea muy bien métodos considerados normativos por el variopinto activismo actual. Para protectores de la tradición patria será meritorio que no aproveche lecturas contemporáneas de la novelística nativa o latinoamericana, en particular la que brota de reivindicaciones con frases de moda en torno a políticas de identidad que tienden a encubrir ideas confusas y pensamiento perezoso o “usado” (noción de Frank Kermode que incluye escribir mal). Su estudio se dirige a ecuatorianistas, con formato de tesis (819 notas al pie, muchas de las cuales funcionarían mejor en el texto principal) y fidelidad ideológica y metodológica a una universidad estatal estadounidense, con mayor rédito para redentores del “Otro” preocupados por interpretaciones nati-

vas *in situ*. Ese procedimiento es patente desde la Parte I, “Primera mitad del siglo xx: Novelas y crítica literaria. Estética del realismo, relatos de origen, personajes en fuga, los límites del diálogo intercultural”, compuesta de tres capítulos de similar extensión. Anunciar así los temas por examinar es una ventaja que a la vez crea la expectativa de que los apartados tratarán la materia advertida.

La Parte II, “Segunda mitad del siglo xx: Prácticas intelectuales, producción novelística y ensayo crítico”, crea una codificación similar. Sus capítulos cuatro, cinco y seis (la numeración es mía) son más extensos que los de la Parte I, y los encabezamientos de ambas partes no engendran diferencias conceptuales o temáticas. Si los prescriptores de la segunda mitad del siglo xx –agentes, amigos del gremio, correctores mal pagados, críticos estrella, diseñadores, entrevistadores, fundaciones, grupos/clubes de lectura, libreros, maquetadores, mecenas, “onegros” culturales, redes sociales, traductores, y el impulso profesoral de corregir– se enmarañan en las negociaciones de producción, Ortega supedita cómo se da la evidente transición *estética* a la última década, cuando desaparece la cosmovisión intelectualoide que los dos últimos capítulos glosan bien. Hay pocos comentarios capciosos en todo el libro, y el talante es habitualmente directo. Estas ventajas y desventajas suscitan mayores diálogos actuales –no hay que recurrir a la intertextualidad para notar el diálogo con Icaza respecto al canon nacional en *Las segundas criaturas* de Diego Cornejo Menacho y *Memorias de Andrés Chilibuina* de Carlos Arcos Cabrera– y recalcan que la crítica no debe practicar el desaire o cultivar

el halago. Este procedimiento no siempre es el caso en ambas partes.

El sexto y último capítulo, “La última década del siglo xx: Encuentros y desencuentros del sujeto con la historia”, describe crisis nacionales signadas por “un sentimiento de pérdida y desencanto, de orfandad y desorientación” (p. 375), aprueba el negativismo del marxista nominal Adoum, y reitera el de Cueva y el del no menos plañidero Donoso Pareja. Esa sección está precedida por “Los ensayistas” (pp. 308-332), paréntesis desconectado de las novelas. Al final del libro no es claro qué se ha propuesto por sujeto o por novela; y la importancia de estos calificativos disminuye con reseñas temáticas e impresionistas de nueve obras de la década. Como en los capítulos anteriores, tácitamente todas esas novelas son *impeccables*, porque sirven al objetivo crítico. El análisis de la sexualidad en Natasha Salguero —una de dos mujeres estudiadas (versus 36 hombres); efectivamente silenciando a la precursora Lupe Rumazo (a quien el patriarcado no escuchó en su momento), o Sonia Manzano y otras— y Javier Ponce revela más. Este esfuerzo se debilita al no cotejar la novela *Acoso textual* con otras de similar temática, especialmente hoy cuando la crítica pregunta qué se hace con el arte de hombres terroristas.

Privilegiar novelas menores arbitrariamente aumenta su desplome, y si los noventa fueron una fase de “desencanto”, extraña que, en el capítulo anterior, “Del desencanto y la experiencia del fracaso” (pp. 299-305), no examine a fondo (aunque asome en la bibliografía) *Teoría del desencanto* (1985), novela ensayística de Raúl Pérez Torres que pone en perspec-

tiva “la Onda” mexicana y grupos locales como la generación del (pos)desencanto (nacidos entre 1955 y 1970). Tampoco discute que novelistas de esa “generación”, principalmente Leonardo Valencia y Gabriela Alemán, traspasaban fronteras en el cambio de siglo, dando un giro importante a la historia del género. El periplo del libro no muestra un balance sobre otros contextos de la novelística del siglo después de los autores que reseña, quizá porque en ellos se nota varios desplazamientos complejos, comenzando con los epígonos de dos polos que nunca resuelve: Pablo Palacio y el impecable Jorge Icaza —el análisis de *Huaspungo* (pp. 157-173) está a la altura de la novela— cuya canonicidad provee credibilidad y credenciales a los individuos que lo privilegian. Icaza y la crítica que lo exalta son venerados porque Ortega utiliza la novelística para construir una historiografía nacional, sin dedicarse a los casos que no responden a esta. El listón teórico para criticar novelas es mucho más alto y *Fuga hacia dentro* no lo supera o intenta subir al sostener que lo único conflictivo en ellas es lo político (pp. 333-334), de la misma manera en que a través del cuarto capítulo le interesan los intelectuales de los años cuarenta “en el contexto de una militancia política que encauza las búsquedas y las definiciones en el horizonte de una transformación social revolucionaria” (p. 215).

El enfoque generacional es otra contrariedad para *Fuga hacia dentro*, por replicar la perspectiva del patriarcado, por su abundante, aunque no siempre incondicional defensa de Cueva (pp. 20-21, 273-282, *et passim*), y por desconectarse de debates estéticos o de poéticas indivi-

duales (entre otros asuntos, para examinar la tenue línea entre autor y narrador). Esos procedimientos se dan desde el primer capítulo, “Escenario intelectual ecuatoriano: Los escritores como ensayistas. Horizonte cultural en la primera mitad del siglo xx”. A sabiendas de la historia de los novelistas hispanoamericanos como críticos que comienza en el siglo xix, vale cuestionar si por defecto todo novelista es un buen ensayista, y si la autora –simultáneamente demasiado de su tiempo y tan dilatada en él– entiende lo mismo por crítico y ensayista.¹⁰ ¿A qué filiaciones y memoria se refiere al explícitamente recalcar que hay un solo tipo de crítica de la novela (la memoria nacional progresista), y solo perspectivas latinoamericanas o mundiales erróneas (las filiaciones) sobre ella? Para las nacionales es revelador que no dialogue imparcialmente con críticos que, como ella, se formaron fuera del Ecuador.

Afin a las filiaciones internacionales es el apego indiscutido a la que pasa por crítica progresista, que dialoga entre sí; y para nada con la que supone mundialista. Entre esta estaría Luis Alberto Sánchez

y su *Historia comparada de las literaturas americanas* IV (1976), que retoma ideas (erróneas) emitidas anteriormente sobre Pablo Palacio y Humberto Salvador. Algo similar ocurre con *Juyungo* del afrodescendiente Adalberto Ortiz (pp. 103-110), en que se echa de menos las interpretaciones de Jonathan Tittler, cotraductor de Ortiz al inglés, o del afroamericano Marvin A. Lewis. Es revelador que, con tanta preocupación a través del libro por la identidad nacional, en el tercer capítulo “Retóricas del mestizaje. Estéticas indigenistas y posindigenistas” el racismo sea visto como que afecta a solo una etnia, cuando es claro que no se puede desteñir el racismo ecuatoriano. Ni en la segunda sección del capítulo, dedicada a “Otras narrativas en contrapunto con la estética indigenista...” (pp. 194-212), ni en la primera (pp. 151-193) se engrana con estudios de acceso nacional factible, entre ellos *Ecuador racista. Imágenes e identidades* (1999), compilado por Emma Cervone y Fredy Rivera; y sobre todo *La identidad nacional en Ecuador. Un acercamiento psicosocial a la construcción nacional* (1998) de Martha Traverso Yépez.

No sorprende así el énfasis exclusivista en lo nacional sin modulaciones históricas, sin discutir o tener en cuenta que lo nacional significa privilegiar un pasado acordado que proviene de historiadores y literatos, o de demagogos. En este sentido, Ortega se rige por visiones anglófonas de las llamadas literaturas “poscoloniales”, término aplicado benignamente por una concepción liberal (pero mítica) de la nacionalidad como punto de partida para la autodeterminación. Mezclar esas coordenadas muestra una inclinación ciega a una santísima trinidad anglófona:

¹⁰ Véase el volumen II de *Los novelistas como críticos* (1991. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica) compilado por Norma Klahn y Wilfrido H. Corral, que contextualiza cada década tratada por Ortega. Tampoco hay interlocución con *Cartografía occidental de la novela* (2010. Quito: Centro Cultural Benjamín Carrión), cuyo capítulo “Salvador y Palacio: política literaria, novela y psicoanálisis andino en los años 30” conjuga la problemática del “canónico para todos” Palacio con la del vanguardista social Salvador, autor en cuya teoría y práctica de la novela Ortega no profundiza, minimizando el trasfondo ideológico que por menoriza Corral.

“una línea que atraviesa varias lecturas es la pregunta por los límites del diálogo intercultural, en un contexto plurinacional. Raza, clase y género son variantes que complejizan [sic] la reflexión” (p. 16). En la disyuntiva entre inteligibilidad para un público culto no especializado y la retórica sustantivamente comprometida de *Fuga hacia dentro* sobresale el maniqueísmo en torno a la novela nacional y la Historia, estructura argumentativa del segundo capítulo (“Novelistas y críticos literarios en la primera mitad del siglo xx”). Según esa disposición los capítulos subsiguientes se ocuparían de la dialéctica entre las novelas y sus críticos. No siempre es así.

Tal es la subyugación a los avatares del realismo y sus defensores como premisa que los de los novelistas decimonónicos parecerían una comedia musical, como cuando presume en el primer capítulo que esas filiaciones se mantuvieron más o menos intactas durante la primera mitad del siglo xx (pp. 68-83), o cuando no analiza qué razones genéricas llevarían a cavilar que un cuento del también impecable Gallegos Lara “presenta características clave en la novelística que será estudiada” (p. 82). La realidad es que las novelas parecen menos verosímiles mientras más quieren convertirse en realistas, y obligan a preguntar frecuentemente cuánto creían sus autores en sus mensajes. Algo parecido ocurre con la crítica anti estética, que mientras más intransigente es más afirma la validez de lo que quiere negar. Por ende, la sección del segundo capítulo dedicada a “Los críticos” (pp. 117-134) resulta ser muy cuestionable. Aunque excelentemente investigada en sus fuentes, una cosa es lo que dijeron

los críticos escogidos y otra es la interpretación selectiva de ellos por la autora (aquí se apoya en Guillermo Bustos, p. 123, n. 201). Es una sección repetitiva de discriminación positiva, y otra instancia en que los asesores de esta tesis podrían haber puesto más de su parte en la edición y redacción.

En esa sección es patente un anti-hispanismo que paradójicamente se construye elogiando el valor tradicionalista de la metodología de esos críticos para, en un elemental giro “poscolonial”, enfatizar que el hispanismo es racista, imperialista, conservador y lo afín. El blanco, por así decirlo, es el trabajo del políglota jesuita Aurelio Espinosa Polit. Ortega reconoce que Espinosa Polit “no tuvo como objeto de estudio el corpus novelístico privilegiado en la presente investigación” (p. 131), y que “La producción vanguardista, así como los inicios de la nueva literatura [...] no es objeto de estudio del padre Espinosa Polit” (p. 132). No importa, su meta es contrarrestar los criterios estéticos del crítico, lo cual se puede tener a bien. Pero surgen varios problemas. Primero, es un craso error pensar que la nueva literatura ecuatoriana (de los años veinte y comienzos de los treinta) era “propositivamente [sic] anticastiza, beligerante e irreverente” (p. 132), y nada más, sin notar las fuentes foráneas de aquella. Segundo, reprocharle a Espinosa Polit que sugiera “un estudio profundo, sentido, encariñado de lo que haya en nosotros de elemento indígena, pero al mismo tiempo, un estudio no menos serio de lo que hay en nosotros de espíritu universal” (p. 133), y además considerar “Un acierto en términos pedagógicos es su reiterada invitación a la lectura y estudio directo de los

textos” (p. 133), es recriminarse su propia práctica y no tener en cuenta que Espinosa Polit, como ella, tenía todo derecho a sus intereses.

Dentro de aquellos derechos es contraproducente ignorar el valor positivo o negativo de la traducción de la novela ecuatoriana urbana a otras lenguas para ponerla en un contexto extranacional (piénsese en la recepción de Demetrio Aguilera Malta en México y Estados Unidos). Si es verdad que hay que enfocar la conversación sobre la traducción hacia países periféricos, también se debe reconocer la magra e infravalorada traducción de varias novelas ecuatorianas por lo que es: una contribución a la forma de la escritura y el mercado literario como un todo mayor, mediante la cual lo culturalmente “extraño” deja de serlo. En ese sentido, ¿qué significó que *Juyungo* haya sido traducida al ruso en el clave 1968, sobre todo cuando la biografía de Ortega señala que es profesora de idioma ruso y literatura? Aunque hable bien del jesuita Aurelio Espinosa Polit como traductor (p. 129, n. 216), la única ocasión en que se ocupa de esa práctica (de *Huasipungo* al inglés, p. 172, n. 300) es para enaltecer el trabajo de Icaza “con el lenguaje”, sin dar ejemplos o señalar matices. La traducción ayuda a que se violente otras culturas sin el esencialismo de “escribir sobre lo que se sabe”, lección que la crítica puede aprender distanciándose de jerarquías que estabilizan regímenes de control y exclusión de manera triunfalista, sin aislarse en el provincianismo que *Fuga hacia adentro* proyecta en exceso.

A su haber, y dialogando momentánea e indirectamente con un pensamiento contrario, como reparo tardío (porque

pertenece a secciones anteriores) Ortega examina el ensayo “El síndrome de Falcón” de Valencia (pp. 440-453), una aguda crítica de amplio espectro de la dependencia de autores y críticos ecuatorianos en las rémoras del realismo social. Si su acotación confirma la vigencia de un texto todavía seminal y sin par en el medio ecuatoriano actual, es una crítica débil al enfocarse en lo que cree que le falta en vez de lo que contribuye Valencia. Cuesta entender su aplicación de criterios ideológicos anticuados, mantenidos por patriarcados progresistas ecuatorianos y estadounidenses progresistas. La realidad es que ya han pasado cinco décadas desde que Mario Vargas Llosa puso en perspectiva las dicotomías nacionalistas de “novela primitiva y novela de creación”. Según el filósofo ghanés Kwame Anthony Appiah, “cosmopolitismo y patriotismo, diferentes del nacionalismo, son sentimientos más que ideologías”, porque escribir o leer no tienen nación u oficio nacional. Al querer autorizarse o legitimarse con variantes de esas divisiones Ortega se bautiza, consagra y tal vez canoniza como crítica de una escuela pretérita, y por ende este libro será laureado solo por los lectores a quienes apela.

Consecuentemente, la autora parece querer o poder hablar de una sola tradición, sin dialogar con otras, como si todas existieran en un vacío o no cambiaran. Dialoga indirectamente porque para criticar a Valencia, por ejemplo, se basa o escuda repetidamente en una lectura de Alejandro Moreano, defensor de Cueva. Ambos apologistas no se sustentan en lecturas a fondo y, si discuten la falta de nación en la narrativa, sus criterios de análisis se habrían enriquecido al prestar

una mínima atención a otros ensayos del libro de Valencia en que él contextualiza sus argumentos mayores: “Hay un escritor escondido en la acuarela”, “Elogio y paradoja de la frontera”, “Nunca me fui con tu nombre por la tierra”; e incluso los cinco ensayos en que habla de sí mismo en la sección “Sobre la escritura” de *El síndrome de Falcón*, particularmente “Fragmentos para un adiós a la novela”. En última instancia, Ortega solo acepta un tipo de crítica, y concluye la sección “Los críticos” aprobando rechazar “una perspectiva eurocéntrica y cierto didacticismo, vocación de una filiación hispanista: pretensión [sic] de universalidad e idealismo, al margen [sic] de los contextos de la historia y la sociedad; preocupación por la nación...” (134) de ellos, como si la utópica crítica progresista no tuviera puntos ciegos, o como si los tardíos Said y el Eagleton anti poscolonial no fueran eurocéntricos o humanistas como Espinosa Polit.

En *Viceversa. La literatura latinoamericana como espejo* (2017) Constantino Bértolo (analizando a un crítico progresista consecuente con sus ideas, José Carlos Mariátegui) sostiene que hay tres tipos de crítico literario: impresionistas, literatos y tribunos (el de Mariátegui). Ortega titubea entre el segundo y tercer tipos, optando por el primero, que según Bértolo parece juzgar las obras “desde la mera escala de su gusto [...] sin interrogarse sobre las raíces de su gusto”. La autora no advierte que es contraproducente concentrarse en rupturas y negaciones de solo un tipo, sin percibir lo loable de una novelística que tiene suficientes inconvenientes al tratar de ubicarse en el canon latinoamericano o mundial, a pesar de que su evolución

patentiza que no es emergente. Así ella deja la impresión de que hay poco de comprobable valor en la novelística ecuatoriana del siglo pasado, y que sus críticos han hecho poco o nada para poner esa recepción en perspectiva. Al supeditar el esteticismo del siglo xx tardío Ortega describe y revalida novelas que ha elegido convenientemente, desdeñando técnicas narrativas o una valoración cabal de ellas. *Fuga hacia dentro* habría tenido menos fallos si no hubiera cedido al patriarcado institucional cuyo poder, vale decirlo, no siempre permite pensar por una misma. Pero estos son otros tiempos, y por eso cuesta entender el convencionalismo de este libro.

Si nuestras circunstancias históricas nos pueden cegar a ciertas áreas del arte y la cultura también nos pueden ayudar a notar lo que está escondido para intérpretes de trasfondos diferentes. Al hablar de “Los críticos y la crítica” en *Reading and Criticism* (1950) el canónico crítico marxista Raymond Williams asevera: “Es en la imposición de estándares de valoración ocultos donde la crítica provoca más daño”. Williams pide que la crítica examine honestamente la base de su sensibilidad, que es como decir que por más enterado que se sea uno no puede superar sus prejuicios. Ortega tenía que admitir que en la novela del siglo xx hay numerosas formas estéticas, y que su posición de sujeto impide conocimientos que son menos difíciles para otros. Cerrarse ante la crítica con que no se conjuga conduce a una acumulación sustancial de crítica sin sustancia. *Fuga hacia dentro*, título preciso para aislarse de nuevas interpretaciones foráneas, reemplaza una posible crítica original y convincente con un pensamiento

prefabricado y esquemático de la historia de la novela nacional, forzando sucesos en una plantilla que no presta atención a la variación natural o al individualismo. Para celebrar la novela nacional sin triunfalismo y no arruinar debates necesarios urge un nuevo léxico y pensamiento crítico.

WILFRIDO H. CORRAL
(MADRID)

Hernando Cabarcas Antequera: *Variaciones alrededor de un cuarto del búho. Moxinifadas de Gaspar. León de Greiff 120 años*. Bogotá: Uniediciones 2017. 150 páginas.

La permanencia en el tiempo del poeta León de Greiff (1895-1976) es el tema de este libro que le rinde homenaje, y que también viene a expresar cómo perdura, ya doblado el siglo, la obra del inclasificable vanguardista colombiano. La vida y la historia de De Greiff está vinculada a sus dobles u *otrosyóes*, identidades que llegaron a alcanzar el número de 77, y de las cuales la más conocida, y primordial en su obra, es la de Gaspar de la Noche. De ahí que el título de este libro comparta su temática con el doble de Gaspar. Este personaje, de trayectoria singular, ya que, desaparecido y fugado del clan 33 años antes, será desmomificado de su bloque de hielo, recuperando su figura de 1926, cobra nueva vida ligado a su autor compartiendo la autoría de su obra. El propio León de Greiff anuncia en el conciliábulo de sus dobles que en el año 2000 y pico saldrán sus memorias editadas por “algún tarambana” y así se aclararían bastantes

cosas. Es justamente este el nexo que facilita y justifica el libro que ahora comentamos, que es profecía y continuación de la obra de De Greiff, y actuación o moxinifada de Gaspar. No está de más recordar que una de las obras más conocidas y de mayor trascendencia de su autor es *Prosas de Gaspar* (1937), un libro de atrevida escritura en el que se combina lo popular y lo literario. Siempre atento a la sonoridad y al ritmo, *Prosas de Gaspar* es uno de los máximos ejemplos de su personal obra. El título que comentamos se presenta por tanto, como una intervención artística al estilo de las que realiza la Fundación Moxinifadas de Gaspar (www.moxinifadasdegaspar.com): “Se trata de pronunciar en la actualidad las lecturas y escrituras de León de Greiff desde la materialidad de las voces y de las letras e imágenes del Cuarto del Búho hallado para construir el espacio y el tiempo de la *posibilidad indefinida de discursos* y acceder a la *formación de otros textos*”.

Este libro, con abundantes ilustraciones, tiene la apariencia de un álbum, en el que se desarrolla parte de la biografía de León de Greiff, en tanto recupera la historia de sus materiales de lectura y escritura, amontonados en su biblioteca o Cuarto del Búho. Esa imagen, que nos lo presenta vivo ojeando sus libros, es el vértice desde el que se desarrolla este trabajo, en el que interviene, ya en nuestro siglo la “Fundación Moxinifadas de Gaspar”. El autor del libro, Hernando Cabarcas Antequera, riguroso filólogo, no deja escapar la ocasión de intentar aclarar los términos usados por el poeta, es el caso de la palabra “Moxinifada” que, de origen portugués, se refiere al “arte de las mezclas, variaciones, tergiversaciones y esta-

blecimiento de relaciones y revelaciones insospechadas”. E igualmente el término “Alredor” que se explica como el “Uso literario que hace León de Greiff del adverbio alrededor, que significa en torno a algo”. La larga introducción a un libro que se despliega en una gran cantidad de imágenes resulta especialmente pertinente, biografía, biblioteca y archivo, después de su desaparición, van a ser revisitados y hasta revividos en su trayectoria hasta establecer su potencialidad creadora en el presente. Nadie como De Greiff se mostró tan ligado a su biblioteca, como bien señala la apreciación que hizo R. H. Moreno Durán a Rafael Gutiérrez Girardot y el propio Cabarcas Antequera, con ocasión del proyecto fallido de la edición de la obra de De Greiff en la colección Archivos. La biblioteca es la biografía de un autor. Y ello hay que tenerlo muy en cuenta al leer este libro, pero también es evidente, dada la cantidad de sucesos que se cruzan en el tiempo y que conforman su sentido, que esa biografía adopta también la apariencia de una ficción novelada, e incluso un tratado sobre el *ubi sunt*. En efecto, se explica que desde el año 2000 circula la leyenda en el barrio de Santa Fe (Bogotá), donde vivió en sus últimos años el poeta, que había un baúl traído de Suecia por Carlos Segismundo von Greiff que antes sirviera para transportar alguna de las espadas de Simón Bolívar. Se decía que estaba lleno de manuscritos, libros y discos de De Greiff o de alguno de sus dobles. La historia de ese baúl entraría dentro de ese aspecto ficcional de que tanto gustó el poeta. Esta parte legendaria se combina con la historia de la casa en la que habitó hasta su muerte el 11 de julio de 1976, y cuyo proceso de deterioro pasó

por la caída del techo, una inundación en 1997, un incendio, y el desplome de la fachada y del segundo piso. Llegado este punto la casa estaba por perderse y con ella los documentos y los libros de su biblioteca. De ello se hace eco una nota en el periódico *El Tiempo* que indica que “se está derrumbando un pedazo de la historia de la cultura nacional, frente a los ojos indiferentes de toda la ciudad”. A un relato así le conviene la disposición de álbum, con ilustraciones y documentación, incluyendo legibles notas de periódico, fotografías de la casa (“Agoniza la casa del poeta”, “Bomberos rescatan libros de De Greiff”), de las que el investigador fija la fecha, el 17 de julio de 1997. Por fortuna, estos materiales, libros y discos fueron donados a la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, donde en agosto del mismo año llegaron más de 3.000 libros, fotografías y manuscritos. Entre los cuales destacan los listados en forma de catálogo de libros y discos leídos y escuchados. Resulta especialmente interesante poder revisar en las fotografías las listas de los títulos de libros y discos de música que De Greiff anotaba con cuidado y rigor.

Pero la historia de la casa derruida continúa en el silencio. Un día, un empresario, Harvey Ayala, funda su negocio de prostitución al lado, el derrumbe progresivo de la edificación abandonada la hace peligrosa. Con lo que se recogen los escombros, papeles, y libros y se convierte en aparcamiento del prostíbulo. Hacia el año 2000 Hernando Cabarcas comienza a encontrar libros autografiados de León de Greiff y entra de lleno en su escritura con lo que se convierte en riguroso especialista de su obra. Se da cuenta de que su escritura es como “una

alquimia que supera los límites de la realidad y posibilita experiencias materiales, sensitivas y dinámicas con los lenguajes simbólicos” y no solo eso, sino que, como se apuntó anteriormente, el poeta colombiano había lanzado una predicción acerca de la recuperación de su obra del Cuarto del Búho en los primeros años del siglo XXI por parte de un curioso “tarambana” que catalogaría el archivo. Esta predicción se cumple en las acciones que emprende Cabarcas al seguir los pasos de los libros que un día formaron parte de su lugar de lectura y trabajo. Es así como encuentra la otra “versión del Cuarto del Búho” traspasada al siglo XXI, donde se reúnen los libros lamentablemente deteriorados que han quedado después del asesinato de Ayala en 2004 (“La historia del Edil asesinado, en *El Tiempo*, Bogotá, 11 septiembre 2004). Su madre y heredera, doña Ramona Mendoza, pasa a administrar el negocio y preserva lo que queda de esa biblioteca. Fue el 18 de enero de 2014 cuando doña Ramona le abre a Cabarcas el espacio en el cual durante 10 años había depositado cajas y costales. Una vez abierto, aparece una versión del Cuarto del Búho, presidido por el baúl que guardó la espada de Simón Bolívar donde se amontona lo que queda de ese cuarto, todo en pésima conservación, aunque enseguida advierte que “Sus fragmentos, residuos, descomposiciones, remanentes y cenizas son materias primas de la creación”. El propio poeta destaca la importancia del espacio, lugar de lectura, relectura y escritura del poeta y sus dobles. Como buen conocedor de la obra greffiana, Cabarcas anota y sugiere referencias varias a partir de la obra completa y de la obra dispersa y

sostiene que el Cuarto del Búho, “es un archivo que tiene la particularidad de emitir textos contruidos a partir de él, en el presente, en el año dos mil y pico o en el futuro”. Este es importante dato porque incide en la trascendencia de la obra de De Greiff para la posteridad. Si el poeta contaba con recibir huéspedes en su cuarto, los investigadores del presente parecen huéspedes del cuarto. En consecuencia, los que intervinieron en el cuarto “estamos habilitados por el propio León de Greiff como autoridades hermenéuticas para vincularnos con los afectos y movimientos de un artilugio de lectura y escritura”. En el cuarto hay discos y libros fundidos, hay títulos borrosos que estimulan a correspondencias varias que producen asociaciones de lecturas, escrituras o composiciones de textos. “Las Moxinifadas de Gaspar despliegan mezclas, variaciones, tergiversaciones y revelaciones insospechadas, inscritas en un transcurso de destrucción / construcción / destrucción / construcción”. Es aquí donde se inserta la fase de revisión y registro para concluir que en el cuarto yacen los desperdicios del tiempo, restos que nos vinculan mejor a su escritura “tetradimensioparamidal pandemoniaca o tetrapirámidimensional pandemoniaca o tetrapirámidimensional panbabélica”, porque De Greiff trabajaba con la sonoridad de la palabra, en la conciencia de que, con el significante, los significados se moldean. Su actitud renovadora está vinculada al término *tergiversar*, que no solamente significa alterar, reinterpretar, sino que también es trastocar, que equivale a trastornar, revolver, perturbar la razón. También significa trabucar, trastornar, confundir, pronunciar o escribir

equivocadamente. El desolador lugar lleno de libros quemados o destruidos es recuperado en lo posible, conscientes de que solo queda una parte de ese universo sonoro y visual, cuyo significado puede recuperar el lector.

Las primeras intervenciones realizadas en el Cuarto del Búho por los investigadores del año dos mil y pico son alentadoras, porque De Greiff se apasionó especialmente por “disponer su *escritura* para que *se escribiera* en el futuro, en el año dos mil y pico y aún después”, ya que sus memorias se podrían leer después e incluso sus dobles publicarían otros mamotretos inéditos que el poeta colombiano confiaba que serían apreciados por las generaciones futuras. Sus libros fueron publicados por Hjalmar de Greiff, y desde finales de octubre de 2015 se pueden consultar tres tomos de poesía y cuatro de prosa (Subgerencia Cultural del Banco de la República, 2015) y fondos abiertos de autores colombianos-León de Greiff en www.banrepultural.org/blaaavirtual/fondos-abiertos/autores/l-d-g.

El apartado “Tañendo el Cuarto del Búho” hace referencia a los cuantiosos discos deteriorados y los combina con el buen gusto musical del poeta que creía en “la palabra como un instrumento para tañer”. Para visualizar los materiales del poeta se expusieron los discos, libros y documentos, lo que posibilitó un espacio para ver, leer, oír y escribir. Del mismo modo, el apartado “Umbrales del Cuarto del Búho” presenta fotos del lugar de la exposición del Cuarto del Búho que ha creado el grupo en su exterior e interior “para acceder a una experiencia artística y urbana para que, con el apoyo de esta

riqueza simbólica recuperada, cada cual participe con sus propias palabras y expresiones en el espacio de lo público y de las conversaciones de hoy, tergiversando, variando, mezclando y superponiendo; es decir, moxinifando”.

La segunda parte, después de la larga introducción, se centra en los aspectos más visuales, “Variaciones alrededor de un Cuarto del Búho”, “Entrando al Cuarto del Búho”, “Las firmas de León de Greiff Gaspar de la Noche y los otrosyóes”, “Muestrario de artilugios de la biblioteca de León de Greiff en el Cuarto del Búho encontrado”, y en ella se incide en sus heterónimos, en las intervenciones documentales, sonoras y visuales. Las fotos del poeta en su cuarto de lectura atestado de libros se combinan con la inclusión de otros textos y referencias, como el interesante despliegue de “La Discoteca y Bailoteca de León de Greiff”, con una serie de objetos de los que emana una carga de misterio y sacralidad. Objetos que proceden de León de Greiff, sin contar que algunos pueden ser los que Gaspar de la Noche le dio a guardar, en 1926, a Ricardo Rendón, Calipso la Endrina e Isabel la Bella, antepasadas trabajadoras del barrio de Santa Fe. Se añade el poema “Suite de la luna negra”, impresionante composición de palabra y música. Es evidente que este libro refleja, además, la acción de la Fundación Moxinifadas de Gaspar de cuyo trabajo fue uno de los primeros frutos la inauguración, el 4 de agosto de 2005, en el Archivo de Bogotá, de la exposición documental, sonora y visual “Registrando el Cuarto del Búho. León de Greiff 120 años”. Es así como este libro recoge el pasado y se proyecta hacia el futuro, un

libro que no dejarán de disfrutar los muchos lectores y admiradores de la obra del poeta colombiano.

CARMEN RUIZ BARRIONUEVO
(UNIVERSIDAD DE SALAMANCA)

Pedro Ángel Palou: *La enfermiza apariencia de las figuras de mazapán. Ensayos urgentes*. Valencia: Albatros Ediciones 2018 (Serie Palabras de América). 197 páginas.

El oficio de escribir implica un aprendizaje. Han pasado 30 años desde la primera publicación de Pedro Ángel Palou, *Música de adiós* (1989). Una antología de cuentos como un laboratorio de historias y fantasías; una habitación fatigada de sueños. Historias mínimas que desde ya trazan la dedicación a la escritura, así como una muestra del bagaje literario a través de los intertextos que acompañan a algunos de los cuentos. Le suceden las novelas, en breve periodo de tiempo, *Como quien se desangra* (1991) y *En la alcoba de un mundo. Una vida de Xavier Villaurrutia* (1992), previo a la declaratoria del Manifiesto del Crack y la gestación de una amistad literaria que ha incidido en los derroteros de la literatura mexicana y latinoamericana.

La de Palou es una carrera literaria ingente en cuanto a publicaciones, además de diversa y difícil de encasillar dada su incursión en los diversos géneros. Así pues, el camino recorrido hasta ahora le da la autoridad para hablar sobre el oficio de escribir en el libro que nos ocupa: *La enfermiza apariencia de las figuras del mazapán. Ensayos urgentes*. Cabe decir

que sorprende una vez más, como suele hacerlo, ya que rompe —por ejemplo— con la línea de novelas de corte histórico que ha venido publicando. Aplica lo dicho por Ignacio Padilla (1968-2016): “Con los novelistas, en cambio, sucede a veces que la brillantez de sus obras de ficción y la popularidad del género narrativo consiguen silenciar buena parte de sus más destacadas obras en el dominio del puro pensamiento”. Si bien no es el primer libro en el que devela la voz propia, aquí lo hace con arrojo al dilucidar sobre diversos temas que giran alrededor de una preocupación central: qué es lo que tiene que decir la literatura en un mundo que se ha descompuesto y del que no sabemos nada.

Parto de esta premisa, que complemento con la pregunta: ¿a quién se le ocurre escribir hoy? De ahí la urgencia de reflexionar sobre el acto de escribir en un contexto en el que el oficio del escritor también se cuestiona. El siglo XXI ha significado un cambio radical en el modo de ver y concebir la vida intervenida, entre otros aspectos, por la tecnología. “Hemos pasado de la ligereza imaginaria a la ligereza-mundo”, apunta Lipovetsky, y en ello coincide Palou al referir que la literatura ha transitado de las metanarrativas a los relatos fragmentados. Por eso, como una propuesta, invita a interrogar otras cosas desde el ocio, la atención y la lectura, las micrologías en las que reside realmente lo urgente. De ahí su permisividad al ofrecernos un ensayo literario más personal y fragmentado para adecuarlo a los tiempos apremiantes que vivimos.

La primera parte del libro da cuenta de ello. A manera de miscelánea, nos ofrece reflexiones que en primera ins-

tancia parecen dispersas, pero que no son otra cosa sino una indagación de las preocupaciones actuales del oficio de escritor. Preocupaciones que parten desde aquel remoto 1996 cuando se fisuró el terreno literario y se empezaron a sentar las bases de una literatura que debía encarar el siglo XXI. Es en *Palabra de América* (2004) donde se sintetiza ese periodo inicial y se empieza a desmontar el cliché del escritor latinoamericano que heredaba una escritura comprometida. Una literatura en deuda con el *boom* y, precisamente, sus metarrelatos. Para Palou lo latinoamericano ya no es una patria única que termina justo en la frontera México-americana, que por cargas ideológicas más allá no se debe nombrar. Pero, como él apunta, su generación tuvo que migrar por distintas razones y desde esa no patria concebir también el acto de escritura.

Ahora se trata de escribir en América Latina después de García Márquez, poner en tela de juicio las herencias y dismantelar cada uno de los mitos establecidos. De ahí entendemos las referencias que oscilan de Borges a la narrativa mexicana revolucionaria, de la literatura policial a la literatura de la blogósfera, de la banalidad y el ocio a la selva de lo real. Si bien cada ensayo aporta un contenido e interroga un aspecto, en conjunto tenemos un panorama de lo que le preocupa a él como escritor ante el imperativo ya señalado de que la literatura busca decir algo importante con desesperación.

Y volvemos al inicio, a las micrologías, a las banalidades del día a día como respuesta al vértigo al que nos vemos sometidos. El autor insiste en el ocio porque el

problema no es el tiempo, sino la distracción, el miedo a estar solos, y no debemos olvidar que la lectura es un acto de soledad e inacción. Es también esto lo que interesa ensayar, cuestionar el para qué y porqué se escribe teniendo en cuenta que los lectores están inmersos en un sinfín de distracciones, por tanto, ¿vale la pena escribir ante la ligereza?, ¿cómo ofrecer profundidad en la lectura cuando se escribe en el aire?

De ahí la urgencia en las reflexiones, de ahí la aparente dispersión y el recurso de la conglomeración. En pocas páginas hace un repaso del devenir de la literatura latinoamericana y mexicana, ofrece sus puntos de vista y desnuda aquello que le interpela desde su oficio de escritor. Ante la realidad del estadio cultural digital y el paradigma de la literatura mundial es imperante virar en la concepción tanto de la literatura como del escritor. Nos enfrenta a lo local sin muros, donde el escritor ya no está parapetado en la mítica torre de marfil sino enfrentado al quehacer cotidiano de la escritura desde donde debe tratar de ofrecer respuestas. Se trata de “lo universal íntimo”, de ser tanto escritor como lector, de contener la realidad por intermedio de sus relatos para sobrevivir en tiempos oscuros.

Y no se queda en las palabras; el segundo apartado del libro, más compacto sin perder la tónica de la dispersión, es de alguna forma respuesta a los interrogantes de la primera parte. Se trata del ejercicio escritural de develar en cierta medida ante qué se enfrenta el escritor al momento de poner en marcha una nueva historia, ya que, como apunta Palou, “la novela se escribe con dudas”. Somos testigos de la progresión de una novela, de las vicisitu-

des reales a las que se enfrenta el escritor y no solamente a la mítica hoja en blanco, que es más un cliché ya establecido. Es partir desde el germen de la historia hasta la arquitectura de la misma para que tome forma y pueda ser plasmada en la hoja, desde el ejercicio mismo de enseñar cómo escribir una novela

No nos movamos a engaño, no es un manual de escritura, aun cuando lo pareciera, es aventurar respuestas al porqué y desde dónde escribir. Es ofrecernos sus propias lecturas, aquellas que le han moldeado en el ejercicio docente y en el arte escribir, como *La preparación de la novela* de Roland Barthes. Es desvelar el aspecto, incluso físico, de la lucha del escritor con el lenguaje y asistir a la progresión de una novela, que, en este caso, se queda simplemente plasmada, aunque, conociendo la obra de Palou, algo de lo ahí escrito, nos atrevemos a decir, se concretó en su *nouvelle La profundidad de la piel* (2010). Una segunda parte que se torna en una lección magistral de la que el lector saldrá con una lista copiosa de autores y obras por leer; autores que van desde los clásicos hasta los contemporáneos, dejando entrever la amplia formación lectora que el autor de estos ensayos manifiesta en su ya larga trayectoria como escritor.

Palou no escribe solamente sobre los aspectos técnicos que implican compaginar escritura, estilo, verbalización y contenido. Detectamos aquello que es posible encontrar en sus obras de ficción, esa implicación como autor en su escritura. Es decir, partiendo de lo señalado respecto de escribir en un contexto desolador y con grandes retos, se busca dotar a la escritura de sensibilidad, de participar en

las emociones que están en juego al ir moldeando a los personajes y sus historias, y ofrecer con ello un contrato de verosimilitud del que el lector no sale indemne porque las grandes novelas engullen a su paso todo lo que tocan. Palou establece sus credos escriturales y los sintetiza en la máxima de Steinbeck: creer en las palabras, creer en los seres humanos y creer en las historias.

Como lectores, asistimos a ese acto íntimo del proceso de escritura, del forcejeo entre el escritor y su historia. No se trata de algo idílico, Pedro Ángel Palou, por ejemplo, se desplaza entre el ejercicio docente y el del escritor, entre la soledad de la escritura y la figura pública, y desde ese péndulo de emociones escribe esos textos que siempre tienen algo que decir y cuestionar más allá de su propósito lúdico, si de lectura hablamos.

La enferma apariencia de las figuras del mazapán es un libro lúdico y profundo; es un metaensayo que nos conduce a más lecturas y ofrece un abanico de posibilidades para entender al ensayista y escritor. Somos testigos y cómplices, ya que asistimos a una puesta en escena de las preocupaciones que interesan al autor. Los aforismos con que cierra el libro no hacen sino rematar lo expuesto; se inicia con un llamado a poner atención a esas pequeñas cosas nunca del todo insignificantes y se cierra con una encapsulación de máximas que condensan mucho de lo aquí escrito. Vuelve al péndulo de lo local sin muros y concluye con dos escritores que bien podríamos ubicar en cada uno de esos polos: Yourcenar y Del Paso.

Así es como Pedro Ángel Palou ofrece en este libro sus preocupaciones urgentes como escritor y como lector. Una lectura

obligada no solo para entender el ejercicio de la escritura sino para pasar de la muerte a la vida tomando a la literatura como experiencia en el recorrido a que nos conduce el autor a través de la tradición literaria. Lo que más nos recuerda Palou es que la literatura es esa habla huérfana que busca un nuevo destino, una nueva identidad y, para construirlo, es imperioso reflexionar sobre la enfermiza apariencia de las figuras de mazapán.

RAMÓN ALVARADO RUIZ
(UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN LUIS
POTOSÍ, SAN LUIS POTOSÍ)

Nanne Timmer (ed.): *Cuerpos ilegales: sujeto, poder y escritura en América Latina*. Leiden: Almenara 2018. 328 páginas.

“Pensar el cuerpo: vida y derecho” es el título que Nanne Timmer da a su introducción al compilado *Cuerpos ilegales: sujeto, poder y escritura en América Latina*. Timmer, profesora de la Universidad de Leiden y con una amplia trayectoria en los estudios latinoamericanos, invita a los lectores de este texto a pensar sobre distintas prácticas de exclusión frente al cuerpo, enmarcadas dentro del biopoder, y en la manera como estas se representan en la región. Para estos efectos, los académicos convocados echan mano de obras literarias y artísticas en las que se reflexiona en torno a distintas formas de precarización de la existencia de individuos que, por uno u otro motivo, no se ajustan a las imposiciones de un ente normalizador. El resultado es un trabajo sumamente valioso que, a la par de utilizar herramientas analíticas de poca usanza en el contexto

latinoamericano, echa luz sobre las obras de novelistas, cuentistas, poetas, artistas y cineastas cuyos trabajos han tenido recepciones desiguales por parte de la academia y del público en general.

El texto se encuentra dividido en una introducción y cuatro secciones; cada sección, a su vez, se compone de tres o cuatro ensayos que giran en torno a una temática específica. La temática de cada sección se encuentra condensada acertadamente en su título, sin que por ello pueda afirmarse que los textos incluidos en ella no dialogan con aquellos que se encuentran en las demás.

La primera sección, denominada “Entre ausencia y presencia” estudia la siempre problemática relación entre el individuo-otro y el colectivo, llámese este social o político. En este orden de ideas, Gabriel Inzaurrealde analiza el cuento “El Ojo Silva” (2000) de Roberto Bolaño para acercarse a las formas de rechazo que penden sobre el exiliado político que, en adición a ello, es sexualmente diverso. En similar sentido, Benjamín Loy parte de las representaciones del cuerpo en *El otoño del patriarca* (1975) de Gabriel García Márquez con dos fines complementarios. Por un lado, muestra cómo los cuerpos-otros son cosificados en aras de legitimar el discurso de la dictadura argentina en las novelas *Dos veces junio* (2002) y *Ciencias morales* (2007) de Martín Kohan. Por otro lado, Loy aborda los filmes *Tony Manero* (2008), *Post-mortem* (2010) y *No* (2012) de Pablo Larraín destacando la oposición cuerpo colectivo-cuerpo individual y la forma como esta influye en las lecturas que se hacen de la dictadura chilena. Finalmente, Natalia Aguilar Vásquez estudia la normalización de la muerte violenta en Colombia y México mediante el análisis

de las obras *Aliento* (1995) de Óscar Muñoz y *Vaporización* (2002) de Teresa Margolles. En términos generales, esta sección alude al cuerpo en relación a su entorno y, de manera muy particular, a la colectividad donde este se encuentra inscrito.

La segunda sección, a la que corresponde el título “Entre violencia y crimen”, se inserta en los vericuetos de los sistemas legales para mostrar formas de sometimiento de los cuerpos-otros al poder del colectivo. Dos de los textos incluidos en esta parte despiertan especial interés en la medida en que acercan los extremos, no siempre conciliables, de la investigación jurídica y la investigación literaria. Así las cosas, Adriana Churampi hace un rastreo minucioso de cómo el juez-escritor Enrique López Albújar plasma su perspectiva del modelo de justicia indígena en los relatos “Ushanan Jampi” y “El campeón de la muerte”, incluidos ambos en su obra *Cuentos andinos* (1920). Muy acertadamente, Churampi llega a la conclusión de que el autor niega cualquier tipo de “judicialidad” a este modelo y, antes bien, lo sitúa en el terreno de práctica pintoresca sin ningún valor para la sociedad peruana. De similar forma, Alia Trabucco Zerán hace una lectura paralela de los textos nacidos a propósito del homicidio perpetrado, a plena luz del día y con abundancia de testigos, por Georgina Silva Jiménez, nombre de pila de la escritora chilena María Carolina Geel. La lectura cruzada del expediente judicial y la novela *Cárcel de mujeres* (1956) permiten a Trabucco Zerán demostrar cómo Geel enerva los límites entre la confesión y la admisión, en un sentido jurídico, instalándose en la ambigüedad literaria que subyace entre el testimonio y la narrati-

va de ficción. *Grosso modo*, esta sección muestra cómo el discurso legal genera contextos de pretendida normalidad mediante la exclusión y el rechazo de los individuos-otros.

La tercera sección, “Entre norma y moral”, brinda al lector un panorama interdisciplinario sobre las distintas maneras como “lo anormal” se trata en diversas formas de expresión escritural. De este modo, María José Sabo se aproxima al texto gráfico *El infarto del alma* (1994) en el que Diamela Eltit dialoga con la fotografía de Paz Errázuriz, documentando el viaje que ambas realizaron al hospicio de enfermos mentales de Putaendo en Chile, otrora un sanatorio para tuberculosos de clase alta. Sabo se apoya en el pasado del hospicio para analizar las historias de amor que se tejen en el texto, fotografías mediante, en contraste con las novelas de románticas decimonónicas: por un lado, el cuerpo nacional preocupado por el destino de los amantes a los que la enfermedad separa; por otro, el mismo cuerpo nacional desechando a los amantes que se apartan de su “normalidad”. Asimismo, Ángeles Mateo del Pino señala la manera como el texto dramático *Los invertidos* (1919) de José González Castillo escandalizó a la burguesía argentina mediante la inclusión de personajes con sexualidades diversas, aun cuando la mayoría de ellos fueran representados a partir de estereotipos negativos que, de todas maneras, satisfarían las expectativas de sanidad moral de la audiencia. Finalmente, Piet Devos echa mano de los *Sensory Studies* para concluir sobre las manifestaciones de táctiles, propioceptivas y kinestésicas de “cuerpos anormales” en los cuentos “Un hombre muerto a puntapiés” y “La doble

y única mujer” (1927) y la novela *Vida del aborcado* (1932) del ecuatoriano Pablo Palacio. Sintetizando, esta parte de la obra discute sobre cómo el discurso médico y socio-sanitario introducen formas de control social que, las más de las veces, resultan en la representación colectiva de un otro aborrecible.

La cuarta y última sección titulada “Entre lo propio y lo impropio” se compone de tres ensayos que centran su análisis en las subjetividades corporeizadas a través de distintas formas de producción autoral. Para este efecto, Lizabel Mónica sigue las huellas dejadas por Virgilio Piñera en sus obras, sus documentos personales y sus borradores, con miras a hacer un acercamiento a *La carne de René* (1952) encarnando al propio Piñera. Por su parte, Daniela Martín Hidalgo analiza *Cuerpo* (1985) de María Auxiliadora Álvarez desde una perspectiva biopolítica para concluir que la autora, a través de su poesía, busca denunciar a la maternidad y a las tecnologías asociadas con la misma, como mecanismos de control sobre el cuerpo de las mujeres que las asemejan a animales reproductores. Finalmente, Nanne Timmer se adentra en el monólogo *Discurso de la madre muerta* (2012) de Carlos A. Aguilera, leyéndolo desde las nociones de enfermedad y contagio, para concluir sobre las maneras como el absolutismo del Estado infecta el discurso de los individuos hasta hacerlos paranoicos, de la misma manera que genera resistencias cuando estos desarrollan la capacidad de discernirlo. En pocas palabras, los textos recopilados en esta sección examinan experiencias de subjetividades frente al poder que las somete.

Antes de empezar con las consideraciones críticas sobre la obra, es necesario ha-

cer un reconocimiento a que *Cuerpos ilegales* es un producto desarrollado, casi en su totalidad, por académicas¹¹; se nota un compromiso señero con la labor, siempre inconclusa, de abrir espacios para las mujeres dentro de la academia. Igualmente, es de destacar que la editora ha trabajado con un grupo de personas que se desempeñan en centros de formación a ambos lados del Atlántico y al norte y al sur del continente americano; el grupo de textos brilla por la diversidad de pensamientos y de posturas con respecto a los fenómenos culturales que estudian. Por último, imposible dejar de lado la manera como la obra retoma lo *queer* como estrategia analítica para cuestionar el imposible, y siempre opresivo, concepto de *normalidad*; es esta, sin lugar a dudas, una de las mayores contribuciones de la obra a los estudios latinoamericanos contemporáneos: volver la mirada a aquellas cuestiones sobre las que se presume el consenso colectivo con el propósito de revelar las dinámicas de silenciamiento e invisibilización que se esconden tras ellas.

En términos teóricos, es innegable que el hilo conductor entre los ensayos se encuentra en el concepto de *biopolítica*, a la manera que lo entiende Michel Foucault y en los desarrollos que sobre el mismo han adelantado Giorgio Agamben y Gabriel Giorgi. Por otra parte, la remisión a los conceptos de *comunidad*, según lo trabaja Jean-Luc Nancy; *abyección*, siguiendo a Julia Kristeva y *precariedad*, a la manera que lo entiende Judith Butler, son de frecuente aparición a lo largo de

¹¹ Me baso exclusivamente en los nombres incluidos en el índice y en la presentación que Timmer hace de ellas en su introducción. No estoy asumiendo su identidad de género.

la obra. Sería infortunado, empero, tratar de resumir las fuentes de las que se nutre el texto: cada uno de los académicos y académicas tiene las suyas propias y capitaliza de ellas para enriquecer el valor argumentativo de su trabajo. La mayor virtud del libro, en este aspecto puntual, se encuentra en que quienes escriben no se comprometen con una única estructura discursiva o argumentativa; de hecho, este se enriquece merced a las marcadas diferencias entre las propuestas de cada analista. A guisa de ejemplo, aunque los textos de Churampi y Trabucco Zerán puedan localizarse dentro del campo amplio del Derecho, la primera se dedica a reconocer las peculiaridades de la noción de jurisdicción mientras que la segunda se concentra en concepto específico de la prueba y su valoración.

En lo que respecta a la base epistemológica de los textos, específicamente en lo concerniente al *post-humanismo* que se trae a colación con frecuencia a lo largo de la obra, se extraña un diálogo más profundo con Donna Haraway, Rosi Braidotti o Sarah Ahmed, solo por mencionar a algunas de las autoras más representativas. Estas, a pesar de no tener un lugar de preeminencia dentro de las posturas que informan a la crítica literaria o artística, sí han desarrollado reflexiones cruciales en torno al concepto antedicho, aportes que bien podrían ser aprovechados en los estudios que la obra emprende. En adición a esto, vale la pena traer a cuento lo que Magdalena López ha dicho sobre los ensayos incluidos en *Cuerpos ilegales* en su reseña para *Anclajes*: estos “dejan abierta la puerta para futuras exploraciones de dinámicas biopolíticas que ya no estén sujetas a los marcos identitarios que

hasta ahora han monopolizado la crítica cultural latinoamericana” (2019, 96).¹² El texto, efectivamente, se aleja del análisis de las identidades para acercarse a su objeto de estudio, pero parece aferrarse a posturas canónicas sobre *biopolítica* y no abrir la puerta a otras perspectivas. La antología editada por Timmer, en otras palabras, parece no mirar lo suficiente hacia América Latina.

Sí, los textos recogen literaturas y artes producidas en el continente y traen muestras significativas, con las excepciones a las que el espacio concedido por la editorial obliga, de cada uno de sus países. No obstante, el hecho de que los aportes teóricos “locales” procedan de Mabel Moraña, Nelly Richard, Florencia Garramuño y un puñado de teóricos que se han hecho a un nombre en el contexto euro-norteamericano, genera una sensación de inconformidad con respecto a la apertura de miras con las que la obra aborda esas literaturas y artes. En un marco de interpretación amplio, esto no es necesariamente un defecto; antes bien, si hay un factor que ha enriquecido las discusiones en torno a la región es, precisamente, su postura con respecto al desarrollo de las humanidades y las ciencias sociales desde una perspectiva global. A esto puede agregarse que las propuestas teóricas producidas en los países latinoamericanos no circulan con la rapidez con la que lo hacen aquellas que se producen en el “norte global”. Con todo, el que

¹² Magdalena López. 2019. “Reseña de *Cuerpos ilegales. Sujeto, poder y escritura en América Latina* de Nanne Timmer (editora). *Anclajes*, vol. XXIII, n.º 1, enero-abril: 93-96. DOI: 10.19137/anclajes-2019-2316.

trabajos tan relevantes para hablar sobre sujeto y poder en América Latina como los de Rita Segato, Yuderkys Espinosa, Karina Bidaseca y Diana Gómez Correal, entre otras, hayan sido omitidos por quienes participan en el texto, deja la sensación de que este tiene rezagos de esos años, no muy lejanos, en los que América Latina producía el objeto mas nunca el método.

Otro aspecto que resulta cuestionable sobre la selección de trabajos que hace Timmer es el corpus analizado: este no deja de ser predominantemente masculino y “letrado”, es decir, blanco y con formación académica “occidental”. No será este reseñista quien señale los olvidos de la editora, pues la representación de las mujeres en la obra es efectiva e importante; los trabajos sobre María Carolina Geel, María Auxiliadora Álvarez y Teresa Margolles dan excelente cuenta de esto. Aun así, no es posible afirmar que el texto evidencie la paridad que se espera de una antología como la que aquí se analiza, máxime si se tiene en cuenta que las mujeres han sido las relatoras por excelencia cuando se trata de hablar sobre el cuerpo, la otredad y la arbitrariedad de las normas, morales o jurídicas, cuando estas son aplicadas en circunstancias de subalternidad. Por simple *discriminación positiva* o por la obligación de seguir identificando a las ilustres desconocidas que tímidamente alcanzan los laureles locales, es importante que espacios como el que abren Timmer y quienes participan en *Cuerpos ilegales* sean aun más francos para las autoras.

En suma *Cuerpos ilegales. Sujeto, poder y escritura en América Latina* se constituye en una obra de interés para quienes se encuentren interesados en las formas

como la *biopolítica* se representa en las letras y las artes del continente. Asimismo, el texto tiene un valor indiscutible para quienes admiran las producciones culturales por su valor extrínseco, trascendente, y por las maneras como estas inciden en el contexto social y político, bien sea el de su propio tiempo o el del momento actual. No sobraría agregar que su caudal teórico es inmenso y que, por sobre todas las cosas, el libro editado por Nanne Timmer demuestra que una interdisciplinariedad seria, rigurosa, no solo es posible sino absolutamente necesaria para acercarse a la complejidad de las relaciones humanas y las sociedades donde estas se desenvuelven.

JUAN CAMILO GALEANO SÁNCHEZ
(MIAMI UNIVERSITY, OXFORD, OHIO)

Adriana Rodríguez Pérsico: *Los unos y los otros. Comunidad y alteridad en la literatura latinoamericana*. Villa María: Eduvim 2017 (Poliedros, Zona de Crítica). 381 páginas.

El presente libro es una recopilación de trabajos pretéritos que Adriana Rodríguez Pérsico ha formulado en los últimos veinte años. El ensamblaje de este nuevo volumen surge como una preocupación crítica por intervenir pero, sobre todo, reflexionar acerca de los intersticios que hacen manifiestos los lazos de la vida social con la literatura, no solo como condición de posibilidad, sino también como pilar de la producción argentina y latinoamericana. Este estudio, que intenta un abordaje transdisciplinario y, por momentos totalizador, está construido como una

maquinaria compleja, elaborada con piezas divergentes, desde testimonios a discursos políticos, ordenanzas, textos literarios, pueblos, monstruos e instituciones sociales; todo articulado con un objetivo preponderante, dar cuenta de la identidad individual y comunitaria que ha erigido nuestra memoria colectiva. La labor archivística que lleva a cabo la autora nos lleva a adentrarnos en los fundamentos de la conformación nacional y también continental, como los proyectos utópicos identitarios de una América Latina unida. El recorrido empieza desde mediados del siglo XIX hasta finales del siglo XX, sin embargo, no es el orden cronológico lo que sostiene la estructura del libro sino las agrupaciones que la investigadora efectúa a partir del binomio “comunidad” y “alteridad”. El imaginario que convoca la interrogación por el quiénes somos está constituido mediante una operación relacional en la cual el “nosotros” indefectiblemente instaura un “ellos”. Los unos y los otros es el título y eje central de este trabajo, pero también es el nombre que pueden asumir los vínculos bipartitos que han asentado los relatos nacionales a lo largo de la historia. La autora busca hacer visible esta configuración dicotómica, a la vez que pretende revelar el carácter de artificio de una nación que se percibe como una esencia atemporal. A partir de las formulaciones de Ernest Renan, Rodríguez Pérsico afirma: “una nación se asienta no solo sobre lo recordado sino también sobre lo olvidado” (p. 63). Mediante la exhibición de esta doble operación, logra poner en tela de juicio aquellos recuerdos que se han legitimado como verdaderos y unívocos.

El libro está dividido en cinco grandes capítulos que suceden a un prólogo ini-

cial que sirve como guía y resumen de los postulados de cada sección. El primero de ellos, “Pensar la nación”, nos retrotrae a los fundadores de la patria argentina pero también a sus críticos más irónicos y mordaces. El modelo de país que se debía establecer aparece como la principal preocupación en el momento de conformación de los estados nacionales y el creciente avance de la inmigración. La autora retoma los escritos de Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento como paradigmas de un proyecto de país que dependían de la intervención directa de la elite intelectual como voz autorizada, profeta y posible gobernante. Según ellos, la patria debía erigirse a partir de tomar la ley como dogma nacional o, por otro lado, desde un pronunciado nacionalismo y racismo, respectivamente. Más allá de las divergencias, Rodríguez Pérsico ve en ambos escritores una subjetividad colectiva basada en teorías evolucionistas y sostenida de una clara jerarquización de los sujetos y sus correspondientes roles, en donde existía una imposición determinante de los letrados por sobre el pueblo, una masa considerada ciega e inculta. Mientras que para Alberdi la literatura servía como un espacio de autocritica y de construcción de utopías, Sarmiento la entendía como un relato de fundación de identidades a partir de concebir estrategias discursivas que fundamentaran sus políticas violentas y de exclusión. Frente a estos letrados que se pensaban y escribían en consonancia con sus objetivos políticos, la crítica argentina posiciona a aquellos autores que desde la periferia hicieron del desvío, la fractura y el distanciamiento las marcas de sus textos. Mientras que Eduardo L. Holmberg y Oliverio

Girondo buscaron, desde una marcada fragmentación, nuevas concepciones de la nacionalidad mediante la comunión de diversos sujetos, tanto por su vocación por el trabajo y la libertad como por su prosaica cotidianeidad, Enrique Loncán y Arturo Cancela desmitificaron los relatos nacionales y desecharon cualquier intento de identidad comunitaria a partir del uso del costumbrismo y el sinsentido. Como subraya Rodríguez Pérsico, estos escritos se sostenían de un escepticismo que “aniquila mitos y esencias pero no pone nada en el lugar vacío” (p.112). Ya, entonces, en este primer apartado la autora muestra cuál será la metodología preponderante de su libro, la convivencia de posturas opuestas que revelen el carácter artificioso y convencional de la identidad colectiva.

En el segundo capítulo, “Las patrias latinoamericanas”, retoma la misma estrategia para confrontar las distintas visiones de etnicidad y espacialidad que han acompañado a los proyectos nacionales. La autora vuelve a las fuentes de aquellos precursores que abordaron la problemática de la noción de patria. Elige a Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez como representantes de una élite intelectual que se comprometió a promulgar un ferviente nacionalismo sostenido en una unificación del alma argentina. Ya sea desde la integración o la exclusión de toda “decadencia inmigrante”, los diferentes proyectos se cuestionan y procuran establecer cuál es la verdadera identidad nacional y quiénes son los héroes que la sustentan. Mientras que unos fomentan el criollismo como núcleo social, escritores como José Martí defienden, en cambio, la mezcla cultural y el mestizaje como rasgo identitario.

Otros, sin embargo, critican fuertemente el discurso patriótico basado en modas nacionalistas, como es el caso del Lima Barreto en su novela *Triste Fim de Policarpo Quaresma*. Pese a la divergencia de posiciones, estos autores y tantos otros, entre ellos Manuel Ugarte y José Enrique Rodó, ven a los intelectuales como los destinados a guiar la empresa de modernización y conformación de la patria. La supeditación de esta tarea a los letrados aparece marcadamente en el tercer capítulo, titulado “Figuras de intelectuales y de artistas”. Allí, Rodríguez Pérsico vuelve a insistir en el rol de los escritores y artistas como profetas y creadores de modelos de inteligibilidad que permitan, a partir de la estética, dar sentido a las nuevas experiencias, a la vez que mantienen la tradición y aquellos relatos que hacen a la identidad comunitaria. En este cambio de siglo, son los modernistas quienes aparecen marcadamente en este papel, como Martí, Lugones, Rubén Darío y José Asunción Silva. No obstante, la investigadora realiza un salto cronológico cuando decide tomar figuras como Jorge Luis Borges y Ricardo Piglia, que puede resultar abrupto y forzado si se tiene en cuenta que el libro está enfocado centralmente en el siglo XIX y principios del XX. No obstante, esta resolución editorial es ignorada ante la necesidad de evidenciar las continuidades del rol del escritor como mediador hasta los advenimientos del siglo XXI. Tanto *El libro de la arena* (1970) como *Plata quemada* (1997) le sirven a la autora como ejemplares de un proyecto literario archivístico que mantiene esa determinación pretérita del intelectual de servir como puente de aquella historia que recibe y que busca restituir a partir

de entender su escritura como la restauración de una memoria subjetiva, que apela y tiende hacia un pasado común.

El siguiente apartado aparece como una fractura pero, también, como un reverso del capítulo anterior. En “La vida de los otros”, el protagonismo no recae en los artistas o intelectuales, por el contrario, el foco está en los márgenes, tanto literarios como sociales. En este caso, se busca dar cuenta de la otra cara de la modernidad a partir de poner en el centro a “los otros”, los marginales, vagabundos, antihéroes y alienados que conforman la cultura de masa de fines del siglo XIX. Como un claro ejemplo de estos relatos o crónicas de los bordes, la autora toma los textos de José Álvarez, mejor conocido como Fray Mocho en la revista *Caras y Caretas*, para subrayar la complejidad que significó la conformación de una sociedad, en un contexto de evidente desigualdad económica y social. Pese a la preponderancia de las visiones biologicistas y evolucionistas, la idea de nación también debía asumir la heterogeneidad de las subjetividades que convivían y formaban parte de la comunidad moderna. Por ello, escritores como Fray Mocho o Elías Castelnuovo surgen como una excepcionalidad al desarmar los estereotipos mediante la broma y la moraleja popular o desde un miserabilismo folletinesco, en el cual los sujetos otros son inasimilables por las convenciones burguesas. Los monstruos y deformes son, en este caso, rescatados de esa ciudad que los rechaza y los arroja como desperdicios. A esta reivindicación, no obstante, la autora le contrapone el predominio del discurso higienista que patologiza los fenómenos sociales que no se ajustan a los proyectos nacionales. Como pionero

en Argentina, Rodríguez Pérsico posiciona a Ramos Mejía quien, como médico y fundador de la psiquiatría, utilizó las explicaciones científico-biológicas para fomentar una biopolítica que tomaba la locura como un instrumento interpretativo, en el cual las alteraciones sociales se entendían como predisposiciones nerviosas de las masas, tendientes a caer en la alienación. Esta misma mirada clínica se repite en el brasileño Euclides da Cunha, cuyo *Os Sertões* concibe al mestizo como un enfermo desequilibrado e histérico. El eje de la otredad y el cientificismo continúa en el último capítulo, “Formas literarias de biopoder”. Allí la autora retoma los postulados de Michel Foucault para dar cuenta de los mecanismos de adiestramiento a los cuales se sometía el cuerpo de la población a partir de las teorías evolucionistas. La relevancia de este apartado reside en que la crítica logra hacer manifiesta la intrincada relación entre la literatura y la política a partir de revelar los usos de la práctica literaria como espacios de argumentación y control social. La apelación al léxico científico se había vuelto una estrategia que otorgaba objetividad y respaldo teórico a las políticas discriminatorias y eugenésicas. Entre los escritores mencionados aparecen Leopoldo Lugones, Raimundo Nina Rodríguez y Monteiro Lobato, cuyas ideas de progreso y degeneración se sostenían de prejuicios de clase y de etnia. Por último, la investigadora argentina rescata la visión crítica que Horacio Quiroga y, sobre todo, Machado de Assis tuvieron de la ciencia como instrumento opresivo y de disciplinamiento, a la vez que lograron mostrar el abismo que existe entre la moralidad y los principios biológicos.

Los unos y los otros cobra suma relevancia al presentarse como un libro que posibilita pensar las ideologías y discursos que marcan hasta el día de hoy la conformación de las identidades colectivas. Preguntarnos por los fundamentos que erigen las naciones latinoamericanas y la implicancia que puede tener la literatura, vuelve el trabajo de Adriana Rodríguez Pésico una pieza central para entender nuestra sociedad y el papel que debe cumplir la crítica literaria contemporánea frente a los continuos cambios y agravamientos político-sociales.

MARÍA UEHARA
(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES)

Angélica Tornero (coord.) *Yo-grafías: autoficción en la literatura y en el cine hispánicos*. Madrid: Síntesis (Colección Síntesis Literatura, 8) 2017. 164 páginas.

En las últimas décadas el interés por la autoficción ha aumentado considerablemente, y entre los estudiosos del género esta publicación coordinada por Angélica Tornero no puede pasar desapercibida. El libro está precedido por un prólogo algo particular, escrito por Luis Roberto Mantilla Sahagún, rector de la Universidad Latina de América, en Michoacán. Mantilla parte de una problemática más amplia: frente a la enajenación, la masificación y la civilización del espectáculo –para mencionar solo algunas manifestaciones asfixiantes del último siglo–, se vuelve aún más necesaria la búsqueda de las múltiples facetas del individuo y la reflexión sobre sí mismo. Basándose en lecturas de

Foucault y Touraine, el rector plantea que esta recuperación del yo requiere del sujeto individual una postura ética y social al situarse en el mundo, en un marco histórico concreto, y al posicionarse respecto a los otros. La autobiografía y la autoficción se caracterizan por la introspección, relacionándose con la confesión y la memoria, pero al mismo tiempo son también diálogos con el otro por lo que pueden llevar a la construcción de un “yo colectivo” (p. 14).

La introducción, de la mano de Angélica Tornero, establece las pautas de la edición. Después de un recorrido histórico del género de la autobiografía –que va desde Agustín, pasando por Montaigne, Rousseau y Baudelaire–, se centra en el término de autoficción tal como fue acuñado por Serge Doubrovsky en su novela *Fils* (1977). A continuación, Tornero presenta los ocho textos de esta edición colectiva que se han organizado en tres grandes capítulos: 1. Literaturas, 2. Cinematografías y digitalizaciones, 3. Teorías. Si bien todos estos textos giran alrededor de los mismos conceptos de autobiografía, autoficción, novela autobiográfica y otros conceptos relacionados a los llamados *discursos del yo*, revelan también la enorme diversidad y riqueza a la hora de introducir estos términos en análisis de textos literarios específicos o películas en particular. Algunos de los colaboradores de hecho ya son autoridades en el campo de la autoficción. Así, por ejemplo, Manuel Alberca publicó en 2007 *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*, y Ana Casas es la coordinadora de *La autoficción. Reflexiones teóricas*, de 2012. Pero también las otras contribuciones aportan ideas

sugestivas a un campo de estudios cada vez más complejo. Tratamos de destacar brevemente los puntos más importantes de cada artículo.

En “Miguel de Unamuno: autoficción *avant la lettre*”, Manuel Alberca hace un magnífico retrato del autor español a partir de un análisis crítico de su obra *Cómo se hace una novela*. Más bien es un recorrido por “los unamunos” de Unamuno, por los “diferentes yos” que terminan en una mezcla de pactos entre autor y lector. Según Alberca, “no hay [...] terreno para el autobiografismo simple o ingenuo en Unamuno” (p. 31), y la mezcla de los dos niveles, el autobiográfico y el novelesco, crea mucha confusión. Alberca se atreve a postular que en el hecho de no haber podido marcar las distancias entre el narrador Unamuno y el personaje U. Jugo de la Raza, radica “la mayor limitación de la novela de Unamuno” (p. 39).

El segundo artículo, “Punto ciego del yo: autoficción y padecimiento en Meruane, Nettel y Meabe”, de Ana Casas, es un análisis perspicaz de un corpus de tres libros de escritoras contemporáneas. Las tres narradoras, al igual que las autoras de estas obras, “sufren una enfermedad o condición de los ojos”, lo que lleva a Casas a analizar a fondo los juegos de mirar y de ser objeto de la mirada ajena. Desarrolla algunas metáforas significativas que se asocian con la vista, como el trampantojo, el espejismo o “el punto ciego” (p. 53).

También el texto de Cristian Montes, sobre la novela *Círculo vicioso*, del escritor chileno Germán Marín, es muy revelador. Parte de la idea de que, en esta obra de Marín, no hay que entender la

realidad y la ficción como dos opuestos sino como “dos niveles que se retroalimentan permanentemente” (p. 60). El estudio de Montes nos enseña que un texto como el de Marín puede ser al mismo tiempo “diario de vida” y una “vía para enfrentar el contexto de horror”, tal como se vivió bajo la dictadura de Pinochet (p. 67). Montes percibe esta novela no solo como una reflexión sobre la relación entre arte y vida, sobre el acto de la escritura, sino también como una “evaluación crítica y mordaz de los procesos históricos” (p. 71).

En “Autoficción vs. memorias. Los géneros literarios ante la violencia de los años ochenta en Medellín”, Diana Diaconu compara las obras de dos autores colombianos: *La Virgen de los Sicarios* de Fernando Vallejo y *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince. Diaconu ofrece una visión algo blanquinegra en la que la primera obra se considera como una autoficción “compleja” (p. 81), que hace posible “la búsqueda auténtica de la verdad” (p. 89), mientras que la segunda obra, *El olvido...*, sería un texto en el que la evaluación de la realidad es “plana, unidimensional y superficial” (p. 82). En la obra de Abad, “‘biempensante’ se vuelve sinónimo de tibio, convencional, diluido, sin brillo” (p. 83). Además, no queda muy claro por qué Diaconu considera “las memorias”, género al que pertenece *El olvido...*, como “un género menor, y bastante superficial, costumbrista” (pp. 78-79).

La segunda parte, “Cinematografías y digitalizaciones”, se abre con una contribución de dos autores, Francisco Javier Gómez Tarín y Agustín Rubio Alcover. Este trabajo, titulado “La incursión del

yo en el discurso audiovisual: (auto)miradas en el cine español contemporáneo”, se basa en varios estudios anteriores de Gómez Tarín, en los que se manifiesta ya una sólida trayectoria sobre el tema. El corpus consiste de filmes que rompen la dicotomía tradicional ficción-documental y que juegan con la triple identificación autor-narrador-personaje.

También Mario de la Torre Espinosa, en su artículo sobre la autoficción en el cine documental español, aborda el género del documental recurriendo al concepto de *gran imaginador* en lugar de *autor*, puesto que en el cine el enunciador suele ser una “creación colectiva” y no una sola persona concreta (p. 114). El lúcido análisis de una serie de filmes de principios del siglo XXI le lleva al autor al término de *docuautoficción*, propuesto por él mismo en un estudio anterior (p. 119).

La contribución de Leonor Arfuch se aparta algo de los dos campos artísticos (la literatura y el cine) para dedicarse a los nuevos fenómenos del mundo digital. A partir del concepto bajtiniano de *valor biográfico* la autora llega al de *espacio biográfico* para examinar todo tipo de “prácticas confesionales” en las redes sociales. Según Arfuch, en las redes confluyen los viejos ritos (como el diario íntimo, el álbum de familia, la autobiografía...) con las escrituras llevadas por “el impulso del momento” (como la “notación rápida del día a día”, los “esbozos efímeros de una conversación”) (p. 127). Estos relatos, que pertenecen a corpus infinitos “con una abrumadora carga de repetición” (p. 132) también establecen un “pacto autobiográfico”, ya que se dirigen a un receptor solicitando “rechazo

o identificación”, pero tampoco escapan a la ficcionalización, ya que cada narrador “se construye como un personaje” (p. 127).

Uno de los méritos del libro *Yo-grafías* radica en su triple división. Al juntar estudios de la literatura y del mundo audiovisual a partir del mismo concepto de la autoficción, se obtiene una visión más integral del tema. A esto se añade un marco teórico bien elaborado, no solo por Tornero en la introducción y el artículo final, sino por la mayoría de los colaboradores. Tornero opta por el concepto de *con-figuraciones de singularidades* o *discursos del yo* creados por “un yo que se constituye con otro (y otro) de manera dialógica” (p. 160). En los textos de autoficción resulta fundamental el contexto histórico en el que se sitúa el narrador, y también la función del lector cuya interpretación de los textos puede conducir a “la toma de conciencia crítica” (p. 162). Podemos concluir que el volumen cumple con el objetivo inicial formulado por Tornero, que consistía no tanto en “fijar categorías para definir presunto género”, sino en estudiar el fenómeno de los *discursos del yo* “desde la recepción y el contexto” (p. 23). Los ocho ensayos sin duda inspiran a seguir explorando las fronteras difusas en las que se mueven los *discursos del yo*, textos y filmes que combinan dos registros aparentemente opuestos –el autobiográfico y el novelesco/ficticio–, y que se caracterizan por un proceso de interiorización de un sujeto en un acto creativo de comunicación con el otro.

AN VAN HECKE
(KU LEUVEN)

Ágata Cristina Cáceres Sztorc: *Entre el autoritarismo y la democracia. Feminismo, relaciones de género y violencia en la cultura peruana contemporánea (cine, televisión y creación literaria)*. Bern: Peter Lang 2017. 332 páginas.

El resurgimiento de una ola feminista en América Latina demuestra la necesidad de visibilizar la problemática de género y violencia que sufren las mujeres hoy en día por parte del Estado, los ciudadanos varones y los medios de comunicación, los cuales insisten en perpetuar estereotipos que no calzan con la nueva subjetividad femenina. Si bien se han logrado implementar legislaciones y decretos para alcanzar la paridad de género, en la práctica cotidiana se sigue evidenciando una conducta conservadora y patriarcal que hace difícil alcanzar los objetivos para la igualdad y el bienestar de las mujeres.

Con especial interés, Ágata Cáceres Sztorc centra su investigación en la construcción y desarrollo del movimiento feminista en el Perú dentro de los últimos cuarenta años, es decir, desde finales del gobierno militar de Juan Velasco Alvarado (1975) hasta empezado el gobierno de Ollanta Humala (2012). La autora sostiene que, durante estas décadas, se apreció una fuerte participación colectiva por parte de las mujeres en temas domésticos y de apoyo vecinal; no obstante, la violencia política y terrorista que marcó el conflicto armado interno entre Sendero Luminoso y el Estado peruano (décadas de los ochenta y noventa), así como el autoritarismo y la corrupción que caracterizaron el gobierno de Alberto Fujimori (década de los noventa) calaron en el imaginario nacional al perpetuar una idea

paternalista y machista de lo femenino que se vio configurado en los productos culturales peruanos, pero que en muchos casos no calza con la realidad.

Resulta esclarecedor el marco contextual y los objetos de estudio que se emplean, puesto que permiten estudiar el desarrollo del movimiento feminista contemporáneo y analizar la repercusión que ha tenido en la cultura y en la idea de feminidad que se instaura en el pensamiento peruano. Cáceres Sztorc rastrea los lazos de comunidad que surgen entre grupos de mujeres, asociaciones vecinales y los estereotipos que presentan los medios de comunicación y la literatura para configurar una suerte de colectividad basada en la participación de las mujeres en la esfera pública. Del mismo modo, muestra las dificultades que aún enfrentan las ciudadanas para erradicar comportamientos machistas y evitar la violencia de género y sexual.

En el aspecto estructural, la investigación se divide en tres secciones. La primera consta de un compendio histórico-político de los sucesos más resaltantes que ocurrieron en el Perú entre 1975 y 2012 con especial énfasis en el desarrollo de los movimientos de mujeres y los colectivos feministas. La segunda sección se centra en la época del terrorismo y la violencia durante los ochenta y el régimen de Fujimori de los años noventa. Finalmente, se pasa a realizar un análisis de productos culturales donde se refleja un imaginario femenino, en donde se identifican parámetros de corte conservador que encapsulan a las mujeres en determinadas situaciones y comportamientos.

La investigación sugiere que el movimiento feminista en el Perú tuvo diver-

sas transformaciones dependiendo de los sucesos que acontecían en los diferentes gobiernos y de las dinámicas de participación político-social por parte de las mujeres. De esta forma, la autora identifica que la pobreza fomentó iniciativas colectivas y solidarias de subsistencia iniciadas por las propias mujeres en los barrios populares. Esta participación llevó a una acción política y social que promovió las organizaciones vecinales para la preparación de ollas comunes, asistencia a marchas para exigir atención a sus demandas y apoyo a otros colectivos.

Asimismo, Cáceres Sztorc permite ligar la falta de oportunidades económicas y la invisibilización social como puntos de arranque para la progresiva participación de las mujeres en la esfera pública. Sobre este punto, se debe señalar que el análisis permite demostrar una característica propia de los movimientos de mujeres: la necesidad de compaginar el espacio privado de la familia y los quehaceres domésticos con la organización colectiva dentro de los barrios, ambos como estrategias para poder confrontar al Estado frente a sus necesidades básicas y para crear una conciencia de acción colectiva que nace desde la cotidianidad.

La autora elige la década de los setenta por ser la fecha en que se empiezan a incorporar las demandas de las mujeres en la agenda social y política del Estado y también porque se empieza a dar un espacio de reflexión sobre la problemática de la mujer peruana mediante la creación, en 1973, de ALIMUPER (Acción por la Liberación de la Mujer Peruana) el primer grupo feminista contemporáneo. Del mismo modo, en 1979 se creó el Comité Coordinador que posteriormente daría creación al Cen-

tro de la Mujer Peruana Flora Tristán. Posteriormente, en 1985, se crearon los clubes de madres que fomentaron los Comités del Vaso de Leche y la Comisión Nacional de Comedores. Con estos ejemplos, la autora logra demostrar que la lucha de los movimientos de mujeres estuvo centrada básicamente en problemáticas de corte familiar y doméstico que se llevaron a la esfera de lo público y político en busca de lograr algún cambio significativo en el estilo de vida de las clases más bajas.

Esta situación cambió durante la década de los ochenta frente a la violencia terrorista, en cuanto todo lo que se avanzó en temas de liderazgo y compromiso social fue desalentado y desvirtuado por las amenazas recibidas por parte de Sendero Luminoso, quienes amenazaron, asesinaron y amedrentaron a diversas lideresas, quienes se inmortalizaron en la figura del sacrificio. En contraposición, dentro de ese mismo contexto de violencia, se debe destacar la figura de las mujeres senderistas, a quienes se les calificaba como autómatas asexuadas o diosas de la lujuria; en ambos casos se resalta la crueldad y horror de los actos que cometieron estas mujeres. Cabe resaltar que más del 50% de los miembros del comité central de Sendero Luminoso eran mujeres. El análisis que realiza Cáceres Sztorc da una nueva mirada a la cuestión de género en los proyectos belicistas y la participación en conflictos armados, ya que permite quebrar con mitos sobre masculinidades guerreras y feminidades sumisas y pacíficas. La autora logra incorporar en el debate la figura de las mujeres simpatizantes con el PCP-Sendero Luminoso y resalta un tipo de feminidad diferente y que escapa de las divisiones dicotómicas

que marcan el binarismo de género (masculino-femenino).

En todo caso, se plantea la hipótesis que de las mujeres pertenecientes al PCP-Sendero Luminoso también fueron víctimas, en cuanto fueron utilizadas estratégicamente para generar un elemento sorpresa y ocasionar un mayor impacto de la violencia que se ejercía contra la población civil. Asimismo, en lo que refiere a la violencia sexual dentro del conflicto armado interno, se aprecia que todas las mujeres –fueran o no participantes del grupo terrorista– sufrieron de violaciones sexuales, secuestros, desapariciones forzadas y traumas como la pérdida de sus bienes y la ruptura de lazos con su comunidad al enfrentar desarraigo social y emocional. Cáceres Sztorc identifica este fenómeno como una pérdida de identidad como individuos, como ciudadanos y como sujetos políticos.

Más adelante, en la década de 1990, el movimiento feminista mostró una participación más activa como actor político que llevó a impulsar temas como el desarrollo rural y estrategias para mejorar la calidad de vida de estas mujeres al acceder y controlar en igualdad los recursos productivos. Además, en el gobierno de Alan García, en el año 2007, se impulsaron la Ley de Igualdad de Oportunidades 2007 y la Ley de Presupuesto Público, la cual pide una evaluación por resultado de género en la inversión pública. Por otra parte, en el gobierno del presidente Humala se estableció un código penal contra el feminicidio y se sancionó el hostigamiento sexual. No obstante, ninguna de estas iniciativas ha logrado garantizar la prevención y protección de las mujeres frente a la violencia de género y el Estado

sigue siendo un ente deficiente frente a las demandas y derechos que los movimientos feministas exigen para las ciudadanas urbanas y rurales.

La última parte de su análisis se centra en tres objetos culturales: la televisión, el cine y la literatura. En primer lugar, los medios de comunicación fomentaron una visión negativa sobre la feminidad. Los programas cómicos utilizan la noción de “criollo” para destacar al varón que es infiel y busca encontrar diversión en relaciones extramatrimoniales como muestra de virilidad. En contraposición, la mujer debe seguir reglas tradicionales y de buena conducta moral. Esto se ha impregnado en el imaginario cultural y social, ya que tiende a crear un patrón de comportamiento que se debe seguir o emular. Además de esto, programas de chismes de la farándula, como *Magaly TeVé*, y los *talk shows*, como los conducidos por Laura Bozzo, han buscado generar escándalo frente a los valores sociales del buen comportamiento que se debe exhibir. De esta manera, estos buscan desenmascarar las malas conductas –sobre todo femeninas– de manera pública y generar un castigo o repudio social frente a la falta de control y un comportamiento inaceptable. Asimismo, teleseries como *Al fondo hay sitio* presentan una estructura conservadora y patriarcal, en donde se resalta el uso de la figura de la madre como mujer heroica y abnegada, y quien necesita del apoyo de un hombre para su realización.

En segundo lugar, en cuanto a la cinematografía peruana, se trabajan tres películas: *Juliana*, *Días de Santiago* y *La teta asustada*. En la película *Juliana* se busca cuestionar los roles tradicionales impuestos a la mujer, lo que lleva a la irrupción

de nuevos modelos de feminidad. En el caso de *Días de Santiago* se observa la figura de un hombre machista y violento que busca dominar y controlar a su mujer, tanto así que llega al abuso físico. Finalmente, en *La teta asustada* se trabaja el trauma que dejó la violencia terrorista en las comunidades andinas al presentar la creencia de una enfermedad que se transmite por la leche materna: el “susto”. La figura de la protagonista nos muestra esta otra mirada de las repercusiones de la violencia y su camino hacia el empoderamiento subalterno.

Finalmente, Cáceres Sztorc analiza a tres autoras peruanas de la década de los ochenta. Por medio de los libros *¿Por qué hacen tanto ruido?* de Carmen Ollé, *Entre mujeres solas* de Giovanna Pollarolo y *Reina del manicomio* de Rocío Silva Santisteban, se busca mostrar el mundo femenino, en cuanto se explora el rol de género en la sociedad patriarcal, se exponen temas de matrimonios fallidos, la vejez y la ansiedad frente a la muerte para denunciar patrones de corte machista en la sociedad peruana. Del mismo modo, se llama al cambio de esta nueva era que emprenden las mujeres en la sociedad peruana.

Se puede concluir que la investigación propuesta por Ágata Cáceres Sztorc trabaja de manera minuciosa y con muchos detalles los sucesos históricos, políticos y culturales que marcaron la historia del Perú desde 1975 hasta 2012. Más aún, realiza un exhaustivo registro de las actividades y movilizaciones propuestas por los grupos de mujeres y los colectivos feministas en el Perú y las luchas que han ganado a lo largo de los años, aunque aún quede mucho trabajo por realizar, sobre

todo por parte del mismo Estado. Si bien el texto se presenta como una propuesta innovadora y necesaria en estos tiempos y proporciona abundante y relevante bibliografía al respecto, por muchos momentos se pierde la voz de la investigadora, quien prefiere citar explícitamente o solo tomar las ideas de las fuentes bibliográficas consultadas, lo cual hace que su propia voz o reflexión se pierdan o sean un poco difíciles de encontrar. Dejando de lado esta crítica, encontramos que el texto podría posicionarse dentro del pilar de los estudios de género y feministas contemporáneos en el Perú.

ROCÍO DEL ÁGUILA GRACEY
(THE GRADUATE CENTER, CITY
UNIVERSITY OF NEW YORK)

Matthew B. Karush: *Musicians in Transit. Argentina and the Globalization of Popular Music.* Durham: Duke University Press 2017. 268 páginas

Asistimos en los últimos años a interesantes aproximaciones por parte de investigadores procedentes de disciplinas como la historia, la historia del arte o la literatura comparada a diversos fenómenos y escenas musicales. En esta línea se sitúa el libro de Matthew B. Karush, profesor de Historia en George Mason University que, demostrando un profundo conocimiento de la historia y la cultura transandina, lleva a cabo en el presente volumen un análisis de la creación, circulación y recepción de la música argentina durante el siglo xx, dentro y fuera del país, a través de siete figuras que considera notablemente representativas y útiles para su fin.

El objeto de estudio de Karush no es, en ningún modo, sencillo. Argentina es un país peculiar dentro del crisol de culturas que conforman América Latina. Situada en el Cono Sur del continente, durante largo tiempo su mirada para construir la identidad nacional se ha dirigido hacia Europa, donde ha pretendido encontrar sus raíces (a causa de los flujos migratorios de principios del siglo xx) que, no obstante, en no pocas ocasiones han entrado en diálogo (a veces amable, otras violento y abrupto) con las culturas nativas, negras, criollas, gauchas o lunfardas (no solo como habla) que igualmente conforman la diversa y enriquecedora realidad social, artística y cultural de la nación. A todo ello hay que sumar las vicisitudes históricas del siglo xx (periodo en el que se centra el texto), con un notable auge económico en las primeras décadas al que sucede la crisis del 29, inevitable réplica del seísmo mundial, el peronismo, la Revolución Libertadora y los duros regímenes dictatoriales a los que seguirán, comenzado el siglo xxi, tiempos no menos convulsos. Una historia enormemente agitada que tiene su correlato en el discurso artístico y musical, a veces censurado, a veces contestatario, pero siempre respuesta y reflejo de los tiempos vividos.

El libro se muestra ambicioso al abarcar un siglo entero, pero también preciso al formular su objetivo: comprender los circuitos musicales, cómo estos dotan de sentido y significado y cómo, precisamente a partir de estas circunstancias, se narran o reformulan identidades. A este respecto, la división en capítulos y el orden cronológico diseñados por el autor son muy acertados, funcionando los capítulos casi como textos susceptibles de ser leídos

independientemente, al mismo tiempo que interaccionando entre sí.

Karush configura su discurso a partir de un planteamiento eficaz, el de las “career narratives” (podríamos traducir como trayectorias profesionales), una propuesta que evita la aproximación puramente biográfica y que no está destinada a celebrar los éxitos de los artistas reseñados, sino que sirve como instrumento para mostrar lo que la música “es” (y no es) sin necesidad de ceñirse a las fronteras políticas del país. El autor toma como materia la trayectoria de siete músicos argentinos, y su análisis permite vislumbrar numerosos intertextos que dan lugar a multiplicidad de conceptos: desde la figura de Óscar Alemán (extremadamente interesante en torno a la negritud) a Sandro, Mercedes Sosa (conectando folk, nueva canción y movimientos revolucionarios) y Gustavo Santaolalla, pasando por Astor Piazzolla y el nuevo tango, y Lolo Schiffrin y Gato Barbieri y su “latinidad”. No obstante, no son únicamente estos músicos los que pueblan el volumen, pues a través de las páginas, de amena lectura, desfilan nombres capitales de la cultura del siglo pasado como Josephine Baker, João Gilberto, Xavier Cugat, Charlie Parker o Bernardo Bertolucci entre muchos otros.

El discurso propuesto en el texto supone un acercamiento a la, siguiendo terminología de Roland Robertson, globalización, pues, como acertadamente indica Karush, contrariamente a las ideas más simplistas la globalización no supone la aparición de una cultura mundial homogénea y unificada, sino la negociación dialógica de las culturas locales con la mundialización —especialmente significativa, añadimos, a partir de la aparición

de la web 2.0— en unos procesos en los que nada está resuelto o definido. El libro pivota entre estas dos tensiones que lejos de resultar conflictivas son fructíferas y productivas, pues del contacto y la hibridación transnacional surgen ricas reformulaciones ideológicas y estéticas. Merece la pena subrayar en este sentido la idea de otredad que domina la redacción: otredad dentro del imaginario propio (lo que la cultura argentina acepta como racial e identitario y lo que no) y externo, con especial énfasis en dos contextos que aparecen reiteradamente en el texto: París y Estados Unidos. Respecto al primero, queda de manifiesto la importancia de la relectura en la ciudad de la luz, anhelo, capital legitimadora y atmósfera proclive al reciclaje de la cultura, de la argentinidad de las músicas que a la misma llegan y que son devueltas al país de origen con aun mayor carga identitaria, ya a comienzos de siglo (relatado en el capítulo dedicado a Óscar Alemán) o en el París de entreguerras (reflejado a través de la estancia de Piazzolla).

Otra escena interesantísima es la estadounidense, poderosa exportadora de imágenes, descrita en el capítulo dedicado a Lalo Schiffrin y Gato Barbieri en el que encontramos cómo a través de la ambigua y difusa (aún hoy) categoría “latina” aplicada a la música, compositores e intérpretes argentinos que se decantan por el *jazz* pueden hacer sonar mambo, samba, son... sin ningún tipo de conflicto por parte de la audiencia receptora, que asume como “verdaderas” músicas nacidas del mestizaje y del, aludiendo al título del libro, tránsito. Nos encontramos ante procesos muy similares a lo ocurrido con la salsa cubana, género musical tomado como original de

la isla (mediante la categoría del exotismo) pero que en realidad eclosiona en el Nueva York poblado de portorriqueños, dominicanos y cubanos de finales de los sesenta (para audiencias foráneas cuanto más ecléctico más “auténtico”, podríamos afirmar). Lejos de consideraciones esencialistas, estos procesos son descritos en el libro de manera acertada dejando entrever que siempre es el público el que decide, a través de las negociaciones de identidades culturales, lo que “es” (y añádase lo que se quiera: “latino”, “argentino”, “auténtico”...) y lo que no.

Además de estas ideas, a lo largo del texto el lector encontrará sugerentes invitaciones a repensar los conceptos alta / baja cultura, vanguardia / tradición (en una relectura y reapropiación constante), cosmopolita / local (actuando siempre los músicos como mediadores), y por supuesto encontrará tango, mucho tango, ya como desafío, ya como resistencia, conservadurismo, modernidad (interesantísimos en este sentido los diálogos entre tango y rock argentino a partir de los años setenta) y, en cualquier caso, omnipresente en la construcción de la identidad del país, a veces limitación reduccionista (el tango no “es” sino que siempre es lo que se espera que sea), a veces oportunidad (comercial y, por tanto, también estética y cultural).

Es muy de agradecer que el autor emplee términos como comercial, *worldwide music*, autenticidad... sin tomarlos como categorías cerradas y eliminando cualquier atisbo de carga negativa sobre los mismos, de igual modo que el hecho de subrayar el protagonismo de programadores (de vital importancia al ofrecer siempre, bien a través de la radio bien en

las salas de conciertos, un doble programa: las músicas extranjeras, fundamentalmente estadounidenses, y las músicas locales), productores, managers, compositores, compañías discográficas, críticos musicales y demás agentes implicados en la construcción del sentido y significado. En la redacción es evidente que Karush asume que el carácter artístico y comercial de una obra no tiene ya que ser concebido como una dicotomía, sino como una unidad; las decisiones estéticas no son nunca puramente estéticas, pues siempre están condicionadas por el contexto y las audiencias, respondiendo los artistas (y reconfigurando al mismo tiempo su propia identidad) a las exigencias del mercado.

Si bien es cierto que un lector próximo a la musicología echará de menos mayor vocabulario específico propio de la disciplina, esto no supone un menoscabo en el interés del volumen. Karush sigue conscientemente a Joshua Tucker al comprender que los estudios de las músicas (no solo, añadimos) populares necesitan analizar aspectos más allá de la partitura. Y en ese sentido el libro cumple con las expectativas: más allá de la música, el lector halla-

rá interesantes y clarificadoras referencias a los movimientos migratorios de comienzos del siglo xx, al peronismo y su incidencia cultural o al imaginario colectivo creado a partir de la Revolución Cubana y sus diversas ramificaciones e interpretaciones.

Ciertamente la musicología argentina, de gran tradición, cuenta hoy con nombres imprescindibles como Enrique Cámara de Landa, Mercedes Liska o Pablo Vila (por citar solo algunos de los muchos y notables investigadores) pero el interés por parte de los estudiosos del ámbito anglosajón, aportando una visión exógena (tanto geográfica como disciplinar), supone una mirada enriquecedora y muy coherente desde el punto de vista global. El texto de Karush se sitúa próximo a la órbita de los estudios culturales, suponiendo una contribución de muy destacable rigor cuya lectura es altamente recomendable, puesto que solo a través de diversas ópticas y aproximaciones conseguiremos lecturas significativas en torno a fenómenos manifiestamente complejos.

ENRIQUE ENCABO
(UNIVERSIDAD DE MURCIA)

3 HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES: ESPAÑA

Víctor Muñoz Gómez / Eduardo Aznar Vallejo (coords): *Hacer historia desde el medievalismo. Tendencias. Reflexiones. Debates*. La Laguna: Universidad de La Laguna 2016. 336 páginas.

Hacer historia desde el medievalismo. Tendencias. Reflexiones. Debates é uma obra

heterogénea de carácter interdisciplinar, coordenada por Víctor Muñoz Gómez e Eduardo Aznar Vallejo, resultante da publicação dos primeiros resultados das investigações apresentadas por um conjunto de jovens investigadores (doutorandos e pós-doutorados) nos seminários organizados pelo Instituto de Estudos Medie-

vales y Renascentistas da Universidad de La Laguna, em Tenerife (Canárias, Espanha), entre 2011/2012 e 2014.

O objetivo principal desta iniciativa consistiu em dar a oportunidade a jovens investigadores de apresentarem as suas linhas de investigação de cunho inovador, sobretudo do ponto de vista temático, metodológico e teórico, inseridas num marco cronológico de amplo espetro, sobretudo entre os séculos XIII-XVI, bem como os seus resultados preliminares obtidos até então, lançando futuras hipóteses e pistas de trabalho de matiz interdisciplinar. Pretendeu-se, deste modo, promover um espaço de debate, de intercambio e de transferência de conhecimentos, relativos à época medieval, em especial da Península Ibérica, entre investigadores espanhóis e estrangeiros, provenientes do continente americano.

No que diz respeito à estrutura, a obra coletiva objeto de análise encontra-se organizada em onze capítulos, precedidos por uma introdução, na qual os coordenadores, Víctor Muñoz Gómez e Eduardo Aznar Vallejo, dedicaram a sua atenção à realização de uma breve síntese do referido livro, expondo as suas motivações e os resultados das investigações desenvolvidas pelos seus diversos colaboradores. Seguindo a linha de raciocínio dos referidos coordenadores e, apesar da sua heterogeneidade desta obra, podemos dividi-la em diferentes eixos temáticos. O primeiro bloco de textos composto por seis capítulos gira, em traços gerais, em torno das origens do Estado moderno (p. 14) e, que por sua vez, se pode dividir em duas partes.

Os textos de Víctor Muñoz Gómez, Alejandro Martínez Giralt e Alicia Mon-

tero Málaga compõem a primeira parte. Este subgrupo tem como ponto nevrálgico a aristocracia senhorial e a análise do seu papel nas sociedades urbanas e rurais feudais de Castela e da Catalunha durante a Baixa Idade Média. Esta temática é precedida por uma reflexão conceptual relativa às ideias de “nobreza” e “senhorio” levada a cabo por Víctor Muñoz, no capítulo (“Reflexiones en torno a la sociedad feudal y la dominación señorial en la Corona de Castilla al final de la Edad Media”), apresentando novos pontos de vista que vêm reforçar o panorama historiográfico atual. As estratégias de poder desenvolvidas pela nobreza nas Coroas de Castela e Aragão, entre as quais as redes clientelares, são também dois eixos transversais nas análises levadas a cabo pelos referidos autores para compreender a ascensão e a consolidação de determinadas famílias aristocráticas. Tal é o caso da família Velasco, na cidade de Burgos (Espanha), no início do século XVI, explorado por Alicia Montero Málaga, no capítulo: “Al grito de ‘¡Velasco, Velasco!': algunas consideraciones en torno al ejercicio del poder urbano en 1516”. Já o enfoque do estudo de Alejandro Martínez, “La percepción de la nobleza como grupo social durante la Baja Edad Media (Reflexiones en clave catalana)”, consiste em analisar a nobreza do ponto de vista social na Catalunha (Espanha), na Baixa Idade Média, a partir do estudo de caso: a família dos Viscondes de Cabrera.

Já os estudos de Marina Klein, Pablo Ortego Rico e Esther Tello Hernández formam o segundo subgrupo de capítulos. Estão dedicados ao funcionamento das monarquias castelhana e aragonesa. Klein, com o seu capítulo intitulado

–“El método prosopográfico aplicado a la historia institucional: el ejemplo de la cancellería real castellana en el siglo XIII”– oferece ao leitor um estudo pormenorizado sobre a organização da chancelaria do Reino de Castela, assim como do perfil dos seus funcionários, através da prosopografia como metodologia de trabalho. As investigações de Pablo Ortego e de Esther Tello inserem-se no domínio da história económica e da fiscalidade. O primeiro autor, no seu texto, “Hacienda real y negocio financiero en la Castilla del siglo XV: vías actuales de análisis”, dedica a sua análise ao estudo da implementação e da organização das redes comerciais e das companhias financeiras em Castela. Esther Tello, “La contribución eclesiástica de las demandas reales en la Corona de Aragón: la décima de 1375”, centra a sua atenção na fixação do tributo extraordinário –a “décima”– em Aragão, promulgado pelo papa Gregório XI, no ano de 1375, em contexto de guerra no Mediterrâneo.

O segundo bloco de estudos obedece a parâmetros diferentes do ponto de vista metodológico, uma vez que têm em comum o uso e o cotejo de fontes documentais e arqueológicas. O texto de Gema M^a Pérez González, “Arqueología y análisis histórico. Transformaciones, destrucción y continuidad en la ciudad romana”, tem como eixo central o estudo do caso particular da evolução e transformação da cidade romana de *Pollentia*, em Malhorca (Ilhas Baleares, Espanha), num contexto de crise e de declínio dos núcleos urbanos provinciais mediterrânicos do Império Romano, que se registou a partir do século III. A autora foi ainda mais longe na sua análise ao ter em linha de conta o período medieval, permitindo-lhe detetar fatores

de rutura e continuidade primordiais para o estudo da evolução deste centro urbano num amplo marco cronológico. O seguinte texto de Carlos J. Galbán Malagón –“La fortaleza medieval entre arqueología e historia. Nuevas perspectivas para un viejo tema (desarrollo a partir de un ejemplo Gallego: La Mota de Broño)”– insere-se dentro do marco cronológico da obra objeto de recensão. Trata-se de uma reflexão sobre a evolução da castelologia como uma subdisciplina da história, a partir do estudo de caso da fortaleza –La Mota de Broño, localizada na Galiza (Espanha)–, equacionando novas formas de observação e pistas para futuras investigações sobre a arquitetura militar.

Os restantes capítulos dizem respeito a temáticas diferentes, embora possam ser aglutinados numa categoria mais abrangente como a da história da cultura e das mentalidades. O primeiro capítulo deste conjunto de textos –“Hacia una historia de la sexualidad en la Castilla de la Edad Media”– é referente ao estudo da sexualidade em Castela, cuja autoria é de Ana E. Ortega Baún. Esta faz um ponto da situação sobre o desenvolvimento desta linha de investigação pouco conhecida em Espanha, mais exatamente em Castela, comparando com o panorama científico desenvolvido tanto a nível nacional para outros reinos, como internacional.

O segundo texto, “Medir el tiempo en las ciudades de la Castilla Bajomedieval”, tem um enfoque diferente, uma vez que pode ser inserido no âmbito da história da ciência e da técnica. O seu autor, Víctor Pérez Álvarez, aborda a problemática da implementação do relógio mecânico na Europa, possivelmente em Inglaterra ou no Norte da Itália, no fim do século

xiii ou no princípio do século xiv, acabando por centrar a sua atenção na difusão deste símbolo de poder e de prestígio na Península Ibérica, em especial, em Castela. A importância e o impacto desta novidade tecnológica no quotidiano das populações são igualmente outros dois pontos de observação que foram tidos em linha de conta ao longo desta investigação preliminar.

O último capítulo, “La Edad Media europea en perspectiva atlántica. Reflexiones a propósito de la legitimación de la guerra de la conquista”, de Martín Ríos Saloma, obedece a parâmetros diferentes dos anteriores. Trata-se de uma investigação que não fez parte dos ciclos de seminários que deram lugar à obra objeto de recensão, embora este capítulo funcione como uma espécie de epígrafe. Neste sentido, um dos pilares deste texto consiste na reflexão sobre o estado da arte relativa à historiografia medieval desenvolvida por investigadores de países da América Latina, em especial do México. Por outro lado, o autor pretende examinar os fenómenos de expansão, de conquista e de colonização do continente americano, a partir da análise dos antecedentes e dos processos de legitimação europeus, mais em concreto, da Península Ibérica, tendo como ponto de partida o fenómeno de reconquista ao longo da Idade Média.

Em suma, trata-se de uma obra fundamental, uma vez que permite ao leitor visitar temáticas já conhecidas da historiografia medieval, revendo-as sob outras perspetivas, com recurso a novos enfoques metodológicos, reforçando o seu conhecimento atual. Por outro lado, este livro possibilitou a apresentação e o desenvolvimento de novas propostas

de investigação e de outras hipóteses de natureza interdisciplinar, permitindo a sua consolidação. Neste sentido, um dos pontos inovadores dos capítulos aqui apresentados consiste na introdução e na aplicação de categorias e de metodologias de outros campos científicos relativos às ciências sociais, tais a antropologia, em investigações relativas à história medieval. Também, é importante salientar que, do ponto de vista metodológico e didático, alguns capítulos contêm imagens, mapas e tabelas esquemáticas. Estas são, sem dúvida, instrumentos de trabalho fundamentais para o leitor, visto que ajudam a sintetizar e apreender de forma imediata os diversos dados e informações que são apresentadas pelos diversos autores.

ALICE TAVARES
(UNIVERSIDADE NOVA DE LISBOA)

Andrew Ginger / Geraldine Lawless (eds.): *Spain in the Nineteenth Century. New Essays on Experiences of Culture and Society*. Manchester: Manchester University Press 2018. IX + 274 páginas.

Si la historia fuera un edificio, este libro no deberíamos situarlo entre los que nos muestran su estructura. Deliberadamente abandona la exitosa tríada nación-género-representación que ha acompañado a buena parte de los estudios sobre el siglo liberal desde el análisis estructural de esas líneas de fuerza. Por supuesto sin desmerecer sino, al contrario, partiendo de dichos análisis, el proyecto que anima este libro colectivo fija su atención, por decirlo así, en las personas que habitan el edificio de la historia para mostrarnos cómo

vivieron algunos de los cambios estructurales que se dieron entre finales del siglo y comienzos del xx.

Por ello todos sus capítulos responden a la pregunta *how to*, queriendo indagar no tanto en el análisis de las vivencias y respuestas a algunas de las cuestiones más importantes que el tiempo de la modernidad trajo consigo. Estamos, entonces, ante una suerte de metodología de “antropología de la arquitectura” a la hora de describir el edificio del siglo xix. El interés que esta aproximación suscita para el conocimiento del siglo xix español es evidente e invita, a mi juicio, a desarrollar proyectos similares para otras áreas del mundo atlántico hispano.

Aunque seguramente los responsables editoriales de esta obra no estarán de acuerdo, me voy a permitir considerar sus contribuciones desde una cierta alteración del índice. A mi juicio, el conjunto de doce contribuciones que contiene plantean dos grandes líneas de análisis y debate. La primera podría definirse como la constitución del sujeto decimonónico y la segunda tendría que ver con las dinámicas que animaron dichos sujetos.

Tradicionalmente, la historiografía ha interpretado el xix como el siglo en el que finalmente eclosionó un sujeto individual, liberado de constreñimientos corporativos y empoderado, desde el dominio absoluto de su propiedad, para hacerse con las riendas de la política a través de una representación que se refería únicamente a ese tipo de individuos: hombres, propietarios y educados. La constitución del sujeto individual en el siglo xix estaría emparejada con dos procesos paralelos, uno de nacionalización de la sociedad y

otro de construcción del Estado. Eso es al menos lo que debería haber ocurrido en el paraíso hegeliano.

El interés que plantea este siglo en España tiene que ver precisamente con la inexistencia de dicho paraíso. El capítulo que abre el libro y firma Natalia Sobrevilla, precisamente coloca entre paréntesis un “not” al titular cómo construir un Estado durable. Aunque el tono de este texto difiere notablemente de la mayoría al fijarse más en la estructura que en la experiencia, apunta algunas cuestiones que resultarán notablemente perdurables en ese largo siglo que corre hasta las dos o tres primeras décadas del xx. Las largas pugnas por definir la forma de Estado – que en España siguen perfectamente vivas hoy en día– fueron acompañadas, tanto en la América española como en España, de guerras civiles y de proyectos constitucionales que se fueron sucediendo hasta su estabilización en la segunda mitad del siglo.

Pero quizá el aspecto que más determinantemente marcó el proceso de *state-building* en España (y, de nuevo, también en la América española) fue el hecho de que el cuerpo de nación tuvo que compartir espacio largamente con el cuerpo místico de la Iglesia. De hecho, en todos los experimentos constitucionales de las primeras décadas del siglo, esa identidad entre ambos cuerpos era prescriptiva. Es por eso que la cuestión de cómo ser religioso bajo el liberalismo adquiere notoria importancia. Gregorio Alonso aporta lo que creo que se espera en un libro como este: la experiencia de esa cohabitación entre cuerpo de nación y cuerpo místico tomando como referencia la de un grupo muy oportunamente seleccionado de

clérigos que buscaron hacer compatible la pertenencia a ambos cuerpos.

Con la relevante experiencia del exilio, la tendencia principal en estos religiosos liberales fue la de una separación entre ambos cuerpos. El clero católico en España venía de una ya larga disputa con las autoridades civiles, empezando por la monarquía, acerca del alcance de su autoridad espiritual. El juego entre espiritual y temporal fue determinante en la experiencia de estos clérigos liberales. Frente a otros colegas de profesión (la mayoría), defendieron una muy radical distinción de ámbitos, dejando idealmente reducida la Iglesia a una *auctoritas* en asuntos que debían ser propios solamente de autoridades civiles.

Esto hace sumamente interesante el capítulo que firma Geraldine Lawles acerca de cómo narrar el tiempo. Retomando los debates teóricos sobre los cambios en la concepción del tiempo en el momento de tránsito a la modernidad, la autora no se conforma con la simple constatación de la presencia de ese proceso en el ámbito español. Un análisis enfocado en la experiencia devuelve un resultado ciertamente más complejo: los intelectuales españoles del XIX hicieron un uso casi caprichoso del tiempo. De nuevo, en cuanto exploremos con cierta profundidad, nos quedamos sin paraíso en este espacio, en este caso del paraíso koselleckiano.

Buena prueba de ello es el tratamiento literario de la historia o la misma escritura de la historia considerada como parte de la literatura. Modesto Lafuente, el paradigma del historiador liberal español del momento, es un buen ejemplo que no pasa desapercibido aquí al combinar en su narración una conciencia del progreso

en la historia con la invocación de la Providencia, como también la presencia de lo nuevo junto a la nostalgia del pasado en la literatura española del XIX.

Como se ve, vamos desde la experiencia tocando cuestiones de fondo, en realidad. Diría que tienen todas ellas que ver con una básica: la relación de la cultura española del siglo XIX con la idea de emancipación. Fue una relación compleja ciertamente, siempre mediada por esa zona de contacto entre cuerpo de nación y cuerpo místico que afectaba de lleno a la experiencia del individuo. La aportación del otro editor del volumen, Andrew Ginger, sobre la experiencia del universalismo es medular a este respecto.

No deberíamos perder de vista el hecho de que la cultura española estaba, en principio, especialmente adaptada a esos términos de pensamiento no solo por su pasada experiencia imperial sino, precisamente, por su presente condición católica. El texto de Ginger traza un recorrido intelectual para llegar a *En torno al casticismo* de Unamuno, texto ciertamente clave para entender cómo la cultura española del siglo XIX combinaba lo universal y lo local: España en el mundo y el mundo desde España. Esto no deja, por otro lado, de ser un trasunto de otras experiencias relevantes del XIX español, como la que imagina la nación principalmente desde la experiencia regional o local. Por ello es esencial, como afirma Ginger, entender que lo universal no solamente puede ser una cosmovisión que subsume todo lo demás, sino que también es una manera de interpretar el mundo desde lo local, lo que no deja de recordar también las primeras ideas federales de Francisco Pi i Margall y otros.

Mi lectura de este volumen advierte, como dije, una segunda gran cuestión relativa a la experiencia del individuo en la cultura española del XIX. A mediados del siglo, Mariano Miguel de Reynoso, ex ministro de Fomento, expresó una significativa queja que podemos resumir así: España carece de sociedad porque sigue conformada por multitud de ellas. Se requeriría de un espacio impropio de una reseña para dar cumplida cuenta del alcance de esta observación, pero la serie de textos que en este libro se ocupan de la experiencia desde el sujeto individual resultan especialmente interesantes desde dicha perspectiva. Collin McKinney, Rhian Davis, Raquel Sánchez, Luis G. Martínez del Campo, Henriette Partzsch y Catherine Davis aportan sendos capítulos en los que podemos ver desplegada esa experiencia de la cultura desde sujetos individuales.

Podemos ver que igualmente que se utilizaba de manera un tanto caprichosa la idea del tiempo, sin cortar amarras claramente entre pasado, presente y futuro, las nuevas ideas acerca del hombre y de la masculinidad que analiza McKinney muestran cómo se combinaban en los manuales que enseñaban a ser un hombre social valores antiguos y modernos. Partiendo del hecho interesante de la asunción de la existencia de una sociedad de hombres y otra de mujeres se trataba de aprender a moverse con soltura en la zona de contacto, así como también mostrar una determinada actitud frente a otras sociedades formadas por iguales (conversación, trato, gusto) o por dependientes (fuerza, mando, virilidad).

Una de las funciones de ese hombre del XIX fue, notoriamente, conformar un espacio público. No lo hizo en exclusiva,

como recuerdan casi todos los capítulos que se ocupan de ello, pero ese espacio funcionó mayoritariamente como un club de hombres. Es interesante a este respecto, no obstante, como hace Partzsch, reconstruir cómo podía un individuo femenino buscar el camino entre las dependencias masculinas impuestas por el sistema, para aparecer finalmente en ese espacio público y empresarial en principio vedado o ajeno. No es sorprendente en absoluto que fuera entre las escritoras, compartieran una ideología u otra, donde más se sintió la necesidad de trascender esa segregación del espacio público, pues eran también las que más se acercaban al mismo.

“Hombre de letras” fue, de hecho, el sintagma utilizado para referirse a aquellos individuos que, gracias a su ascendiente literario o académico, alcanzaba un papel de agente social. Era hombre de letras a pesar de que hubo mujeres como Concepción Arenal o Emilia Pardo Bazán que también lograron intervenir en ese mismo rol. Raquel Sánchez da cuenta de la conformación entre los años treinta y setenta del siglo de este tipo de agencia social que, desde la literatura o el periodismo, sabía de su capacidad para influir en ese espacio público. No era ya la república de las letras ni tenía su carácter de espacio más allá del alcance del poder o de la misma sociedad y sus miserias.

El hombre de letras conoce su última evolución a finales del siglo, coincidiendo con la crítica al sistema de la Restauración, la crisis finisecular y la gran reflexión subsiguiente sobre España, en las décadas finales de este largo siglo XIX. Es la que le lleva a convertirse en el intelectual y Luis G. Martínez del Campo propone ver ese proceso en un doble con-

texto: como críticos del sistema político y social vigente, pero, a la vez, como sujetos situados por encima de esa sociedad y sobre todo del “pueblo” al que apelaban constantemente. Podían ser sus antropólogos, sociólogos, historiadores o psicólogos, pero siempre desde la posición que daba su pertenencia a un grupo dotado de un saber que le diferenciaba radicalmente de su objeto de análisis. Es por ello que salvo en algunos casos (como el Ortega de los años treinta) no conectaron esa labor con la política práctica.

No era tampoco su función. Óscar Vázquez y Alison Sinclair demuestran que la experiencia de la modernidad entre los años de cambio de siglo y las primeras décadas de xx se produjo de manera significativa antes en el arte y la literatura que en la política, donde llegará tentativamente con la dictadura y de manera efectiva con la República. Tomar como centro de reflexión la obra temprana de Picasso *Ciencia y caridad* (1897) es una magnífica estrategia para dar cuenta de los dilemas del arte, que eran en realidad dilemas sociales. Óscar Vázquez lleva su reflexión hasta el momento en que el mismo Picasso, poco después de pintar esta obra, decide romper con el siglo xix. Es lo que hace también, como muestra Sinclair, Valle-Inclán con *Los cuernos de Don Friolera* donde paradójicamente un personaje “antiguo” presenta una opción moral “moderna”. Entre ambas obras, y de acuerdo con lo que estos capítulos proponen, tendríamos ya a la cultura española enfrentando las consecuencias de la modernidad y encarrilando el siglo xx.

JOSÉ MARÍA PORTILLO VALDÉS
(UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO)

Adrian Shubert: *Espartero, el Pacificador*. Madrid: Galaxia Gutenberg 2018. 757 páginas.

Baldomero Espartero pasa por ser uno de los personajes más ilustres de la historia de la España contemporánea. General y político clave del siglo xix, parece bastante llamativo que hasta ahora careciésemos de una biografía de la relevancia y proporciones como la que nos ofrece el profesor Adrian Shubert, un reputado hispanista canadiense que lleva unos cuantos años estudiando la historia de nuestro país. Este catedrático de Toronto ha tenido la gran fortuna de contar con tres elementos fundamentales para escribir un volumen como este, a saber: tiempo, financiación y el archivo personal del biografiado. Semejante combinación virtuosa le ha permitido elaborar un libro como el que ahora nos presenta, una obra monumental sobre el Pacificador, el hombre que, desde el campo liberal, puso fin a la Primera Guerra Carlista, ganándose el respeto de sus contemporáneos, al punto de convertirse, como bien demuestra el autor, en un general querido y respetado por amplias capas de la sociedad española de la época. Incluso, a tenor por la información recogida en esta investigación, en una persona muy popular.

Espartero, ante todo, fue un militar, que, de joven, participó en la Guerra de la Independencia. De hecho, debió ser entonces, y en Cádiz, cuando tomó contacto con esas ideas liberales que le acompañarían el resto de su vida. Posteriormente se bregó en América, en un momento clave para el desmoronamiento del imperio español y el acceso a la independencia de las nuevas repúblicas sudamericanas. Sin em-

bargo, fue en la primera carlistada cuando realmente Espartero alcanzó la gloria y los laureles, incluidos varios títulos nobiliarios. Su arrojo en la batalla de Luchana, por ejemplo, tendría como consecuencia el final del cerco de Bilbao y, por tanto, un paso decisivo en la Guerra del Norte, la cual finalizó con el Abrazo de Vergara, con el general carlista Rafael Maroto el 31 de agosto de 1839. Todos estos episodios bélicos son descritos con todo lujo de detalles por Adrian Shubert, a mi entender, en un relato excesivamente descriptivo, como la mayor parte del libro. Y es que el exceso de fuentes hace que el autor nos ofrezca un texto excesivamente pegado a las mismas, con multitud de citas literales, cayendo muchas veces en el abuso. En mi opinión, creo que se podría haber hecho un uso más moderado de este recurso, ya que le hace perder frescura, resultando en algunos momentos un tanto tediosa su lectura. La disposición de fuentes primarias originales y poco explotadas, como es el caso, es el sueño de cualquier historiador, pero hay que tener mucho cuidado a la hora de administrar dichas fuentes, ya que se puede caer en el exceso de literalidad, relegando el análisis a un segundo plano.

Precisamente, uno de los aspectos más importantes que se derivaron del Abrazo de Vergara y de su declaración, fue la ley de confirmación de los fueros de 25 de octubre de 1839. Una ley que ha hecho correr ríos de tinta en la historiografía vasca, por ejemplo, y en la que, sin embargo, Shubert apenas se detiene. A este respecto, no debemos olvidar que el epicentro del carlismo estaba precisamente en las provincias forales y que don Carlos siempre había apostado por el mante-

nimiento de los fueros de las provincias vascas y de Navarra. De ahí la trascendencia de dicha confirmación de los fueros, sobre todo, para esos liberales vascos fueristas que apoyaban a la regente y a la reina Isabel, en contra de los postulados del carlismo. Durante años venían reclamando una transformación de los fueros, que no su supresión, por motivos fundamentalmente económicos. En concreto, solicitaban que las aduanas pasaran del interior a la frontera y al mar Cantábrico, favoreciendo así la creación del mercado nacional y la entrada de sus productos en el resto de España sin costes añadidos. El artículo 1º de la ley confirmaba los fueros “sin perjuicio de la unidad constitucional”. El artículo 2º, sin embargo, abría la posibilidad a una modificación de los mismos, oyendo previamente a los representantes de las provincias vascas y de Navarra. Algo que no tuvo lugar hasta los tiempos de la Restauración, cuando los fueros fueron finalmente abolidos. No obstante, en este contexto posterior a la Primera Guerra Carlista, conviene insistir en que fue Espartero, ya en calidad de regente del reino, quien firmó el decreto de 29 de octubre de 1841 por el cual se procedía al traslado de las aduanas, atendiendo así a los intereses de los productores vascos y a los ideales liberales. Este hecho, de gran trascendencia para la historia económica del país, es insuficientemente mencionado por Shubert. Cuando se trata, en realidad, de un hecho fundamental en la construcción del Estado liberal español, ya que dichas aduanas eran un claro vestigio del Antiguo Régimen, el cual impedía el desarrollo normal de la actividad comercial e industrial en el conjunto de España.

Pero otro tanto se podría decir del Bienio Progresista (1854-1856). En esos apenas dos años en los que Espartero estuvo al frente de la jefatura del Consejo de Ministros se tomaron medidas fundamentales para el desarrollo económico de la España de la época. Baste recordar la ley de ferrocarriles, la ley general de desamortización y las leyes bancarias. Instrumentos a los que la historiografía, sobre todo, económica, ha dedicado numerosas páginas por haber sentado las bases de la modernización económica de la segunda mitad del siglo XIX. No en vano a partir de ese momento comenzó todo un periodo de importantes inversiones extranjeras que contribuyeron a dicha expansión económica. Es decir, que Espartero no solo logró pacificar el país, como se ha dicho, sino que también contribuyó, desde su ideario liberal, a su modernización económica, algo en lo que el autor insiste muy poco. Por ejemplo, se hacen numerosas referencias a Cipriano Montesino desde el punto de vista político, pero apenas hay referencias a él desde su condición de ingeniero y científico. Aun a sabiendas de que se trata de una biografía política, lo cierto es que hechos tan importantes como los que aquí se están apuntando no deberían haber quedado fuera del análisis, en especial, porque, insisto, la bibliografía es abundante.

Y tratándose de una biografía esencialmente política, los hechos políticos acaparan la mayor parte de la atención del autor. Hay que recordar, en este sentido, que Espartero fue una figura clave del Partido Progresista. El sistema de partidos de la época se articulaba en torno al Partido Moderado y al Progresista, siendo el primero el favorito de Isabel II para la for-

mación de gobierno. De hecho, no es de extrañar que los progresistas terminaran recurriendo al pronunciamiento como vía para acceder al poder. Es lo que sucedió en 1854 y en 1868, respectivamente. Sin embargo, estamos hablando de partidos de notables, donde la disciplina partidaria apenas existía y donde predominaban las facciones. De manera que los enfrentamientos entre los miembros de un mismo partido estaban al orden del día. Shubert insiste, por ejemplo, en las malas relaciones entre Espartero y Olózaga, buen reflejo de esa misma conformación de los partidos de la época, con un espadón en la vertiente militar y uno o varios primates en la vertiente civil. A este respecto, la correspondencia utilizada por el autor es muy rica en matices para poder estudiar las relaciones existentes entre los distintos próceres del Partido Progresista, sin duda, una de las grandes aportaciones del libro. Esto contribuye, pues, a conocer mejor las relaciones interpersonales dentro de las formaciones políticas del momento. En efecto, como tantos líderes políticos de una época especialmente azarosa como fue el reinado de Isabel II, Espartero pasó de disfrutar del poder al exilio o al retraimiento en su casa-palacio de Logroño. Es decir, podemos hablar de una actividad política discontinua.

La excelente documentación privada analizada por el autor permite adentrarse igualmente en el mundo más íntimo y familiar del biografado. Su afición por la horticultura, por ejemplo, y la estrecha vinculación que le unía a su mujer, con quien, en momentos de alejamiento, mantuvo una correspondencia muy fecunda. Correspondencia que nos da acceso al Espartero más personal, no tanto al

personaje público. Algo que pocas veces se consigue si no se cuenta con el archivo personal. Insisto en que esa es una de las grandes ventajas que ha tenido Shubert a la hora de escribir este libro. Un libro que, a pesar de las críticas aquí vertidas, me parece imprescindible para el estudio del siglo XIX en España. Una obra necesaria, ya que el Pacificador estaba pidiendo a gritos una biografía. Quizás, y así lo deja entrever el propio autor, el hecho de que Espartero no haya sido reivindicado por ningún partido político actual ha podido influir en esta ausencia bibliográfica. De hecho, por su condición de liberal, no fue un personaje querido por el franquismo y durante la Transición tampoco hubo quien se acordara de él, salvo el nacionalismo vasco, y no precisamente para alabarlo. Más bien, todo lo contrario. Espartero y Cánovas han sido dos de las bestias negras de un nacionalismo vasco estrecho de miras, cuando, precisamente, Espartero, como se ha dicho, fue determinante para el desarrollo económico del País Vas-

co en este caso. Más abducido por el ruralismo y las esencias del caserío que por lo que realmente ha marcado las historia vasca contemporánea, la industrialización y la modernización urbana, el PNV, durante la Transición, fue capaz de introducir en la Constitución española de 1978 la disposición derogatoria segunda, que dice así: “en tanto en cuanto pudiera conservar alguna vigencia, se considera definitivamente derogada la Ley de 25 de octubre de 1839 en lo que pudiera afectar a las provincias de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya”. Por tanto, sin derecha o izquierda que lo reclamase y con el PNV denigrándolo, no es extraño que, en la geografía española, como apunta Schubert, queden pocos recuerdos del duque de la Victoria. Como muestra, un botón: la calle Espartero de Bilbao fue rebautizada en 1979 como Juan de Ajuriaguerra, dirigente del PNV. Toda una declaración de intenciones.

CARLOS LARRINAGA
(UNIVERSIDAD DE GRANADA)

4 HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES: AMÉRICA LATINA

Anne Burkhardt: *Kino in Kolumbien. Der innerkolumbianische Konflikt im Film zwischen Gewaltdiskurs und (trans-)nationaler Identität*. Bielefeld: Transcript 2019. 419 páginas.

En la actualidad, parece imposible pensar la historia de Colombia desligada del imaginario de violencia que se impuso en la segunda mitad del siglo XX. Al finalizar la década de 1940, el país empezaba a expe-

rimentar de lleno la violencia bipartidista, que sería la primera expresión de una serie de violencias que terminaron concatenándose, reemplazándose o sobreponiéndose para terminar de cubrir la segunda mitad del siglo XX e inicios del XXI. El trágico desenlace de los acontecimientos ha sido muy bien estudiado y relatado, sin embargo, aún a finales de 1949 (previo a la ruptura de relaciones entre los partidos liberal y conservador, el retiro de los libe-

rales de la contienda electoral y la victoria sin contendor del conservador Laureano Gómez), muchos de los actores políticos estaban convencidos de que era imposible que en el país se repitieran fenómenos de violencia similares a las guerras civiles del siglo XIX, teniendo en cuenta la idea de “republicanismo” y “civilidad” que se había logrado construir durante la primera mitad del siglo XX. Esto no significa que la violencia no estuviera muy presente en la sociedad colombiana durante la primera mitad del siglo, sino que el relato de la violencia como elemento omnipresente e incluso articulador de la historia del país apenas comenzó a construirse a través del impacto de la violencia política de la década de 1950, de su persistencia y reconfiguración en diferentes tipos de violencia en las décadas siguientes. Como bien lo afirma Gonzalo Sánchez, será en la década de 1980 cuando el imaginario de la guerra se convierte en un relato hegemónico. Afirmación que nos exige una reflexión más amplia sobre los supuestos implícitos bajo los cuales se han escrito los relatos que nos han servido para problematizar este periodo histórico, ya que, siendo la violencia uno de los fenómenos más estudiados de las ciencias sociales y las humanidades en Colombia (como fenómeno y como periodo, ha sido notablemente reconstruido en los trabajos de Guzmán, Fals Borda y Umaña, Daniel Pécaut, Gonzalo Sánchez, María Victoria Uribe, Mary Roldán, Álvaro Guzmán Barney, entre muchos otros), y que hay una gran cantidad de trabajos que permiten pensar en los diferentes fenómenos de violencia que se empezaron a presentar en la segunda mitad del siglo XX como parte de un fenómeno más grande. En la base

de los estudios sobre esta época subyace la pregunta de cómo se fue construyendo este discurso de la violencia.

En este sentido, el trabajo “Cine en Colombia. El conflicto interno colombiano en el cine, entre el discurso de la violencia y la identidad (trans) nacional” (atreviéndome a traducir el título), de la investigadora alemana Anne Burkhardt, no solo cuenta con la virtud de adentrarse en la construcción discursiva de los conceptos de la violencia, sino que lo hace vinculando un elemento tradicionalmente excluido de los análisis historiográficos: el lenguaje cinematográfico.

Este libro es una publicación que toma como base la investigación de su tesis doctoral en Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Tubinga, pero que se puede considerar como un trabajo multidisciplinar que nace de la conjunción de los estudios culturales, los *film studies* y la sociología. Anne Burkhardt parte identificando las diferentes percepciones e interpretaciones de la violencia expresadas en películas colombianas de ficción entre 1959 y 2015, y poniéndolos en diálogo frente a las posiciones dominantes del discurso sociológico, político y de los medios de comunicación de su época. A través de esta operación muestra el potencial del lenguaje cinematográfico para una mejor comprensión de la violencia, de sus causas, sus efectos, su funcionamiento y, eventualmente, para su superación.

Uno de los aspectos más llamativos de este trabajo fue el acervo documental al cual la autora se enfrentó, ya que logró reunir más de 300 películas producidas dentro de su amplio marco temporal (1959-2015). El desafío de enfrentarse a un corpus tan numeroso la condujo a lo

que, a mi juicio, es uno de los principales aportes del libro: una periodización de la producción cinematográfica en Colombia dentro de su periodo de estudio. Esto convierte a este libro en una obra fundamental para los estudios del cine, más allá de su análisis sobre las representaciones de la violencia.

El libro se encuentra estructurado en cuatro capítulos. En el primero, la autora presenta una visión conjunta del campo de estudio y del estado de la investigación a nivel internacional, planteando la estrecha conexión del cine colombiano con la historia del país, resumiendo el discurso sobre la identidad nacional, regional y transnacional del cine colombiano, y recapitulando las diferentes fases de la producción audiovisual en Colombia con relación a sus condiciones técnicas, políticas e ideológicas.

El segundo capítulo se dedica a la elaboración de una aproximación al tema, enfocándose en el discurso sociológico y político de la violencia en Colombia, cuyos momentos históricos son especificados al igual que sus actores principales. Asimismo, en esta parte, Burkhardt se encarga de definir y contextualizar los diferentes conceptos (científicos y usados socialmente) de “violencia”, y los criterios para la selección de las películas por analizar son razonados. De esta forma desarrolla su hipótesis principal, argumentando que el cine colombiano, en todas las fases de producción, refleja el discurso de la violencia de su época, pero, ante todo, lo amplía y lo profundiza, utilizando el lenguaje sutil, ambiguo y muchas veces simbólico o metafórico del cine. Con el fin de descifrar las reflexiones acerca de la violencia en Colombia contenidas en

las películas, la autora elabora un método analítico que combina técnicas del análisis hermenéutico de cine de Knut Hickethier con las técnicas de análisis del discurso de Michel Foucault.

En el tercer capítulo se encuentra el núcleo central de su investigación, por ser la parte que contiene el análisis del material audiovisual. Este capítulo se subdivide en cuatro partes correspondientes a las cuatro fases de producción cinematográficas reconocidas dentro de su arco temporal investigativo, que fueron identificadas en el capítulo anterior: la producción nacional “independiente” (1959-1978), la producción estatal de FOCINE (1978-1993), la coproducción internacional “independiente” (1993-2003) y la producción nacional y transnacional después de la “Ley de Cine” (2003-2015). Cada subcapítulo empieza presentando el contexto sociopolítico y el estado del conflicto interno en cada una de las fases, señalando su impacto en los contenidos y en las formas de representación de las películas. A continuación, sigue en cada subcapítulo el análisis de algunas de las películas representativas en cada época y que se distinguieron por su trato innovador del tema.

El capítulo final se dedica al análisis de la transformación que los conceptos de violencia expresados por las películas fueron sufriendo a lo largo del periodo investigado, al tiempo que los contrasta con las definiciones extraídas de los discursos hegemónicos de cada periodo. Además de los resultados específicos para cada una de las cuatro fases de producción, destacan tres observaciones generales: primero acerca de la cantidad “desnivelada” del tratamiento de las fases y actores del conflicto por parte de las películas, segundo

acerca de la “sorprendentemente conforme” evaluación que realizan las producciones cinematográficas acerca de los actores del conflicto, y tercero acerca de la dependencia del discurso fílmico del discurso sociológico y político, en contraste de su sorprendente independencia de las condiciones de producción.

Es en este punto en el cual la autora reflexiona sobre el potencial y el alcance del lenguaje fílmico para la documentación, la comprensión y la superación de la violencia, estableciendo un diálogo con ejemplos extraídos de los análisis realizados en la parte principal del libro. Una de las conclusiones significativas a las cuales le permitió llegar esta investigación fue que entre las más importantes fortalezas del lenguaje fílmico se encuentra la capacidad de acentuación del individuo “como objeto, sujeto o testigo de la violencia”, de sus sentimientos y conflictos internos, que muchas veces superan o equivalen los conflictos externos. También se destaca cómo particularmente la nueva generación de realizadores insiste en la importancia del reconocimiento del conflicto armado y sus víctimas, y en la necesidad de la superación de trauma (colectivo e individual) para conseguir la reconciliación, indispensable para lograr una paz duradera. En las películas analizadas sobresale además el análisis social y político implementado por los realizadores y, principalmente, la reevaluación crítica de las supuestas “verdades” históricas y de las circunstancias de la formación de opinión pública.

Al final, la reflexión sobre los potenciales del cine lleva a la autora a plantear la hipótesis que los *film studies*, como en el caso de esta tesis, pueden contribuir a

la comprensión de complejos fenómenos culturales y sociales y, por lo tanto, pueden complementar la perspectiva sociológica en investigaciones futuras.

En esta primera edición el libro se encuentra publicado en alemán, que es el idioma original en el que se escribió la investigación. Valdría mucho la pena poder contar con una versión en español de este texto que le permita una difusión que abarque al grueso de la comunidad académica latinoamericana. En momentos en los cuales Colombia se encuentra intentando cerrar uno de tantos capítulos violentos abiertos en la segunda mitad del siglo xx, el trabajo de Anne Burkhardt no solo se constituye como un aporte fundamental dentro del campo académico a los estudios sobre el cine o la historiografía sobre la violencia, sino que también permite una reflexión más amplia a la forma como los colombianos se han imaginado y construido los imaginarios de la violencia. Es un llamado a la reflexión sobre el poder del lenguaje, en todas sus expresiones, para la construcción de discursos que les permiten a las sociedades pensarse y construirse como comunidades nacionales.

ESTEBAN MORERA APARICIO
(UNIVERSITÄT TÜBINGEN)

Ben Vinson III: *Before Mestizaje. The Frontiers of Race and Caste in Colonial Mexico*. New York: Cambridge University Press (Cambridge Latin American Studies) 2018. 284 páginas.

Before Mestizaje trata sobre los procesos y las consecuencias de la miscegenación en el México colonial, enfocándose en los

extremos de las mezclas, en lo que el autor llama las castas oscuras y olvidadas. Con este tema como eje, el libro recorre diferentes aspectos que —aunque ya han sido objeto de debate— aún presentan costados oscuros que Ben Vinson III analiza a partir de dos estrategias comparativas. Por un lado, la comparación de los sistemas de organización social y clasificación de las personas que hubo en la América hispana y en la España medieval le permite distinguir aquellas características que fueron propias de la sociedad colonial americana. Por otro lado, realiza un análisis longitudinal comparando lo colonial con el período post-independencias, una estrategia que le permite diferenciar dos conceptos que son centrales en el trabajo: *castizaje* y *mestizaje*.

El libro tiene nueve capítulos y una coda, además de cuatro apéndices y una serie importante de ilustraciones. Los primeros dos capítulos son contextuales: el primero presenta en líneas generales el contenido del libro y el segundo trata del mestizaje entendido a partir de pensadores modernos (siglos XIX y XX) para poder, luego, discutir las especificidades del período colonial. El tercer capítulo presenta el concepto de *castizaje*, desplegando lo que son las definiciones básicas de su texto, y mostrando las variaciones que hubo en el espacio y en el tiempo. Los cinco capítulos siguientes exploran diferentes aspectos del tema central del libro a partir de fuentes distintas: en el capítulo cuarto utiliza juicios (principalmente inquisitoriales); en el quinto, censos y padrones; en el sexto, registros parroquiales; en el séptimo, expedientes matrimoniales y en el octavo, juicios sobre bigamia. El último capítulo analiza cómo se entendían las

castas desde la perspectiva del siglo XIX, dando cuenta, además, de las paradojas de un mundo teóricamente sin distinciones, pero que había heredado mucho de su organización colonial.

Las virtudes del texto son muchas, aunque quisiera enfatizar algunas que me parecen muy importantes. La primera es que reúne una serie de definiciones de conceptos muy cambiantes que, si bien han sido ya tratados por otros autores, aquí aparecen con explicaciones específicas de sus variaciones espaciales y temporales. Estos conceptos son confusos, inasibles, pero funcionaban, y son relevantes para el estudio de la sociedad colonial de la América hispana. Ben Vinson III reconstruye, además, la historia de algunos de estos conceptos y también sus usos. Muestra variaciones locales y temporales, algunas de ellas conocidas, pero que aquí se presentan en forma sistemática. Finalmente, utiliza diferentes tipos de fuentes que no siempre fueron tratadas en forma conjunta.

El autor muestra convincentemente cómo se dieron una serie de variaciones a lo largo del tiempo en el uso y significado de los conceptos. En ese sentido es muy cuidadoso al insistir en la importancia que tiene darle contexto a la definición de algunos términos (por ejemplo, raza), para no cometer el error de dotarlos de un significado moderno. Sin embargo, en algunos capítulos, especialmente en el tercero y en el cuarto, no es tan obvia esa diferencia diacrónica para el lector, por lo que podría considerarse una mezcla de ejemplos correspondientes a períodos diferentes. Por cierto, este es un problema menor dentro de un libro muy rico, no solamente en definiciones, sino sobre todo en ejemplos.

El autor muestra cómo el sistema de organización social hispano, fuertemente jerárquico y estamental, se intentó trasplantar a un paisaje americano racializado. En ese proceso las mezclas —que se dieron desde el momento mismo de la conquista— representaron un problema para la transmisión de los privilegios y para la definición de estatus. Color de la piel, linaje, etnicidad, cultura, lugar de residencia, lugar de nacimiento y movilidad geográfica, entre otros elementos, formaron parte del intento que hizo la administración colonial de ordenar la sociedad.

Before mestizaje da cuenta de una cronología inicial en Nueva España, importante para entender algunos cambios en la clasificación de las personas. Sostiene que inicialmente los burócratas tendieron a ignorar las implicancias de la mixtura: cuando un español tenía un hijo o una hija con una india, podían pasar dos cosas: los no reconocidos se criaban como indios en la comunidad de su madre y los legitimados se socializaban como españoles. Todo cambió, sin embargo, en torno a 1540-1570, a partir de una serie de conspiraciones llevadas a cabo por las élites mestizas y criollas. Fue en ese período cuando el término mestizo comenzó a aparecer con más frecuencia. El crecimiento de esta categoría coincidió, además, con el incremento de la población africana, que mostró ser bastante inquieta y rebelde.

El autor dedica mucho espacio a distinguir los conceptos de casta y mestizaje, que son los que elijo para centrarme en lo que queda de esta reseña. Una de las diferencias fundamentales que encuentra entre los períodos colonial y moderno en

América Latina fue que el primer período mostraba múltiples categorías en un entendimiento pluralizado de complejidad socio racial, mientras que el segundo era más singular, con diferencias entre las que se intenta tender puentes. En este sentido, casta trabajó en forma diferente a mestizaje. Ambos tomaron la mezcla racial como una realidad básica de la vida y como punto de partida fundamental para la construcción de la sociedad. Sin embargo, mientras casta tiende a demarcar y acentuar diferencias entre personas con el fin de crear orden social, mestizaje enfatiza la hibridez para generar orden y unidad. Casta fue un proyecto imperial. España, la españolidad y en algún sentido los conceptos tempranos de “blanco” fueron ensalzados, aun cuando las tres nociones estuvieron formuladas en forma incompleta. Mestizaje, en cambio, operó en el contexto de la nación Estado y buscó derivar significado de la experiencia interna de América Latina. Entre otras cosas es por ello que el autor prefiere utilizar el concepto de *castizaje*. Lo define como el proceso a través del cual los grupos de castas cambiaban, se transformaban, se movían y se entremezclaban entre ellas. Más allá de ser una fuerza segmentadora, la noción de casta captura el espíritu de la pluralidad colonial y de la hibridación en su sentido más completo.

El libro tiene, por cierto, un contenido mucho más amplio que el que acabo de reseñar y solo me detengo aquí por un problema de espacio. Quisiera terminar señalando que *Before mestizaje* es un libro atractivo, sugerente, iluminador y muy bien escrito que, aunque descansa en ejemplos novohispanos, resulta muy

interesante para quienes trabajamos otros espacios americanos.

RAQUEL GIL MONTERO
(CONICET, INSTITUTO DE HISTORIA
ARGENTINA Y AMERICANA
“DR. E. RAVIGNANI”, BUENOS AIRES)

Camilo Domínguez Ossa: *El Caribe granadino en el siglo XIX. Región y nación en la economía-mundo*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia (Raíces de la Geografía Colombiana Volumen 3.) 2018. 371 páginas.

Acerca de la temática sobre la construcción del Estado nacional colombiano existen diversos trabajos que estudian el proceso desde la perspectiva política, económica, social y cultural. Pero, desde una visión geográfica y del espacio, se carecía de un buen trabajo científico. Este el gran aporte del estudio interdisciplinario del geógrafo Camilo Arturo Domínguez Ossa titulado *El Caribe granadino en el siglo XIX. Región y nación en la economía-mundo*, en el que, a partir de parámetros espaciales, se propone obtener una mirada totalizante del Caribe neogranadino decimonónico durante el proceso de formación del Estado nación colombiano y cómo esta región se vinculó a la economía mundo. Para conseguir su objetivo Domínguez Ossa se vale de un amplio trabajo interdisciplinario, el cual es apoyado por un grupo de investigadores, entre los que se mencionan al sociólogo geógrafo Francisco Avella, el demógrafo historiador Óscar Sandino, el antropólogo Otto Vergara y los geógrafos Jeffer Chaparro, Philippe Chenut, Luis Berneth Peña y Carla Gómez.

Desde el principio el autor deja claro que “la región caribe colombiana es el producto de diversos cambios a través del tiempo y generaciones de seres humanos que ayudaron a construirla desde adentro y desde afuera de ella” (p. 18). Un espacio lleno de contradicciones, debido a las diversas luchas de poderes que se gestaron en la región durante la colonia y el proceso de formación del Estado en el siglo XIX. En especial, se muestra de forma muy clara y gráfica (56 mapas, 70 tablas y 6 gráficas) los cambios que se van suscitando en la región. Una forma de demostrar la premisa de Henri Lefebvre –línea en la cual se circunscribe el trabajo– que entiende el espacio como un producto social, y por lo tanto existe una relación directa entre la política (economía) y el espacio.

El trabajo presenta varias hipótesis interesantes, pero la tesis principal es indicar que la construcción del Estado nación colombiano en el siglo XIX, se va edificando a partir de la formación de provincias y luego, gracias a la consolidación y conexión de las diversas regiones, las cuales se encontraban aisladas y poco articuladas a finales del período colonial y primera mitad del siglo. Con la llegada de diversas formas de modernidad –entre ellas los medios de transporte y comunicación– y de nuevas formas de producción que dejaron de ser de autoabastecimiento, para ser más interregionales, nacionales e internacionales, se va consolidando una unidad nacional necesaria para la formación del Estado nación colombiano.

A pesar de ser un estudio geográfico, se nutre de un amplio espectro de teorías sociológicas e históricas que enriquecen el trabajo de archivo y las interpretaciones de las fuentes secundarias, las cuales

son la gran base en la que se sustenta el trabajo de Domínguez Ossa. Para realizar el análisis de los cambios territoriales, el autor lo hace desde dos perspectivas. La primera desde su “expresión jurídica”, a través de leyes (en especial a través de las constituciones), y la segunda, a través de los cambios cuantitativos y cualitativos en la distribución y volumen de la población en la producción de nuevos espacios rurales y urbanos (p. 20).

La exposición de la pesquisa se realiza en un lenguaje sencillo para llegar a un mayor grupo de lectores, cuya estructura es de tres partes, dividida en nueve capítulos. Luego de una introducción donde se presentan las líneas teóricas, la metodología y la estructura del libro, la obra se inicia con el debate del concepto del Gran Caribe y de la región Caribe granadina. Para el autor, la región Caribe se puede analizar en tres formas diferentes: una primera estrictamente geográfico-físico (costas sobre el mar Caribe). La segunda desde una perspectiva geopolítica (papel protagónico en la geopolítica regional) y como tercera, el Gran Caribe geo-histórico, que es un concepto más amplio que los dos anteriores y los complementa. Al respecto, “el factor determinante es su vinculación directa y continua, por lazos físicos, culturales, económicos y políticos con el Gran Caribe geopolítico, cuyo caso más llamativo es la región caribe colombiana” (p. 34). En esta parte, el autor hace énfasis en que la región era un territorio mucho más amplio en el siglo XIX al que se conoce en la actualidad. Espacios como la Mosquitia, Panamá—el gran ausente en la mayoría de los estudios históricos colombianos decimonónicos—, el Darién, hacen parte del espacio Caribe en estu-

dio. Según Domínguez Ossa, “el Caribe neogranadino no se pudo consolidar en la primera mitad del siglo XIX por los estragos producidos por las guerras de Independencia, civiles, el desgobierno y la pobreza” (p. 40).

Luego, continúa el análisis con la descripción de las condiciones “físico bióticas del espacio”, es decir, el mundo natural referido a las subregiones geo-históricas que se encuentran en el Caribe granadino durante el periodo en estudio. El autor determina 18 subregiones, describiendo para cada zona las características naturales (flora y fauna) y los aspectos humanos de las poblaciones que la conformaban. Por una cuestión de espacio no es posible nombrarlas, pero es importante resaltar el trabajo minucioso de analizar cada pieza que conformaba el rompecabezas del Caribe granadino.

A partir de la segunda parte de la obra se inicia un análisis desde una visión geo-histórica, que comprende el proceso de la creación de la región Caribe y el Estado nacional neogranadino desde las Reformas Borbónicas (1760-1810) hasta la conformación de la República de Colombia en 1886, durante la Regeneración. Esta parte se inicia con el tercer capítulo titulado “El legado colonial (1760-1810)”, en el que, como bien indica el título, Domínguez Ossa pretende determinar cómo, a partir de las reformas político-administrativas iniciadas por los Borbones (que es la introducción de un tipo de modernidad), empezó el proceso de cambios en el espacio Caribe neogranadino; en especial, por el interés de la monarquía hispánica de organizar y controlar de forma más efectiva el espacio, motivando políticas de poblamiento y

el intento de controlar los territorios de frontera. Es interesante la propuesta que presenta el autor en identificar para el período, la existencia de nueve áreas o núcleos de población aisladas en el país “que se organizaban espacialmente tomando como ejes pequeños centros urbanos, que adquirirían así un peso político y económico sobredimensionado con relación a sus verdaderas fuerzas” (p. 64). Estos centros tenían formas de producción de tipo autoabastecimiento y sus intercambios con las otras áreas neogranadinas eran pocos o “flojos” como indica Domínguez Ossa. Es así como el principal reto al que se enfrentan los gobiernos neogranadinos decimonónicos es articular o conectar estos centros entre sí, para poder conseguir una unidad e identidad común.

En el cuarto y quinto capítulo, la obra se centra en mostrar el tránsito de la colonia a la república, en especial, de las denominadas ciudades-estados, que eran casi pequeñas “repúblicas”, con vida sociopolítica autónoma; primero durante los años de 1810 a 1821 y luego, desde 1821 a 1830. La tercera y última parte (que engloba cuatro capítulos) se inicia con el análisis desde el año 1831, cuando comienza a organizarse la naciente República de la Nueva Granada. A través de un estudio demográfico, el autor pretende observar cómo se van estructurando de forma geográfica parroquias en provincias, siendo el crecimiento poblacional un factor determinante para la transformación territorial. Dicho crecimiento permitió aumentar la producción y el intercambio interprovincial, lo que llevó a la creación de redes urbanas jerarquizadas. Para Domínguez Ossa es a partir de la segunda mitad del siglo XIX,

en especial desde 1858, cuando se inicia la verdadera consolidación de las regiones gracias a diversos factores entre los que se puede mencionar, la articulación de la burguesía y sus actividades de vinculación al comercio internacional, la cual se hace desde una posición periférica del capitalismo.

Sin duda, la obra de Camilo Domínguez Ossa representa un gran aporte y un trabajo pionero para entender la configuración del espacio como factor determinante en la construcción del Estado nacional colombiano. A la vez, nos permite comprender que el espacio no es un objeto pasivo y neutral para los futuros estudios sociales.

CATHERINE ARISTIZÁBAL B.
(UNIVERSITÄT HAMBURG)

Carlos Arturo López Jiménez: *El terreno común de la escritura. Una historia de la producción filosófica en Colombia 1892-1910*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana 2018. 312 páginas.

El terreno común de la escritura. Una historia de la producción filosófica en Colombia 1892-1910 es una investigación que pretende articular un relato de la historia de la filosofía en Colombia más allá de la dependencia de los sesgos partidistas o de la tradición filosófica europea. Para ello, se concentra en las condiciones históricas de producción y reproducción escrita de la filosofía y la articula en una metáfora geológica: el terreno común de la escritura. La metáfora se desarrolla junto con un método de acercarse a la producción

filosófica en Colombia, que en tres pasos bien diseñados y fundamentados en un dedicado trabajo de archivo configura un mínimo textual de estudio. El método funciona como una excavadora que en la metáfora geológica permite explorar el relieve y el subsuelo de la filosofía en Colombia durante el periodo estudiado.

En la primera excavación se suspende temporalmente la noción de “Modernidad”. La razón de este primer socavón es que leer la historia de la producción filosófica en Colombia desde el montículo de la “Modernidad” perfila de inmediato una mirada seca de la filosofía en Colombia, la cual pondría el inicio de la práctica filosófica en el país a mediados del siglo xx, con el periodo conocido como la *normalización de la filosofía*. Este, desde una perspectiva modernizante, se caracteriza por una cadena de valores que ubicaban al filósofo profesional como rechazador de la doctrina del Vaticano en tanto guía de la actividad intelectual; promotor de una manera novedosa de leer, discutir y escribir filosofía, consideradas “más rigurosas” que las previas, e impulsador de una filosofía que rechaza la aplicación pragmática inmediata (p. 139). Además, este periodo se autoproclama por la constante referencia a Europa, en particular a Alemania; el mayor interés por aprender alemán; el uso de las traducciones de la *Revista de Occidente* y por la lucha por exorcizar el fantasma del neotomismo. Desde esa mirada, la práctica filosófica en Colombia no se originaría antes de la normalización, lo cual deja a Colombia con un retraso filosófico en comparación con Latinoamérica y Europa. Pero antes de caer en esta concepción ampliamente difundida de la filosofía en Colombia,

Carlos Arturo despliega, basado en las fuentes bibliográficas del periodo estudiado, las características de esa producción filosófica para compararlas con las de la normalización y así definir si efectivamente el inicio de la práctica de escritura filosófica en el país es un fenómeno que surgió tardíamente en el siglo xx o si es posible ubicarlo por lo menos unas décadas atrás.

Con la puesta en pausa de los prejuicios que dan el inicio de la escritura filosófica en Colombia avanzado el siglo xx, el segundo socavón que abre el método postula y explora tres series que, a la manera de placas tectónicas, están presentes tanto en la producción filosófica de la época estudiada como en la del periodo de los normalizadores. Dichas series se denominan material, técnica y social. En la placa material se encuentran las instituciones y las publicaciones seriadas. Por un lado, universidades como El Rosario o El Externado son ejemplos de que en estos recintos se dio origen a la producción filosófica, en particular con las clases y con la titulación de graduados de filosofía. Entonces, ya que las condiciones materiales para práctica filosófica estaban presentes en el periodo estudiado no es posible considerar que la práctica filosófica institucionalizada en Colombia se incubó en 1945 con la fundación del Instituto de filosofía de una Universidad Nacional de Colombia. Asimismo, no solo con la generación de los normalizadores empezaron a surgir en el país las revistas que acogieran la reflexión filosófica, sino que publicaciones seriadas como periódicos o la *Revista de Instrucción Pública en Colombia*, *La Miscelánea*, *Revista Literaria y Científica* o *El Filipichin* entre otras, sin

ser especializadas publicaban, reflexiones filosóficas. Este es uno de los aportes más grandes del libro, ya que, basado en ese mínimo textual, se muestra que en las publicaciones de la época está presente una práctica de escritura filosófica susceptible de ser descrita. Por tanto, en la historia de la filosofía en Colombia no hay que esperar hasta el surgimiento de *Ideas y Valores* para la circulación impresa y regular del ejercicio filosófico. De igual manera, la producción filosófica no seriada se percibe en libros como *Idola fori*, de Carlos Arturo Torres, el cual es analizado por el autor en el tercer capítulo del libro, o *Las lecciones de metafísica y ética*, de Rafael María Carrasquilla.

La placa técnica se caracteriza por el uso de fuentes y conceptos considerados filosóficos. Desde la perspectiva tradicional de la historia de la filosofía en Colombia se considera que el manejo de fuentes e idiomas extranjeros y la conceptualización filosófica es propia de la normalización. Sin embargo, las fuentes consultadas le permiten a Carlos Arturo demostrar que autores como Bentham, Bacon, Nietzsche o Kant, extranjeros y en otros idiomas distintos al castellano, hacían parte del repertorio filosófico de la época estudiada. En cuanto al uso de dicho material, es curioso que se resalte que estas fuentes externas no solo servían a los filósofos para la reflexión exclusiva de su disciplina, sino que les permitían cuestionar o problematizar la realidad nacional del momento y las necesidades de la época, actividad no generalizada en los normalizadores ya que éstos rechazaban la aplicación pragmática inmediata de la filosofía.

La placa social tiene un carácter valorativo puesto que en ella se pondera el rol

social del filósofo. Mientras que a mediados del siglo xx el filósofo tiene un lugar común en la cultura y la sociedad porque se le reconoce como profesional y como alguien que propende por el mejoramiento de la cultura debido al manejo técnico de la filosofía, durante el cierre del siglo xix y la apertura del xx el filósofo es valorado por la simbiosis metódica entre política, filosofía, economía, etc., que tiene aplicación inmediata en la realidad de la nación. En este último caso, el filósofo es personaje activo en la vida nacional. Por lo tanto, no solo con los normalizadores el filósofo se convierte en una figura notoria en la sociedad, sino que desde unas décadas atrás el filósofo tenía una presencia más clara, notoria e influyente.

La tercera excavación metódica del libro perfila el carácter político de su obra. En ese momento se abre el paréntesis puesto en la primera excavación y se mira el relieve propio de la filosofía que emerge sobre el terreno común de la escritura. En esta oportunidad ya no desde la noción de “modernidad” puesta en un montículo que juzga a un país afirmando que este no progresa económica, cultural y políticamente, sino como un ideal operativo que ha orientado, por lo menos desde finales del siglo xix, la nación a partir de la producción de conocimiento y literatura. Este ideal operativo de modernidad como mejoramiento nacional se configura hasta la actualidad en un horizonte de aspiraciones que jalonan la producción filosófica y cultural del país. Al respecto, el interrogante que el autor deja abierto al cierre de su investigación es si las series material, técnica y social siguen actuando en el siglo xxi y si están en función de este ideal operativo de nación o si, por el contrario,

la práctica de escritura filosófica se ha empantanado en las capas material y técnica del ejercicio de la escritura filosófica.

Con todo, el método y el relieve de la producción filosófica explorados a lo del trabajo de Carlos Arturo nos deja, además de una caracterización de la producción filosófica en el paso del siglo XIX al XX, una perspectiva aún por explorar: poner a prueba el método utilizado en un periodo anterior para identificar si, por un lado, el punto de origen de la práctica filosófica puede moverse hacia atrás un poco más y, por otro lado, si el método sigue funcionando o si requeriría algún ajuste dependiendo de las especificidades de las épocas que se exploren. Esta perspectiva permitiría revelar una fotografía panorámica de la práctica de escritura filosófica en Colombia y, por qué no, dar los fotogramas necesarios para crear una película del ejercicio filosófico nacional.

CARLOS ARTURO ARIAS SANABRIA
(PONTIFICIA UNIVERSIDAD
JAVERIANA, BOGOTÁ)

Graziano Palamara: *Entre cóndores y turpiales. La diplomacia italiana en América Latina (1945-1958)*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia 2018. 332 páginas.

La obra de Graziano Palamara, investigador activo entre Italia y Colombia, busca analizar los intentos de ‘orientación latinoamericana’ promovidos por Italia después del segundo conflicto mundial, en un momento histórico dominado por la necesidad del país mediterráneo de encontrar una nueva ubicación diplomática.

Después del surgimiento de la nueva forma republicana (1947), el interés de Italia hacia América Latina no reside solamente en la gestión de un flujo migratorio que sigue vivo y vital, sino en las oportunidades diplomáticas que las repúblicas latinoamericanas ofrecen a la renacida política exterior italiana, decidida a dejar detrás el legado del fascismo para encontrar un nuevo papel en el escenario geopolítico mundial. Es un objetivo compartido a nivel continental: como subraya el autor: “Italia era el sujeto más acreditado para relanzar las perspectivas de diálogo euro-latinoamericano, por el peso de su tradición cultural, la presencia de una connotación italiana en la identidad latinoamericana, la ausencia de legados coloniales en el área y el ejemplo de su reconstrucción pos-bélica”. Dicho objetivo despierta aplausos en los observadores y en los comentaristas del Nuevo Mundo. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, Palamara muestra cómo la política y el mundo diplomático italiano no logran alcanzar sus metas, demostrándose incapaz de considerar a América Latina como una categoría bien definida para la acción exterior del país.

En primer lugar, la investigación se propone recorrer la evolución de las relaciones entre Italia y América Latina, desde el capital simbólico que los mitos mussolinianos obtuvieron por debajo del río Bravo, hasta sus fracasos. El autor describe una historia de moderada admiración en las capitales de Suramérica hacia Mussolini, una historia sobre las cuales solo en las últimas décadas los investigadores han centrado sus miradas (Scarzanella 2005; Mugnaini 2008), hasta llegar a la época de la posguerra, cuando la puesta

en marcha del proyecto comunitario en el viejo continente rearticula las dinámicas euro-americanas.

En efecto, por ser sedes de las más importantes conferencias para la conformación del sistema americano en el marco de la Guerra Fría, Colombia y Venezuela indicaron a Roma, antes que todo, la transformación del panamericanismo. Los vínculos entre europeísmo y atlantismo indujeron a una parte de la diplomacia italiana a creer que Roma pudiera levantarse como puente entre la Europa de los nuevos compromisos comunitarios, la superpotencia que guiaría Occidente y especialmente, a la América de los gobiernos desarrollistas. En su atenta labor de análisis, el autor subraya el peso ofrecido por las veinte repúblicas latinoamericanas a Italia en las Naciones Unidas en una época en la cual (hasta el 1955) el país no podía contar con una representación permanente.

Enfocando su mirada sobre las relaciones de Roma con las repúblicas de Colombia y de Venezuela, la investigación de Graziano Palamara logra definir un eje paradigmático útil para leer la historia de las relaciones italianas con América Latina. De hecho, tanto Colombia como Venezuela constituyeron una advertencia constante a la necesidad de mirar hacia el sur del río Bravo solo después de una evaluación juiciosa de las relaciones interamericanas, y de todas formas por medio de iniciativas nunca perjudiciales para los intereses estadounidenses. En segundo lugar, tanto en Colombia como en Venezuela se alistó entonces el terreno al ascenso de dictaduras que hallarían una base común en el nacionalismo militarista, en la doctrina anticomunista, en las

relaciones con Washington y en el intento de construir desde arriba las premisas económicas y políticas para el despliegue industrial de sus Estados.

Refiriéndose a la incapacidad de Italia para tratar de acrecentar o diversificar los intereses de su política exterior en Colombia y Venezuela, Palamara habla entonces de “un Eldorado nunca buscado”. La existencia de nacionalismos orgullosos, pero no amenazantes como aquellos asiáticos o islámicos, la presencia de mercados en expansión, pero reticentes a limitar sus intercambios con los Estados Unidos, y la abundancia de recursos representaban los motivos principales por los cuales los actores italianos, en un incipiente proceso de reconstrucción, estaban interesados a replantear su acción en el área. De acuerdo con el autor, “en ninguna otra zona geográfica, Italia podía hallar tantas razones de afinidad y complementariedad como al sur del río Bravo”.

Después de la guerra, Roma no ocultó su deseo de dar a Venezuela una atención especial. Con sus materias primas y su urgente necesidad de trabajadores, la patria de Bolívar podía considerarse, de hecho, dos veces funcional a la reconstrucción italiana. Sin embargo, las cancillerías italianas se mostraron incapaces de desarrollar una reflexión atenta sobre las contradicciones políticas y estructurales que Venezuela ocultaba. La euforia del momento nubló toda clarividencia estratégica y, finalmente, lo venezolano resultó ser para Italia un Eldorado desperdiciado más que valorizado.

En efecto, a través de un trabajo de investigación, Graziano Palamara define “esquizofrénica e incierta” la conducta de la diplomacia italiana, enfocándose en sus

aspectos aproximativos e instrumentales, donde se destacan los varios y fallidos intentos de apoyar un ‘tercer camino’ en contraposición a los dos bloques hegemónicos en el contexto mundial. La falta de una dirección gubernamental capaz de elevar a América Latina a la categoría de la política exterior italiana tuvo consecuencias fatales. Los descuidos, los errores y las ambigüedades impidieron no simplemente descubrir, sino más bien buscar el Eldorado que Colombia y Venezuela podían ofrecer en términos de ámbitos de compromisos y de sectores de actividades. Esta miopía se percibe con mayor claridad en el caso colombiano: si la escasa relevancia de las relaciones ítalo-colombianas fue confirmada por el número de inmigrantes que eligieron a Colombia como su nueva residencia, la apatía diplomática hacia Bogotá fue una constante. Una vez más, la presencia italiana en Colombia quedó esencialmente confinada a los esfuerzos individuales de operadores propios, evidenciado por lo sucedido a finales de siglo XIX, cuando las acciones políticas del terrateniente Ernesto Cerruti llevaron a una profunda crisis diplomática entre los dos países.

Entre 1945 y 1958 se vuelven entonces evidentes las dificultades, los defectos de voluntad, las lentitudes de Roma y la imposibilidad de superar exitosamente su desinterés político por América Latina. Palamara, sin embargo, subraya los esfuerzos con que funcionarios y operadores trataron de llamar la atención de los gobiernos italianos sobre un área importante y vital para todo Occidente. En juicio del autor: “Italia procedió con pragmatismo oportunista, menoscabando los argumentos del derecho internacional

que jugaban a su favor”. La diplomacia italiana construyó una ficción sobre su papel en América Latina, con las formulaciones de la colaboración triangular: Italia, Estados Unidos y América Latina. Finalmente, cuando los imperativos de la contraposición bipolar redujeron los márgenes de maniobra y fue definitivamente claro que sin las ayudas del Plan Marshall no hubiera ocurrido alguna reconstrucción italiana, Roma renunció a cualquier ambición en el área.

El autor presenta una crónica de los hechos bajo una perspectiva atenta a la comprensión de las dinámicas diplomáticas, recontextualizando los distintos sucesos a través de una lectura puntual y circunstanciada del momento histórico, con sus múltiples dinámicas. En el gran libro para el conocimiento mutuo que se va tejiendo entre Italia y Colombia (cuya intersección en el ámbito de estudios culturales se va desarrollando solamente en los últimos años), el trabajo de Palamara ofrece un aporte valioso para las investigaciones que vendrán.

SANDRO BOZZOLO
(GENOVA)

Harry Villegas: *Cuba y Angola. La guerra por la libertad.* New York: Pathfinder 2017. 129 páginas.

Este libro es producto de entrevistas hechas a Harry Villegas, general de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba y condecorado como héroe de la República de Cuba, por los editores de Pathfinder Martin Koppel, Róger Calero y Mary-Alice Waters. La editorial ya publi-

có tres relatos más de Villegas sobre las luchas revolucionarias de las que participó a lo largo de su vida y carrera militar (no solo la misión internacionalista en Angola, sino también la del Congo, la guerrilla junto a Che Guevara en Bolivia, y la Revolución Cubana misma).

En *Cuba y Angola*, librito hecho con mucho esmero (viene acompañado por cuatro mapas y bastantes fotos que prueban los hechos relatados, ya históricos, además de por una lista de abreviaciones, la biografía de Villegas, una introducción de Waters, cronología, glosario e índice), Villegas relata con alguna minucia momentos de combate y batallas decisivas del MPLA (Movimiento Popular para la Liberación de Angola), apoyado por instructores militares, civiles (médicos, constructores, profesores) y combatientes cubanos, quienes juntos consiguieron, hasta 1988, expulsar de Angola a las tropas sudafricanas y vencer a las de la UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola, bajo Jonas Savimbi y apoyadas por EE. UU.) y del FNLA (Frente Nacional para la Liberación de Angola, apoyado por Zaire).

Lo que se puede añadir es que, después de la retirada de Portugal de sus colonias, los tres movimientos independentistas, MPLA, UNITA y FNLA, primeramente habían acordado un gobierno de transición (contrato de Alvor, enero de 1975), que tuvo que ser anulado ya en agosto de 1975, porque la UNITA y el FNLA se retiraron después de negociaciones secretas con EE. UU. y Sudáfrica; aparte de que tropas del FNLA provenientes de Zaire ya en octubre de 1974 habían entrado en Luanda, siendo expulsadas por el MPLA el 9 de junio de 1975, pero a su vez ex-

pulsando al MPLA de las provincias del norte.

A la ayuda militar encubierta por parte de EE.UU. al FNLA y la UNITA a partir de julio, siguió a partir de agosto la ayuda abierta por parte de Cuba al MPLA. Es esta ayuda internacionalista cubana la que está en el centro del relato de Villegas y la que tuvo su primera victoria en 1976: cuando, en octubre de 1975, el sur de Angola fue invadido por tropas sudafricanas y el norte por tropas del FNLA y zaireñas, Cuba, con la “Operación Carlota”, envió miles de combatientes que juntos con el brazo armado del MPLA frenaron y expulsaron a los invasores. Ya el 11 de noviembre de 1975, el MPLA había proclamado la independencia del país en Luanda, instaurando a su líder Agostinho Neto como presidente.

No se encuentra en el testimonio de Villegas que, simultáneamente, el FNLA y la UNITA proclamaron la independencia en Huambo, formando un contragobierno que se tuvo que disolver por causa de las ofensivas del MPLA apoyado por Cuba, a lo que EE. UU. reaccionó con una ayuda masiva a la UNITA para derribar al gobierno del MPLA, considerado “pro-soviético”.

Así, la guerra anticolonial angolana se transformó prácticamente sin interrupción en una guerra por la supremacía entre los movimientos independentistas, apoyados por las grandes potencias, por lo que puede ser calificada en parte como guerra indirecta entre el bloque del Este, incluyendo a Cuba, y las fuerzas occidentales, incluyendo al régimen sudafricano del *apartheid*.

Esta guerra culminó en 1988 en las batallas de Cuito Cuanavale. Como re-

cuerda el testimonio de Villegas, lucharon en el sureste de Angola tropas del MPLA y cubanas, además de combatientes de los movimientos de liberación de Namibia (SWAPO) y de África del Sur (ANC), contra tropas de la UNITA y del régimen sudafricano del *apartheid*. Después de masivos esfuerzos militares cubanos, Sudáfrica tuvo que retirarse del sur de Angola, y el acuerdo del 22 de diciembre de 1988 estipuló igualmente la retirada del país de Cuba y la independencia de Namibia.

El libro pone de relieve el gran esfuerzo que supuso para Cuba su empeño de 13 años en Angola, con la presencia de un total de unos 430.000 soldados y civiles, lo que para un país de menos de 10 millones de habitantes (en 1980) es un número considerable, aparte de los costes del material de guerra enviado. En este esfuerzo, que no conllevó ningún interés en apoderarse de las riquezas materiales angoleñas (petróleo, cobre, diamantes), sino un compromiso idealista de lucha por la liberación del racismo y el imperialismo, perdieron la vida unos 2.100 cubanos; pero sin la intervención cubana, la independencia de Namibia y la posterior caída del régimen del *apartheid* en Sudáfrica habrían sido bastante más difíciles.

Las últimas tropas cubanas se retiraron de Angola solo en 1991, pero la “guerra de baja intensidad”, como la llama Villegas, entre el gobierno del MPLA y los rebeldes de la UNITA duró todavía hasta 2002, cuando el dirigente de la UNITA Jonás Savimbi fue muerto por soldados del gobierno, lo que llevó a un armisticio que dura hasta hoy.

Lo que lamentablemente no se menciona ni en la cronología bastante detallada del librito es que los 27 años de guerra

por la supremacía del MPLA, resultaron en aproximadamente medio millón de muertos, dos millones y medio de refugiados y la destrucción casi completa de la infraestructura del país. Hasta hoy grandes partes del país continúan siendo áreas minadas, y hay en Angola unos 100.000 amputados, víctimas de detonaciones de minas colocadas por todas las partes involucradas en los conflictos.

Además, en la actualidad, 17 años después del final de la guerra, Angola políticamente no es lo que nos imaginamos bajo un sistema democrático; es una democracia presidencial fuertemente autoritaria (por ejemplo, no hay división de poderes), hasta hoy en manos del MPLA. Y aunque la situación social esté mejorando, un 70% de la población continúa sin acceso a cuidados médicos básicos, y la mortalidad infantil por debajo de los 5 años es la segunda mayor del mundo. Solo el 40% de la población tiene agua potable limpia, y un tercio todavía necesita ayuda alimentaria del exterior. Pero también es cierto que, si en 2000 la mitad de la población estaba subalimentada, actualmente ya solo lo está un 14%, y la expectativa de vida está creciendo. También la educación, que durante la época colonial fue descuidada y que la guerra civil impidió en gran parte, está mejorando, aunque continúa mucho por hacer (casi el 50% no tiene título escolar). Debido a sus ingresos petroleros y minerales, Angola tiene, en 2019, el mayor índice de crecimiento de toda África, pero esta riqueza se queda casi toda en manos de unos pocos corruptos, que detienen el poder político y económico, y la mitad de la población continúa bajo el umbral de la pobreza. Este panorama parece bastante

lejos de la “libertad” supuestamente conseguida por la hermandad de armas entre Cuba y el MPLA...

Resumiendo, podemos así decir que la edición del testimonio de Villegas tiene su mérito por presentar, en forma de entrevista, las vivencias y los juicios de uno de los dirigentes de la misión militar voluntaria de Cuba en Angola. El obvio propósito del libro, de conservar el recuerdo del heroísmo internacionalista, es a la vez su límite y su legitimidad.

MECHTHILD BLUMBERG
(BREMEN)

Iris Medellín Pérez: *La gente del sancocho nacional. Experiencias de la militancia barrial del M-19 en Bogotá, 1974-1990.* Bogotá: Universidad del Rosario 2018. 300 páginas.

A los conocedores de la típica cocina colombiana les llamará la atención la expresión del “sancocho nacional”, parte del título que la autora del presente estudio le dio. Así se llama el tradicional y delicioso puchero de la región que, en el libro, es símbolo de las múltiples realidades sociales del país a las que pretendió representar y liberar el Movimiento 19 de abril de 1970, conocido como M19, en el último tercio del siglo pasado. El M19, que combatió al Estado con operativos guerrilleros, es el objeto de esta investigación socio-histórica que busca abordarlo haciendo hincapié en la dimensión subjetiva y biográfica de las motivaciones y decisiones de sus integrantes. La autora escogió a doce personas –muy diferentes respecto a su origen social, a su formación, a la

modalidad de acceder al movimiento y a su perspectiva después de la desmovilización– para llevar a cabo con ellas largas conversaciones individuales; todas estas estructuradas alrededor de los mismos temas que comprenden la afiliación, la vida dentro de la organización, el impacto en la vida personal, la participación en operativos, la encarcelación y la desmovilización. Estos temas constituyen los ocho capítulos que presentan los resultados indagados. El trabajo es introducido por una profunda explicación y discusión del método adoptado y la caracterización de los personajes. Finalmente, plantea unas conclusiones e interrogantes útiles para futuras investigaciones.

Sus estudios de caso los justifica la investigadora con la necesidad “de variar y reducir la escala de observación”. Aduce que el exclusivo enfoque en las estructuras no consigue visibilizar la dinámica sicosocial ni de la toma de decisiones, ni del proceso de valoraciones, aunque ambos repercutan sostenidamente en la evolución de las estructuras. Este método cualitativo pretende contribuir a un concepto de experiencia histórico-social y tiene como principales referencias a los historiadores Jacques Revel y Edward P. Thompson y el concepto de “descripción densa” de Clifford Geertz. Según la autora, la historia oral puede servir de herramienta para llegar a los alcances del concepto geertziano, siempre y cuando esté rigurosamente sujeta a la continua reflexión de las múltiples mediaciones subjetivas, como son el impulso de reprimir situaciones desagradables, traumáticas, en general negativas y el interés de dar sentido posterior a los acontecimientos de la propia biografía y de reconciliarse con

ellos tanto como la influencia de rivalidades que repercuten en todas las narraciones. Aplica eso en particular para las narraciones de experiencias, vividas desde el papel del actor conflictivo y violento en torno de operativos. En efecto, y como uno de los logros del libro, las narraciones particulares de los entrevistados, lejos de ser casuales o arbitrarias, por el contrario, revelan la fuerza, el poder o la debilidad para imponerse o no de las macroestructuras, ideologías e ideas.

De esta manera —además de ilustrar con escenarios auténticos una reciente etapa de la conflictiva y compleja historia colombiana—, el estudio de Medellín Pérez aporta conocimientos esclarecedores sobre las relaciones entre el éxodo masivo del campo hacia las ciudades debido a la violencia de los años cincuenta y, asimismo, sobre las corrientes sociales en los nuevos barrios de invasión, con sus condiciones precarias, y sobre el arraigo del M19 en las estructuras barriales. De la misma manera reflexiona sobre los orígenes del movimiento protagonizado por el caudillo Gustavo Rojas Pinilla. Podría decirse, que también sobre los orígenes de la edición colombiana del populismo latinoamericano, teniendo en cuenta la referencia del M19 al candidato a la presidencia, muy popular, asesinado en 1948, Jorge Eliécer Gaitán, aunque Medellín Pérez evita utilizar el concepto como instrumento analítico y sostiene que, antes de un semejante uso sustentado, el término requeriría de una noción diferenciada y definitiva. La autora plantea como un pilar importante de la raigambre política y social del M19 las corrientes socialistas en la Alianza Nacional Popular (Anapo), el partido formado por Rojas Pinilla en

1961 que, de acuerdo al paternalismo tradicional, movilizó familias y comunidades enteras en sus filas.

Debido a sus esfuerzos de acomodar la revolución al contexto nacional —tanto por su comportamiento y su presencia colaboradora en los barrios urbanos como a nivel ideológico— el M19 se presentó como opción atractiva para intelectuales y para organizaciones sindicalistas al igual que para la población empobrecida de los barrios que vivió la desatención absoluta de sus necesidades básicas de infraestructura por el Estado. Los militantes compartieron la cotidianidad con las comunidades barriales, les prestaron ayuda práctica en obras de construcción, de instalación de redes de acueducto o de arreglo de vías y las motivaron a manifestar sus necesidades y a participar de procesos de reflexión y formación políticas. Es interesante observar que los intelectuales encontraron muchos más problemas al afiliarse en el M19, siendo esta una organización clandestina y jerárquica, que los jóvenes de los barrios, que se incorporaron en medio de las dinámicas de camaradería del vecindario. Sea dicho de paso, la autora no olvida apuntar a la problemática que implican decisiones de tanta trascendencia para el futuro de la vida a edades tan juveniles. Evidentemente, esta cierta apertura de la organización con sus diferentes grados de involucramiento de parte de sus simpatizantes, y con la oferta para ellos de adherirse esporádicamente a determinados operativos, pudo brotar y encontrar su materialización en los campamentos urbanos durante la tregua del “Diálogo Nacional” de 1984 a 1985, que fue acordada con el gobierno de Belisario Betancour y que culminó en la “Manifestación del

Desagravio a la Paz y la Democracia” el 15 de marzo de 1985, en la que se congregaron campesinos, sindicalistas, gentes de los barrios, estudiantes, religiosos, es decir, el “sancocho nacional”. Bajo estas condiciones menos restrictivas, se hicieron más palpables los intercambios y similitudes con los movimientos opositores contemporáneos en el exterior. consignas como “Lo personal es político”, lanzadas por los movimientos de protesta de Estados Unidos y Europa, fueron reconocidas y se compartió la idea de que, para vencer la represión, sería necesario que la liberación aplicara igualmente en el campo de las relaciones interpersonales. La fantasía creativa y la espontaneidad de unos operativos “de recuperación y redistribución” o de “propaganda armada” —que consistió en la toma de algún edificio, monumento o calle emblemáticos con el objetivo de entregar volantes, repartir boletines, pintar grafitos e instalar pancartas— se asemejan a las acciones de los situacionistas franceses. Rudimentariamente, la dinámica organizativa interna permitió transgredir los límites reinantes que, por las firmes estructuras de desigualdad social, excluyen a muchos del acceso a la formación y al capital cultural. En palabras de uno de sus fundadores, Jaime Bateman Cayón, la organización constituye una “cadena de afectos”.

Después de la ruptura definitiva de la tregua, en julio de 1985, las situaciones de enfrentamiento con la policía y el ejército se recrudecieron en los barrios de los que habían tenido que irse los militantes del M19 y donde crecieron las bandas juveniles y las pandillas. Algunos de los entrevistados se declararon parcialmente responsables de este desarrollo al haberle

llevado “la guerra a la gente a la puerta de su casa” sin haberla preparado para el caso de que esta volviera. Las desapariciones forzadas y las torturas durante las detenciones y encarcelaciones se incrementaron luego del desastroso intento de la toma del Palacio de Justicia en otoño de 1985, que fue muy controvertido dentro de la organización y hasta hoy no esclarecido respecto de su ocurrencia y sus secuelas. A eso se sumó el agravamiento económico que sufrieron muchas familias en las que una o más personas perdieron su trabajo y que, inclusive, tuvieron que esconderse por encontrarse perseguidas. En el año 1989, la comandancia del M19 y el gobierno acordaron la desmovilización que condujo a la disolución irrevocable de la organización en el año siguiente.

Para sustentar su reto de demostrar la no homogeneidad de estructuras, experiencias y actores históricos, Medellín Pérez recopila una amplia gama bibliográfica que en parte muy importante consiste en investigaciones especializadas que se realizaron en las facultades socio-económicas e históricas de las principales universidades colombianas. Los testimonios levantados a lo largo del estudio dan cuenta de la diversidad en la que las estructuras objetivas de poder, de fuerza, de explotación y de precariedad se traducen en los destinos individuales y descifran, nuevamente como lugar común, el discurso del reconocimiento de Colombia como país netamente violento. Así, la autora ha aportado otro capítulo al relato de la insurgencia como un factor motivador para seguir trabajando en que los acuerdos de paz cobren vida.

Finalmente, Iris Medellín Pérez logra en pocos trazos ubicar los movimientos gue-

rrilleros de Colombia en el contexto americano del último tercio del siglo xx y señalar los paralelos del Movimiento 19 de Abril con grupos de enfoque parecido como los Montoneros de Argentina, los Tupamaros de Uruguay o la Liga Comunista 23 de Septiembre de Guadalajara, México. Para una futura edición se recomienda agregar una tabla sucinta de los acontecimientos en torno de la aparición histórica del M19 para mejor orientación del lector, ya que los capítulos están concienzudamente organizados, pero sería importante la ubicación cronológica de temas.

JOCHEN PLÖTZ
(TECHNISCHE UNIVERSITÄT DARMSTADT)

Juan Pablo Dabove: *Bandit Narratives in Latin America. From Villa to Chávez*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press 2017. 397 páginas.

El libro de Juan Pablo Dabove tiene como tapa la imagen de un gaucho argentino. Es una pintura de 1993 de Alberto Breccia que lleva por título *El Fin*. El cuadro es parte de una serie de pinturas basadas en la obra de Jorge Luis Borges y todas ellas tienen el tono melancólico y dramático propio de este pintor y también dibujante de las más importantes historietas argentinas. Entre tantas obras, Breccia ilustró *El Eternauta* y *El Che*, ambos con textos de Héctor German Oesterheld. Si realizo esta digresión para hablar del libro de Dabove es porque entiendo que las obras elegidas transitan por ese doble carril de la literatura popular y erudita al mismo tiempo. Obras que son vendidas y consumidas por el gran público y que

también pueden ser leídas para interpretar la sociedad que las produce. De alguna forma esta es la propuesta de Dabove, la de poder analizar un aspecto de la realidad latinoamericana desde una narrativa muy particular como es la literatura sobre bandidos.

El libro *Bandit narratives...* no tiene la pretensión de revisar toda la literatura producida sobre el tema. La intención del autor es la de abordar las diferentes formas en que los bandidos fueron tratados por los más diversos escritores, sin establecer un género o un estilo, la pre-ocupación del autor es otra: entender la relación entre el bandidismo y la sociedad latinoamericana. O mejor, las sociedades latinoamericanas. Es por eso que precisa navegar por los diversos países y períodos. Del bandido como una realidad presente al bandido como reminiscencia de una sociedad que se transformó.

El recorte temporal también evidencia la necesidad de comprender al bandido como parte de una realidad latinoamericana que, aun cuando está en transformación, se muestra resistente con una contestación constante del *statu quo*. Por eso el autor nos lleva del siglo xix al xxi avanzando por los más diversos autores y personajes de la literatura de la región. En este trayecto tenemos diferentes formas de encarar las regiones y los autores, siendo que para tratar los bandidos rurales argentinos precisa dejar de lado la pretensión de trabajar con un texto y elige analizar un autor, Jorge Luis Borges y sus diferentes comprensiones del bandido.

Las elecciones del autor son siempre opinables, pero es evidente que, en el panorama analizado, escogió a los autores y obras más conocidas, lo que permite que

el lector consiga acompañar el estudio a partir de los casos más populares. Borges, Uslar Petri, Vargas Llosa, Guimarães Rosa y Piglia se encuentran con Juan Moreira, Pancho Villa, Riobaldo, Antonio Conselheiro y Hugo Chávez. Todas estas figuras y autores permiten una interesante reflexión sobre el bandidismo. Interesante porque cruza géneros y autores, pero también biografías o narrativas con novelas y cuentos que evidencian dos registros diferentes. La paradoja de Porfirio Díaz, analizada en el preámbulo, podría también ser la paradoja del libro que pretende definir las características del bandidismo, pero partiendo de la literatura antes que de las experiencias históricas. El efecto de realidad viene de los casos reproducidos por biografías o autobiografías, que son colocadas en diálogo con narrativas ficcionales. Esta cuestión debería ser considerada. Aun cuando los autores de cuentos y novelas parten de una determinada anécdota o hecho real, evidentemente hay elementos de la narrativa que son propios de la misma y que no pretenden analizar pormenorizadamente al bandidismo.

Esto no le quita méritos a la tentativa de comprender el significado del bandidismo en América Latina y en qué contextos se produce. Es esa posibilidad la que lleva al autor a realizar un análisis histórico de algunas novelas y cuentos que tratan de determinados períodos históricos. Los registros deben ser comprendidos en su variedad, considerando que tenemos relatos que se producen en momentos muy diferentes que aquellos en que ocurrieron los hechos, como ocurre con *Plata quemada*, con *La guerra del fin del mundo* o con los cuentos de Jorge Luis Borges.

Estos comentarios no inhiben el hecho de haber realizado una de las más importantes síntesis de lo que significa el bandidismo en América Latina. Haber eludido realizar una conclusión para, en su lugar, realizar una discusión conceptual de lo que significa el bandidismo en la cultura latinoamericana es una gran contribución para las ciencias sociales. El bandidismo es uno de los fenómenos más ilusorios y que precisaba de una reflexión comprensiva. El camino para esta reflexión conceptual parte de la división del espectro de análisis sobre el bandidismo en dos grandes grupos: los realistas y los nominalistas. En la primera vía interpretativa estarían aquellos que entienden que el bandidismo es una práctica que está profundamente arraigada en la tradición de resistencia a la autoridad y al poder. Representa una forma de lucha por el establecimiento de un contrapoder, más allá de sus denominaciones.

En la segunda tendencia interpretativa lo que tenemos es el establecimiento de una forma de aproximación al bandidismo que está vinculada a la forma en que es denominado el delito cometido. Se habla de bandidismo cuando la práctica realizada es comprendida como un crimen por la legislación y encuadrada de esta manera. De cualquier forma, entre realismo y nominalismo, el bandidismo tratado por Dabove es el bandidismo literario, por lo que es difícil realizar un análisis de una práctica social cuando nos enfrentamos a una representación de la misma. El libro justamente trata de la forma en que fueron construidas las representaciones de aquellos grupos o individuos que se comportaron de una forma que suponía el enfrentamiento con los regímenes polí-

ticos vigentes en ese momento, así como con los campesinos y con el pueblo en general. Para el autor justamente esta es la forma de tratar esta temática.

Su argumento de que el bandidismo es elusivo y difícil de aprehender es interesante. Sin embargo, el propio término de bandidismo precisa ser revisado. Aun dentro de *Bandit narratives in Latin America*. Al tratar el bandidismo desde la literatura e intentar incorporar casos que podrían adaptarse al diálogo con la misma, vemos que es una tarea de altísima complejidad. El autor está intentando traer a la discusión la realidad, escapando de la ficción. O también podríamos decir que está tomando la realidad por ficción. Tomemos el caso de Hugo Chávez, quien fuera presidente de Venezuela. Es un personaje que podría ser literario, debido a su trayectoria política difícil y accidentada con altos y bajos pronunciados, como debe ser para una figura transgresora, para no definirla políticamente. Chávez se narra, muchas veces como un personaje, pero no podemos confundirlo con un personaje ficcional o ficcionalizado. Fue un actor político de primer orden en América Latina durante la primera década del siglo XXI. La narrativa de sí que realizó en cuanto era presidente debe ser vista como una forma de legitimarse ante su electorado, por lo que podemos tomar literalmente la trayectoria que narra el protagonista. Lo mismo podríamos decir de la autobiografía de Pancho Villa, que también es analizada en este libro.

Otras cuestiones también llaman la atención del lector. Los casos seleccionados para tratar del bandidismo no representan casos históricos, sino literarios. Los gauchos malos y compadritos de Borges,

los *jagunços* de Guimarães Rosa y Vargas Llosa, los bandidos rurales de la autobiografía de Pancho Villa o Uslar Pietri, para dar algunos ejemplos, son personajes que atravesaron el tamiz de la ficción. No son, necesariamente, aquellos que enfrentaron a las autoridades, que defendieron a otros trabajadores rurales o campesinos o que se adaptaron a las circunstancias llegando a acuerdos con las autoridades. Todos ellos son lecturas de la realidad realizadas por escritores, casi todos ellos, profesionales. ¿A qué realidad se refieren Vargas Llosa o Borges que escriben muchos años después de lo ocurrido? ¿Están pensando en los bandidos y en las sociedades en que esos bandidos vivieron o están hablando de sus propias sociedades y en la idealización o condena de estos sujetos?

Esta es una cuestión importante que debe ser considerada. El libro es un gran aporte para la historia de la literatura de América Latina y para una cuestión muchas veces considerada como menor. No son los temas políticamente correctos que movilizan a buena parte de los intelectuales e historiadores. La violencia y la transgresión individual o de pequeños grupos son siempre vistas con una cierta desconfianza. La falta de sentido o la exageración en el uso de la violencia deja a los analistas desconfiados o preocupados por la ambivalencia de los sujetos. Dabove, por el contrario, lejos de preocuparse con las ambigüedades, las expone como parte de la realidad de los bandidos, hombres de contextos rurales, duros, violentos y sin tregua. Las trayectorias elegidas para traernos estas narrativas, así como los autores seleccionados, sus ambivalencias y cuestionamientos ante esa realidad nos ayudan a comprender la riqueza de la his-

toria latinoamericana, de la diversidad de posibilidades interpretativas y de la inagotable fuente de relatos que produce.

El libro *Bandit narratives in Latin America* analiza una selección de autores y relatos que valen la pena ser leídos por especialistas y por el público en general que sienta atracción por las grandes narrativas o por la temática propuesta. Y, ciertamente, ayudará a la comprensión de porqué el tema de la violencia y el banditismo está presente y nos apela en un contexto en que el sector rural dejó de representar la principal porción de la población. En compensación la delincuencia creciente en el sector urbano, retratado en el análisis de *Plata quemada* de Ricardo Piglia, continúa interesándonos, llamándonos la atención y haciendo que busquemos respuestas a las nuevas formas de desafío a la ley y a las instituciones que cada vez menos se interesan por los ciudadanos.

NORBERTO O. FERRERAS
(UNIVERSIDADE FEDERAL FLUMINENSE)

Michalis Kontopodis / Maria Cecília Magalhães / Maria José Coracini (eds.): *Facing Poverty and Marginalization. Fifty Years of Critical Research in Brazil*. Bern: Peter Lang Verlag 2016. 158 páginas.

Novos olhares, teorias e abordagens sobre os problemas econômico-sociais existentes no Brasil emergiram durante a Ditadura Militar propondo não apenas analisar, mas também forjar ferramentas que possibilitassem a inclusão social de grupos historicamente marginalizados e discriminados no país. Tais abordagens têm sido

extensamente utilizadas, seja como fonte ou como objeto de análise, constituindo uma vasta literatura em língua portuguesa. Contudo, encontra-se ainda incipiente essa discussão em contexto internacional. Nesse ínterim, a presente obra, organizada por Michalis Kontopodis (University of Sheffield), Maria Cecília Magalhães (Pontifícia Universidade Católica de São Paulo) e Maria José Coracini (Universidade Estadual de Campinas), reúne 14 pesquisadores oriundos de diferentes localidades, incluindo os organizadores, em busca da diminuição dessa lacuna perante o público não-lusófono.

Se num primeiro momento a coletânea se justifica como obra introdutória, por outro ela adquire também grande relevância para pesquisadores brasileiros em face à conjuntura política que se desenha em torno do atual presidente Jair Bolsonaro. Como consequência do recrudescimento de leis e políticas que privilegiam grupos dominantes, iniciativa privada e discursos de ódio e desvalorizam a educação pública, tende a ser aprofundada o abismo social já latente no país. Deste modo, ao dar voz à narrativa dos excluídos, o presente trabalho evidencia o embate discursivo, as estratégias de resistência e a luta por reconhecimento.

O título do livro, *Facing Poverty and Marginalization. Fifty Years of Critical Research in Brazil*, pode sugerir que se trate de um panorama teórico sobre a pesquisa crítica, no entanto, mais do que uma apresentação desses aportes teóricos, a obra busca localizá-los em contextos contemporâneos concretos, a partir da abordagem dialética entre teoria e prática evidenciando o diálogo do olhar dos pesquisadores e dos sujeitos de pesquisa.

Na introdução, é realizada uma breve contextualização histórica do surgimento da pesquisa crítica e suas influências ao leitor pouco familiarizado com a temática, destacando-se, sobretudo, o caráter inovador da pedagogia de Paulo Freire e da teologia da libertação. A partir dessa exposição, a obra é composta por sete artigos que apresentam estudos de caso de indivíduos, movimentos e grupos sociais que permitem tecer o multifacetado prisma de opressões existentes no país desde sua colonização.

O primeiro capítulo, “Life at the Landfill: Portraying Exclusion and Resistance in the Documentary *Estamira* by Marcos Prado”, escrito por Márcia Mascia (Pontifícia Universidade Católica de São Paulo) analisa o discurso da catadora de lixo *Estamira* sob viés teórico-metodológico de Pêcheux, pertencente à escola francesa da análise do discurso, e do conceito de microfísica do poder de Foucault. A análise é construída em torno da representação que *Estamira* produz de si mesma –ou seja, mulher, mãe, vítima de abuso sexual, doente mental, pobre e catadora– e de como a partir dessas categorias ela não só interpreta o mundo, como estabelece um discurso de resistência, por ela nomeado como a verdade. Mascia organiza o discurso e a subjetividade de *Estamira* a partir de três cenas, as quais apresentam sua missão, sua visão e o seu discurso religioso. Compreendendo que “a subjetividade humana e as relações societárias não são dadas” (p. 24), é estabelecido, por meio do inter-discurso da personagem central do documentário analisado, os problemas sociais e religiosos vivenciados no lixão de Gramacho, localizado no Rio de Janeiro.

Enquanto o primeiro capítulo apresenta o documentário realizado por outrem como objeto de análise, o capítulo seguinte, “Struggling for Housing: The November 20 Occupation in Porto Alegre”, de Denise Comerlato, Caroline Buaes e Jacqueline Pólvora (Universidade Federal do Rio Grande do Sul) versa sobre a parceria estabelecida entre a Universidade Federal do Rio Grande do Sul e o Assentamento 20 de Novembro vinculado ao Movimento Nacional de Luta pela Moradia (MNLM) durante o processo de remoção das famílias para realização Copa de 2014. O texto trata das vivências e percalços encontrados durante a produção do documentário “A Copa dos 20 de Novembro” realizado pelos pesquisadores, ao longo da Action Research, e MNLM e o duro cotidiano enfrentado pelos integrantes da ocupação. Os conceitos de empoderamento e, sobretudo, educação popular de Paulo Freire norteiam não só a produção de conhecimento realizada pelos próprios pesquisadores no decorrer de sua investigação, mas também pelos membros do MNLM, que buscam garantir o acesso ao conhecimento de forma democrática na ocupação. Nesse sentido, os autores sustentam seu aporte metodológico sob o viés da sociologia urbana crítica para aclarar as violentas disputas pelo espaço urbano e o crescente processo de gentrificação.

Isabela Camini (Universidade Federal do Rio Grande do Sul) e Michalis Kontopodis no terceiro capítulo, “Education in Itinerancy: Contryside Life and Novel Forms of Schooling”, mantém o olhar sobre a educação popular, desta vez, para o interior do país buscando compreendê-la sob o contexto das comunidades integran-

tes do Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra (MST), criado na década de 1990. O MST ganha notoriedade não só por sua dimensão, é considerado o maior movimento social da América Latina, mas também pelo desenvolvimento das escolas itinerantes. Construídas nos acampamentos, essas escolas subvertem a concepção e o currículo das escolas tradicionais propondo partir da experiência campesina, diversa e singular por excelência, a construção de um conhecimento crítico.

O quarto capítulo, “Indigenous Children and Identity Politics: Numeracy Practices among the Kaiabi from Xingu, Mato Grosso”, de Jaqueline Mendes (Universidade Federal do Rio Grande do Sul) aborda as políticas linguísticas de educação bilingue numa comunidade indígena, que luta pelo reconhecimento do prestígio do Kaiabi. A partir de uma etnografia orientada para a ação, analisa o projeto “Indigenous Teacher Education Project” fundado por uma ONG e o entrelace entre a identidade indígena e sua prática pedagógica no ensino da matemática desenvolvimento de um livro didático de matemática na língua Kaiabi.

Aproximando-se das teorias desenvolvidas por Vygotsky e Bakhtin, o quinto capítulo, “‘Special’ and ‘Normal’ in Students’ Voices: Meaning Production at a State-Funded School in Campinas”, de Ana Smolka *et alli*, os autores relacionam os conceitos de práticas escolares e prática discursiva à análise empírica das relações sociais de alunos com problemas de comportamento, oriundo da brutalidade cotidiana a qual são submetidos, numa instituição escolar em Campinas. Nesse interim, Smolka *et alli* analisa a construção discursiva e categorias utilizadas

pelos professores, tais como estudantes especiais, e dos alunos, que tomam como normal a violência cotidiana.

Já na poente área entre São Paulo e Rio de Janeiro, Maria José Coracini, propõe no sexto capítulo, “The Dis-order of Discourse: Young People Confined in CASA (São Paulo) and a Poet Considered Insane in Colônia” Juliano Moreira (Rio de Janeiro) investigar as dicotomias ordem e desordem, exclusão e inclusão e de poder e resistência. Os limites e as fronteiras desses binômios são traçados a partir de dois contextos da internamento forçado: o Centro de Atendimento Socioeducativo ao Adolescente e um asilo de internação psiquiátrica.

O sétimo capítulo, “In-Famous Cyberhomelessness: The Homeless Writer Tião Nicomedes”, de Elzira Uyeno (Unicamp) analisa o blog criado por Sebastião Nicodemes, primeiro sem teto a criar um blog. Influenciada por Foucault, a autora se debruça sobre uma dupla exclusão: a experiência de exclusão no mundo real e do mundo virtual. Neste caso, ao indivíduo é aberta a possibilidade da experiência de morte social em dois universos, hoje tão imbricados. Assim, emergem os sem teto como os homo sacer contemporâneos, isto é, indivíduos alocados dentro e fora do sistema e cuja vida ou morte não apresenta relevância. Deste modo, a autora explora não só a dicotomia social e a vivência na pobreza extrema, mas também a resistência e a performance possibilitada pela ferramenta digital.

A coletânea é concluída com o epílogo de Michalis Kontopodis, “Instead of an Epilogue. Youth in Movement in Contemporary Brail: Sharing Intense Moments with José, Carlos, Raquel, and

Werá Mirim”. O autor foge da tradicional conclusão e seguindo o fio condutor que percorre toda a obra, entrelaça o olhar de pesquisador etnográfico às vozes de seus sujeitos de pesquisa, apresentando, portanto, uma narração etnográfica de jovens oriundos de diferentes contextos do Brasil, a saber: de movimentos em prol da educação popular, movimentos pela luta de moradia ou terra e também movimentos indígenas. É cotejado aqui as singularidades e elementos da subcultura de cada um dos contextos por meio de uma escrita etnográfica experimental associada a técnicas literárias que permitam produzir uma perspectiva emocional, sensorial e rica de significados dessas vivências.

Em suma, a obra constitui um interessante e importante panorama dos estudos sobre os marginalizados e a pobreza ao leitor internacional mas não se restringindo a este. Encara uma realidade multifacetada plasmada numa longa trajetória de pobreza, forjada por meio de estruturas coloniais e questionada por meio da lutas sociais. Em meio a realidade dura destes atores, revela-se ao longo da investigação, uma outra possibilidade de desenvolvimento, modernidade e educação fundamental a ser discutida no contexto atual.

STEPHANIE GODIVA

(UNIVERSIDADE FEDERAL FLUMINENSE)

Mason W. Moseley: *Protest State. The Rise of Everyday Contention in Latin America*. Oxford: Oxford University Press 2018. 241 páginas.

Tanto em América Latina como en otras regiones del mundo, manifestaciones y

movilizaciones políticas, cortes de ruta y protestas callejeras forman parte del panorama cotidiano político. En Latinoamérica, sobre todo las fases de transición política en los años ochenta del siglo xx fueron marcadas por movilizaciones masivas. Con el (re)establecimiento de la democracia se podría esperar un decrecimiento de estas protestas públicas, ya que en contextos democráticos la ciudadanía puede transitar a vías más formales para hacer oír sus demandas y quejas. Además, muchos sostienen la tesis que las reformas neoliberales y el aumento del bienestar en muchos países de América Latina llevaron a una desmovilización político-social.

Sin embargo, los datos empíricos no confirman esta tesis. En la época de la consolidación democrática y de la prosperidad económica, en muchos países del continente el número de protestas públicas casi se duplicó. Aparte de esta visión continental se pueden observar claras diferencias entre distintos países de la región. Es este el punto de partida del estudio de Mason W. Moseley, *assistant professor* en el Departamento de Ciencias Políticas de la West Virginia University (EE. UU.). La pregunta central de su libro es la siguiente: “Why has protest surfaced as a common form of political participation in certain Latin American contexts, but not in others? Further, can we identify common factors at the national, subnational, and individual levels to help explain variation in protest across Latin American polities?” (p. 7).

Para analizar este fenómeno, el autor desarrolla el concepto del *protest state*, un estado caracterizado por instituciones democráticas débiles o ineficaces y una sociedad que desea participar activamen-

te en la vida pública y política. En el *protest state*, las protestas sociales se convierten en estrategias normales y cotidianas para expresar exigencias políticas. En vez de canalizar las demandas a través de las vías formales, como a los partidos políticos o a otros actores intermedios de la sociedad civil, se recurre a manifestaciones y protestas. Como el autor lo resume: “Put simply, in *protest states*, faith in formal political institutions is low, while the capacity to organize among collective actors is high” (p. 9). Sin embargo, en los *protest states* no es solo la sociedad la que usa la calle para hacerse oír. Al mismo tiempo, las élites políticas saben instrumentalizar las protestas públicas y las utilizan para lograr sus propios propósitos políticos, sabiendo que la presión que viene de la calle es un remedio sumamente eficaz dentro de la lógica del *protest state*.

La idea explicativa central que desarrolla y presenta Moseley es la siguiente: a mayor voluntad de participación política de parte de la sociedad y a menor estabilidad y eficacia de las instituciones políticas, más probable es el surgimiento de un *protest state*. A partir de esta presunción, el autor desarrolla un concepto para comprobar empíricamente las hipótesis que se deducen de esta tesis central. Moseley prueba sus hipótesis empíricamente a nivel de estados, a nivel subnacional (de provincias) e individual. Se concentra sobre todo en el caso de Argentina, pero también hace referencia a otros como los de Bolivia, Perú y Brasil. Para comprobar su hipótesis combina métodos cuantitativos y cualitativos.

En los capítulos siguientes, el autor investiga la relación entre factores como

cualidad democrática, crecimiento económico, desarrollo del sistema educativo y el surgimiento de *protest states*. Consta Moseley: “Low-quality political institutions have an important positive effect on protest participation, but only among citizens who are at least minimally engaged in political life” (p. 72).

En el capítulo dedicado a la difícil relación entre élites, clientelismo y *protest state*, el autor muestra que el clientelismo y las protestas pueden coexistir y reforzarse mutuamente, ya que las élites utilizan la movilización de sus redes clientelistas como una herramienta política.

Los capítulos siguientes se concentran en el caso argentino. El autor muestra el desarrollo de las instituciones democráticas, de la sociedad civil y de la consolidación del *protest state* argentino. Después de esta visión, más bien global, se enfoca en las diferencias entre las provincias del federalismo argentino. De manera ejemplar, analiza las provincias de Mendoza, San Luis y Buenos Aires. El autor se enfrenta de manera convincente al problema de conceptualizar la calidad de la democracia a nivel subnacional (ya que no existen datos macro como en el caso de los Estados nacionales), haciendo una propuesta matizada: “rather than unearthing a consistent linear relationship between subnational democracy and protest, it appears that peaceful protests thrive at intermediate levels of democratic quality, while aggressive protests become more likely in less democratic settings” (p. 176).

En el último capítulo, el autor resume y discute los resultados de su investigación. A grandes rasgos puede comprobar su tesis inicial “that increasingly engaged citizenries coupled with dysfunctional

political institutions have fuelled more contentious modes of participation in Latin America, as citizens' demands for government responsiveness have overwhelmed many regimes' institutional capacity to provide it. Where weak institutions and politically engaged citizenries collide, countries can morph into 'protest states', where contentious participation becomes so common as to render it a conventional characteristic of everyday political life" (p. 29).

Pero el autor matiza su tesis: el estado de las instituciones democráticas y la calidad de la democracia pueden hasta un cierto punto explicar el surgimiento de *protest states*. Una condición previa es la existencia de un mínimo grado de activismo en la ciudadanía con voluntad de participación y compromiso político. El valor explicativo de las instituciones disfuncionales también tiene sus límites: sobre todo a nivel subnacional la baja calidad de las instituciones democráticas también puede inhibir cualquier protesta ya que los individuos no ven ningún sentido y no esperan una reacción del sistema político.

No existe –así lo confirma el autor– una relación lineal entre la calidad de las instituciones y la probabilidad que los individuos participen en protestas. Donde el grado de compromiso político de parte de la ciudadanía es bajo, es poco probable que haya movilizaciones. Una sociedad civil activa con experiencia y recursos de movilización es esencial para que haya protestas.

Resume Moseley: "The strongest positive effect for community engagement und protest participation are found in low-quality democratic contexts, where

engaged citizens are almost twice as likely to participate in a protest rally or demonstration as their counterparts in high-quality democracies" (p. 180). Y añade: "peaceful protests a less common in both the most democratic und least democratic contexts. In other words, at intermediate levels of subnational democracy, where representative institutions are most likely to fall short of their democratic promise but are not so illiberal as to preclude any challenging of incumbent government or force protesters to explore more radical options, moderate protests flourish as a form of political voice" (p. 184).

La tesis central que presenta Mason W. Moseley en su estudio es comprensible y no ofrece una gran sorpresa. No obstante, el libro convence, convence por su estructura y la manera como el autor deduce sus hipótesis y las comprueba, convence por la metodología aplicada en la parte empírica y convence por la lucidez del análisis, por la claridad en la argumentación y por la discusión crítica de los resultados. El gran logro de Moseley es haber analizado desde una base teórica sólida y con una metodología adecuada la relación entre factores como la calidad de la democracia y sus instituciones, por un lado, y el surgimiento y la cotidianización de protestas y movilizaciones políticas por el otro lado. De manera matizada y diferenciada ilumina esta relación no lineal. Pero el autor también es consciente de las limitaciones de su estudio e indica pistas para futuras investigaciones. Frente a estos logros, hay algunas imprecisiones sin mucho peso: las Madres de Plaza de Mayo, por ejemplo, no surgieron "during the final days of Argentine authoritarianism" (p. 102), sino a los pocos meses del golpe militar.

Una perspectiva histórica hubiera enriquecido el estudio y el análisis. Si bien, se puede explicar la consolidación del *protest state* en Argentina y su ausencia en Uruguay a través de los factores que destaca Moseley, una mirada a la historia de las naciones podría ser ilustrativa porque se pueden detectar ciertos patrones para abordar y solucionar conflictos. A grandes rasgos, se puede sostener la tesis de que, en Argentina, desde la independencia, se ha establecido una cultura política y social marcada por una cierta conflictividad. Algo parecido nos enseña la historia boliviana. Otras naciones en cambio, como por ejemplo Uruguay o Chile, están culturalmente caracterizados más bien por una cultura de búsqueda de acuerdos o de múltiples coaliciones políticas que ayudan evitar movilizaciones y conflictos políticos.

VEIT STRÄENER
(MAINZ)

Stephanie L. Kirk: *Convent Life in Colonial Mexico. A Tale of Two Communities*. Gainesville: University of Florida Press 2018. 254 páginas.

La conexión entre el poder y el género es el objeto de investigación elegido por Stephanie L. Kirk en su monografía publicada en 2007. Aborda la compleja relación entre los poderes masculinos y las religiosas en el México colonial entre los siglos XVII y XVIII. Kirk compara en su trabajo el punto de vista subjetivo en los egodocumentos de las autoras con los instructivos y aleccionadores textos de los clérigos.

La autora divide su monografía en cinco capítulos: la introducción viene seguida por el segundo capítulo, donde los textos del jesuita Antonio Núñez de Miranda, reguladores de la vida monástica en cada uno de sus aspectos, sirven como fuente. La autora nos presenta el ideal dominante de la época en los conventos en Latinoamérica. El tercer capítulo, basado principalmente en archivos de la inquisición, analiza el caso de una monja acusada de “mala amistad” con una sirvienta, es decir, una relación homoerótica. Kirk también utiliza fuentes literarias y didácticas para revisar el papel de la Inquisición y del confesor. En el cuarto y quinto capítulo la autora muestra la batalla entre, por un lado, las autoridades masculinas para controlar y optimizar los conventos de religiosas y, por otro, las religiosas para preservar su libertad y autonomía. Siguiendo el ejemplo de sor Juana Inés de la Cruz, Kirk ilustra cómo se forjaron alianzas intelectuales contra la tutela y, con lo cual, se lanzó una mirada crítica a la soledad exigida.

Stephanie L. Kirk es profesora de Español, Literatura Comparada y Estudios de Género en el Departamento de Lenguas y Literaturas Romances en Washington University, St. Louis. Sus investigaciones se centran en la América Latina colonial, la religión y los estudios transatlánticos, así como en estudios sobre roles de género y sexualidad. Ha publicado varios artículos y ensayos sobre los roles de género y la cultura religiosa en el México colonial y sobre la vida de sor Juana Inés de la Cruz. Además, en 2016, publicó la monografía *Sor Juana Inés de la Cruz and the Gender Politics of Knowledge in Colonial Mexico*.

Para su trabajo Kirk utiliza en parte fuentes a veces poco conocidas, pero se sirve de un amplio canon de tipologías textuales. Entre sus fuentes más importantes se encuentran los decretos del rey al virrey de Nueva España, doctrinas eclesiásticas y declaraciones sobre la vida comunitaria de las religiosas, correspondencia de los virreyes y archivos de la Inquisición. Asimismo, utiliza cartas de religiosas, poemas de sor Juana Inés de la Cruz, así como su *Enigmas ofrecidos a la Casa del Placer*. Además, sirven como fuente la *Práctica de confesores de monjas* de Andrés de Borda y las doctrinas y cartas del padre Antonio Núñez de Miranda. Igualmente es necesario nombrar el *Camino de perfección* de Teresa de Ávila.

Kirk nombra su trabajo *A Tale of Two Communities*. De esta manera señala que en los conventos de religiosas existen dos comunidades paralelas: una *de iure*, planteada por la Iglesia, un mundo de hombres con sus textos didácticos y prescriptivos. Otra, *de facto*, el mundo real de las mujeres, con sus egodocumentos, sus textos poéticos, pero que también se vislumbra entre las líneas de los documentos inquisitoriales. Esta bipolaridad conlleva en sí misma, según la autora, un fuerte potencial de conflicto.

La reglamentación de la vida monacal, otrora bastante liberal, que permitió a las religiosas vivir en relativa autonomía y sirvió primordialmente para protegerlas de las influencias externas, evolucionó a lo largo del tiempo influyendo significativamente en este proceso el Concilio de Trento. El mito de la mujer frágil, vulnerable e incompetente condujo a una marginalización de las religiosas y suscitó una modificación de las reglas según

la condición de género. La pureza de las religiosas en el Nuevo Mundo ejemplificó el desarrollo positivo de la nueva sociedad latinoamericana y debía demostrar que la antigua tradición occidental seguía viviendo también en América Latina.

En esta sociedad, en la que existían dos formas de comunidades religiosas femeninas, una *de iure* y otra *de facto*, los hombres dejaron por escrito cómo deseaban que fuera el mundo monástico. Por otro lado, los textos escritos por mujeres encierran en el subtexto informaciones sobre cómo era la vida monacal en realidad. Leyendo e interpretando este mismo subtexto Kirk ve la singularidad de los estudios de género y su trabajo. El retiro, el silencio y la disciplina practicados estrictamente en los conventos de religiosas crearon, según Kirk, una particular forma de militancia cristiana, una forma de identidad especial, una hermandad y un sentido de comunidad. La autora analiza en este espacio cerrado los factores del ejercicio del poder. Siguiendo el ejemplo del análisis del discurso de Foucault, analiza los efectos del poder social, los actores individuales y sus relaciones y el equilibrio de poder.

El trabajo es un hito en los estudios de género en la historia colonial. Se ha ahondado poco esta temática hasta el momento, ya que las principales fuentes de investigación provienen de actores masculinos. Este análisis proporciona un impulso a los futuros estudios sobre las religiosas en América Latina. La característica especial es el punto de vista de Kirk como erudita literaria, que le permite analizar e interpretar textos poéticos y egodocumentos profundamente y con gran conocimiento. Por supuesto, la comparación de las dos

sociedades, *de iure* y *de facto*, es extremadamente complicada, ya que el punto de vista femenino está poco representado. Se habla mucho de sor Juana Inés de la Cruz, pero otras autoras apenas son mencionadas. El trabajo que Kirk ha iniciado debe continuar, ya que este enfoque representa un aspecto completamente nuevo e importante de la historia colonial.

STEPHANIE RIGHETTI-TEMPLER
(KATHOLISCHE UNIVERSITÄT
EICHSTÄTT-INGOLSTADT)

Stéphanie Rousseau / Anahi Morales Hudon: *Indigenous Women's Movements in Latin America. Gender and Ethnicity in Peru, Mexico, and Bolivia.* New York: Palgrave Macmillan 2017. 225 páginas.

En este libro, Rousseau y Morales Hudon realizan un estudio comparativo de los procesos de organización de las mujeres indígenas en Latinoamérica, tomando como ejemplo los procesos organizativos en Bolivia, México y Perú. De esta forma, las autoras analizan las diferentes dimensiones internas a las dinámicas de los movimientos indígenas y la complejidad que se presenta en la formulación de políticas de representación de las mujeres indígenas. Es así como las autoras realizan un análisis interseccional y diferencial, sobre el ser mujer y ser indígena, problematizando los diferentes ejes de opresión que recaen en la identidad de mujer indígena. En efecto, las autoras reflexionan sobre la dificultad de la visibilidad de las demandas de las mujeres dentro del movimiento indígena, ya que su emergencia como movimiento, parte de la noción de indi-

genidad como punto de cohesión. Es así como el movimiento indígena se muestra sin género, debido a que la difusión de sus demandas recae sobre la pertenencia étnica a este colectivo.

De esta forma, se resalta en primer lugar el sentido histórico de pertenencia al colectivo indígena, como pertenencia a un pueblo originario fuertemente vinculado con su territorio y elementos, así como la historia de resistencia al sometimiento del proyecto colonial y los diferentes proyectos de construcción de los Estados nación analizados en el libro. La categoría mujer, por lo tanto, no es central en la reflexión identitaria del movimiento indígena, relegando así las problemáticas que afectan específicamente a las mujeres indígenas a un plano secundario.

Las autoras trabajan en las tres partes del libro dedicadas a Bolivia (Parte I), México (Parte II) y Perú (Parte III) sobre las siguientes preguntas: ¿están las mujeres indígenas involucradas en movimientos indígenas que incluyen hombres y mujeres?, ¿por qué se movilizarían las mujeres indígenas por su parte, si sus demandas generales están unidas a la defensa de sus comunidades y sus pueblos?, ¿son las movilizaciones propias de las mujeres indígenas contrarias a los objetivos de fuerza y unidad dentro de las organizaciones indígenas? Al formular estas preguntas las autoras aportan con este libro al entendimiento de los movimientos indígenas contemporáneos en Latinoamérica que han influenciado fundamentalmente las formas de ciudadanía. Uno de los aportes centrales de este libro es la necesidad de estudiar los movimientos indígenas como actores con género, movimientos heterogéneos, con sujetos y sujetas que merecen

un análisis diferencial, según su identidad de género. Rousseau y Morales Hudon resaltan que, aunque estos movimientos han desafiado las jerarquías sociales sobre la base de clase y etnicidad, históricamente también han sido espacios de exclusión de la discusión sobre género. En cada una de las partes del libro, las autoras realizan un recuento histórico detallado de la conformación de los movimientos indígenas en cada país, discutiendo críticamente su relación con el Estado nación y la formación de una identidad nacional.

Después de presentar las intenciones de estas reflexiones y objetivos del libro, el primer capítulo presenta un recuento de los movimientos indígenas en Latinoamérica y su transformación de movimientos campesinos formados dentro de la opresión de clase a movimientos indígenas, debido a la importancia de defender las condiciones básicas de existencia de las comunidades indígenas: pertenencia inalienable a los territorios ancestrales, la importancia y relación con sus elementos que da sentido a sus cosmovisiones e identidad y el mantenimiento de sus cosmovisiones originarias. Asimismo, las autoras reconocen que la posibilidad de acceso a la educación de las comunidades indígenas, más o menos generalizadas después de la década de los cincuenta, permitió que los movimientos indígenas analizaran el racismo y la exclusión de sus comunidades en las construcciones de la identidad nacional de cada uno de los ejemplos analizados en el libro. Es esta reflexión la que a su vez permitió el desarrollo de una lucha por el reconocimiento de los diferentes idiomas indígenas, culturas y territorios ancestrales. De igual forma, la formulación de una agenda indígena permitió

la formación de redes transnacionales de apoyo indígenas y conservacionistas. El movimiento indígena, al convertirse en actor político, ejerció presión dentro de los Estados para la adopción de nuevas cartas constitucionales, que reconocían la multiculturalidad de la población nacional, permitiendo el ejercicio autónomo de la jurisprudencia indígena.

A pesar de estos avances en cuanto a reconocimiento de los derechos del movimiento indígena, las autoras analizan la exclusión o marginalización de temas relacionados con las dinámicas de género al interior de los movimientos indígenas, preguntándose por la formación de las mujeres indígenas como sujetos políticos dentro de las organizaciones indígenas. De esta forma, se retoman en el libro trabajos desde las diferentes ciencias sociales que explican la paradoja en la que se encuentran las mujeres indígenas dentro de sus organizaciones, demostrando la complejidad que existe en la realización de una crítica dentro de las mismas sobre los componentes patriarcales de las prácticas judiciales indígenas, ya que la realización de esta crítica puede afectar la autonomía de las comunidades indígenas. Esta disyuntiva logra que las críticas de las mujeres indígenas pase a la marginalidad dentro de las organizaciones.

Es así como este libro reconoce los retos específicos de las mujeres indígenas debido a la intersección entre género y etnicidad, planteando la pregunta sobre cómo se movilizan para ser reconocidas como agentes políticas autónomas, mientras mantienen sus afiliaciones con los movimientos indígenas. Para esto las autoras hacen uso de un marco teórico desde los movimientos sociales, los estudios femi-

nistas, más precisamente desde el análisis interseccional, tomando como referencia los trabajos realizados desde las feministas negras (*black feminism*), las feministas chicanas y postcoloniales. Para el estudio de los movimientos indígenas integran factores internos y externos a los mismos. Como factores internos, entienden los relacionados con la interacción entre grupos e individuos que realizan proyectos, dan forma a discursos y proveen recursos materiales para llevar a cabo las actividades y las estructuras de la acción colectiva. Como factores externos se analizan los componentes institucionales, normativos y comportacionales del ambiente político en el que los movimientos indígenas se conforman y adaptan. Sin embargo, Rousseau y Morales Hudon reconocen que para entender por qué las mujeres indígenas empiezan a desarrollar discursos autónomos y a crear nuevos espacios de organización dentro de los movimientos indígenas es indispensable observar las negociaciones al interior de dichas organizaciones en relación con los recursos y el apoyo proporcionado desde el exterior.

En efecto, resulta central prestar atención a los procesos de negociación de las demandas de las mujeres y sus discursos sobre género dentro del movimiento indígena. Las autoras desarrollan la hipótesis de que la creación de nuevos espacios de organización de las mujeres indígenas, puede ser una reacción al no reconocimiento de sus demandas diferenciales de género dentro del cuerpo de las demandas de los movimientos indígenas en general. Es así como las mujeres indígenas en sus procesos de auto-organización delimitan su identidad colectiva sobre la base de su identidad de género y su identidad étnica.

A su vez, a través del análisis comparativo, se desarrolla en el libro la hipótesis que cuanto más fuerte es el movimiento indígena políticamente a nivel nacional, es más favorable para las mujeres indígenas avanzar en sus espacios de acción colectiva y ser reconocidas como agentes políticas.

El libro resulta una herramienta importante para el análisis del desplazamiento de las demandas de las mujeres indígenas de la periferia al centro de los movimientos indígenas y presenta un recuento detallado de las relaciones de estos con el Estado nación. El análisis interseccional dentro de cada capítulo es desarrollado minuciosamente, logrando que se logre un entendimiento profundo sobre la importancia de analizar diferencialmente al colectivo de mujeres indígenas. Cada capítulo resalta una reflexión sobre la construcción de la identidad nacional, las continuidades del colonialismo dentro de esta y las violencias epistemológicas que han permanecido en esta construcción. Sin embargo, algunos acápites resultan complejos de seguir y leer, gracias a la multiplicidad y diversidad de organizaciones que han influenciado la conformación de los movimientos indígenas en cada caso. Es, así, un libro que requiere el conocimiento de conceptos específicos, como interseccionalidad, subalternidad y marginalización, para entenderlo en su totalidad y complejidad. Es un análisis comparativo detallado y muy bien logrado, un aporte significativo para el análisis de los movimientos de mujeres indígenas en Latinoamérica.

CAROLINA TAMAYO ROJAS
(KATHOLISCHE UNIVERSITÄT
EICHSTÄTT-INGOLSTADT)

Alberca, Manuel: <i>La máscara o la vida. De la autoficción a la antíficción</i> (José Manuel López de Abiada).....	274
Alexander, Ryan M.: <i>Sons of the Mexican Revolution. Miguel Alemán and His Generation</i> (Frederick Schulze)	250
Asión Suñer, Ana: <i>El cambio ya está aquí. 50 películas para entender la Transición española</i> (Vânia Morais)	268
Boyer, Christopher R.: <i>Political Landscapes. Forests, Conservation, and Community in Mexico</i> (Frederick Schulze).....	257
Burkhardt, Anne: <i>Kino in Kolumbien. Der innerkolumbianische Konflikt im Film zwischen Gewaltdiskurs und (trans-)nationaler Identität</i> (Esteban Morera Aparicio)	333
Cabarcas Antequera, Hernando: <i>Variaciones alrededor de un cuarto del búho. Moxinifadas de Gaspar. León de Greiff 120 años</i> (Carmen Ruiz Barrionuevo).....	299
Cáceres Sztorc, Ágata Cristina: <i>Entre el autoritarismo y la democracia. Feminismo, relaciones de género y violencia en la cultura peruana contemporánea (cine, televisión y creación literaria)</i> (Rocío del Águila Gracey)	317
Dabove, Juan Pablo: <i>Bandit Narratives in Latin America. From Villa to Chávez</i> (Norberto O. Ferreras)	352
Díaz Silva, Elena/Reimann, Aribert/Sheppard, Randal (eds.): <i>Horizontes del exilio. Nuevas aproximaciones a la experiencia de los exilios entre Europa y América Latina durante el siglo XX</i> (Bruno Serrano Navarro).....	261
Domínguez Ossa, Camilo: <i>El Caribe granadino en el siglo XIX. Región y nación en la economía-mundo</i> (Catherine Aristizábal B.)	339
García, Miguel Ángel: <i>Los autores como lectores. Lógicas internas de la literatura española contemporánea</i> (Jérémie François)	278
Ginger, Andrew/Lawless, Geraldine (eds.): <i>Spain in the Nineteenth Century. New Essays on Experiences of Culture and Society</i> (José María Portillo Valdés).....	326
Karush, Matthew B.: <i>Musicians in transit. Argentina and the globalization of popular music</i> (Enrique Encabo)	320
Kirk, Stephanie L.: <i>Convent Life in Colonial Mexico. A Tale of Two Communities</i> (Stephanie Righetti-Templer).....	361
Kontopodis, Michalis/Magalhães, Maria Cecília/Coracini, Maria José (eds.): <i>Facing Poverty and Marginalization. Fifty Years of Critical Research in Brazil</i> (Stephanie Godiva) ...	355
Larraz, Fernando: <i>Editores y editoriales del exilio republicano de 1939</i> (Pablo Rojas)	266
López Jiménez, Carlos Arturo: <i>El terreno común de la escritura. Una historia de la producción filosófica en Colombia 1892-1910</i> (Carlos Arturo Arias Sanabria)	341

Martínez Omaña, María Concepción/Romero Navarrete, Lourdes (eds.): <i>Agua e historia. Experiencias regionales, siglos XIX-XXI</i> (Frederick Schulze).....	254
Mecke, Jochen/Junkerjürgen, Ralf/Pöppel, Hubert (eds.): <i>Discursos de la crisis. Respuestas de la cultura española ante nuevos desafíos</i> (Thomas Schmidtgal).....	281
Medellín Pérez, Iris: <i>La gente del sancocho nacional. Experiencias de la militancia barrial del M-19 en Bogotá, 1974-1990</i> (Jochen Plötz)	349
Moseley, Mason W.: <i>Protest State. The Rise of Everyday Contention in Latin America</i> (Veit Straßner)	358
Muñoz Gómez, Víctor/Aznar Vallejo, Eduardo (coords.): <i>Hacer historia desde el medievalismo. Tendencias. Reflexiones. Debates</i> (Alice Tavares)	323
Navajas, Gonzalo: <i>Literatura y nación en el siglo XXI. Ensayos teóricos y prácticos</i> (Matteo Anastasio)	284
Olsson, Tore C.: <i>Agrarian Crossings. Reformers and the Remaking of the US and Mexican Countryside</i> (Frederick Schulze).....	255
Ortega Caicedo, Alicia: <i>Fuga hacia dentro. La novela ecuatoriana en el siglo XX. Filiaciones y memoria de la crítica literaria</i> (Wilfrido H. Corral).....	292
Palamara, Graziano: <i>Entre cóndores y turpiales. La diplomacia italiana en América Latina (1945-1958)</i> (Sandro Bozzolo).....	344
Palou, Pedro Ángel: <i>La enfermiza apariencia de las figuras de mazapán. Ensayos urgentes</i> (Ramón Alvarado Ruiz)	303
Ravenet Kenna, Caridad: <i>El viaje de las memorias en Llamazares</i> (Annette Paatz)	272
Rodríguez Pérsico, Adriana: <i>Los unos y los otros. Comunidad y alteridad en la literatura latinoamericana</i> (María Uehara).....	310
Rousseau, Stéphanie/Morales Hudon, Anahi: <i>Indigenous Women's Movements in Latin America. Gender and Ethnicity in Peru, Mexico, and Bolivia</i> (Carolina Tamayo Rojas)	363
Shubert, Adrian: <i>Espartero, el Pacificador</i> (Carlos Larrinaga)	330
Taylor, William B.: <i>Theatre of a Thousand Wonders. A History of Miraculous Images and Shrines in New Spain</i> (Elena Manchado Rodríguez)	289
Timmer, Nanne (ed.): <i>Cuerpos ilegales: sujeto, poder y escritura en América Latina</i> (Juan Camilo Galeano Sánchez)	306
Tornero, Angélica (coord.): <i>Yo-grafías: autoficción en la literatura y en el cine hispánicos</i> (An Van Hecke).....	314
Villegas, Harry: <i>Cuba y Angola. La guerra por la libertad</i> (Mechthild Blumberg)	346
Vinson III, Ben: <i>Before Mestizaje. The Frontiers of Race and Caste in Colonial Mexico</i> (Raquel Gil Montero)	336
Wolfe, Mikael D.: <i>Watering the Revolution. An Environmental and Technological History of Agrarian Reform in Mexico</i> (Frederick Schulze)	252